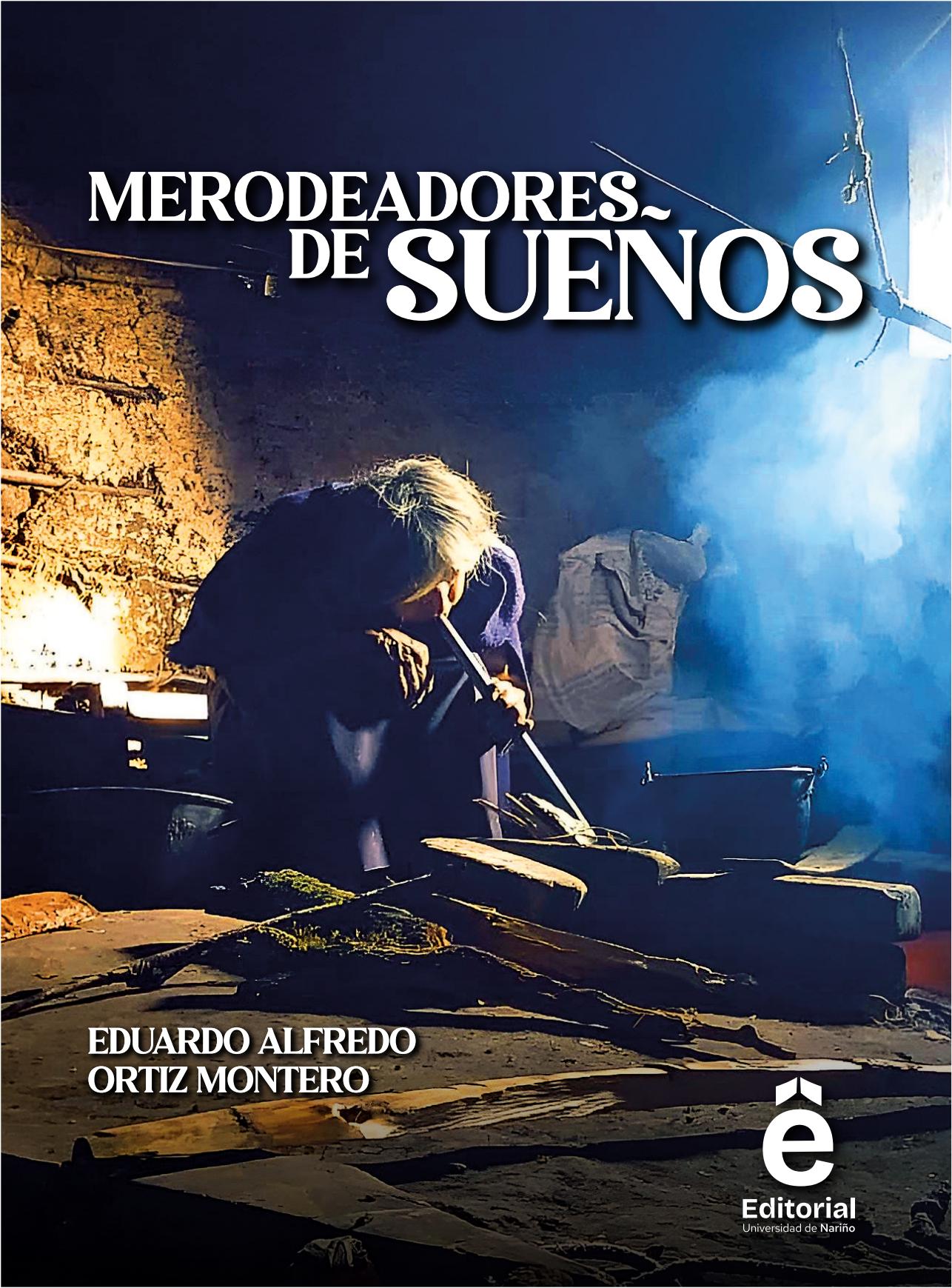


# MERODEADORES, DE SUEÑOS

A photograph of a person in a dark, cluttered workshop. The person is bent over, focused on a task involving a long metal rod or tool. The workshop is filled with various tools, equipment, and debris, including what looks like a large metal drum or container. The lighting is dramatic, with strong highlights and shadows, creating a moody and atmospheric scene.

EDUARDO ALFREDO  
ORTIZ MONTERO

é  
Editorial  
Universidad de Nariño

**êditorial**  
Universidad de **Nariño**

# **MERODEADORES DE SUEÑOS**

# MERODEADORES DE SUEÑOS

EDUARDO ALFREDO ORTIZ MONTERO

*“En tiempos normales todos sabemos, conscientemente o no, que no hay amor que no pueda ser superado, y, por lo tanto, aceptamos con más o menos tranquilidad que el nuestro sea mediocre. Pero el recuerdo es exigente”.*

LA PESTE, ALBERT CAMUS.

**é**ditorial  
Universidad de Nariño

Ortiz Montero, Eduardo Alfredo

Merodeadores de sueños / Eduardo Alfredo Ortiz Montero—1<sup>a</sup>. ed. -- San Juan de Pasto: Editorial Universidad de Nariño, 2025

180 páginas

ISBN: 978-628-7864-16-0 Impreso

ISBN: 978-628-7864-17-7 Digital

1. Literatura colombiana.

Co863.44 O775me – SCDD-Ed. 22



SECCIÓN DE BIBLIOTECA

## **Merodeadores de sueños**

©Editorial Universidad de Nariño

©Eduardo Alfredo Ortiz Montero

ISBN impreso: 978-628-7864-16-0

ISBN digital: 978-628-7864-17-7

Primera edición

Taller de Escritores “Awasca”. Director: Javier Rodríguez.

Corrección de estilo: Gonzalo Jiménez Mahecha, Jonathan España.

Fotografía de Portada: María Isabella Criollo (Alcaudón).

Diagramación: Javier Castro.

Fecha de publicación: Diciembre de 2025.

San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

Prohibida su reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de su Autor o de la Editorial Universidad de Nariño.

A Natalia Seucy, Manuel Inticamac, Laura Tamia  
y a la memoria de mi madre.

## TABLA DE CONTENIDO

CAPÍTULO I	
Aprendiz de narrador .....	8
CAPÍTULO II	
Felicidad sin amor .....	12
CAPÍTULO III	
Espectro de los sueños .....	26
CAPÍTULO IV	
Tartamudeas con las sílabas de mi boca .....	31
CAPÍTULO V	
De vuelta a la selva.....	46
CAPÍTULO VI	
Descubridor de soledades y cantor de las baladas tristes.....	55
CAPÍTULO VII	
Ladrones de la otra vida .....	77
CAPÍTULO VIII	
El vendedor de mis muñecos .....	95
CAPÍTULO IX	
Lo que cuesta soñar.....	106
CAPÍTULO X	
Sobrevivir a los golpes de la luna.....	116
CAPÍTULO XI	
El sueño del indio Maximiliano Lukano .....	126
CAPÍTULO XII	
Revendedores de ilusiones.....	132
CAPÍTULO XIII	
Encuentros de carnaval .....	142
CAPÍTULO XIV	
El amor se alimenta con pedazos de cuerpo .....	150
CAPÍTULO XV	
Nubes en gama violeta.....	160

# CAPÍTULO I



## APRENDIZ DE NARRADOR

Escribir me ayuda a domar los demonios. Estoy convencido que las letras sueltas navegan en mi flujo sanguíneo, se cargan de secreciones purulentas y hacen ebullición en mi boca. Fabricar oraciones con la intención de causar buena impresión no es mi fuerte, no uso imágenes forzadas, evito los calificativos. Solo a Borges le quedaba bien sobrecargar de adjetivos.

Cuento el infierno propio y el ajeno, hasta que las historias de los otros se confunden con mis días. Abordo mi infierno en las madrugadas, el de los demás cuando repaso mis caídas. La gente me cuenta sus intimidades, seguramente mi carácter taciturno les da confianza o por esa costumbre de los perdidos de desahogarse con extraños.

Soy un romántico encaprichado con las tinieblas y con personajes extraños, que en tiempos de carnaval abundaban. Encuentro la cura en las apariciones de mis fantasmas, en las ilusiones como las llaman los campesinos, acostumbrados a la fantasía que carga la simple vida.

Mis personajes se convierten en aprendices de humanos, saltan del papel a mi irrelevante cotidianidad, cuento con ellos a fin de habitar la incertidumbre. Están atiborrados de canciones tristes, de mentiras y una que otra verdad. Buscan fortuna en el fondo de la tierra, debido a que en las calles no encuentran ni una limosna de afecto y se acostumbraron al dinero fácil.

Como ellos quiero ser un mantenido, aunque menos feo. Busco ser bohemio e incorruptible como un indio viejo, pero no tan bravo. Me gustaría tener una historia de amor que contar, con una mujer menos extraña que las que he tenido.

Comparto el aislamiento de mis personajes, lo que me puede ayudar a entenderlos. Intento conseguir una mujer medio bonita, medio alegre; con trabajo estable, me vendría bien que alguien se ocupe de mis gastos mínimos. Les ofrecí una la vida llena de poesía y no levanté a nadie.

A mis muñequitos no pude quitarles lo horaños, es su esencia, tan suyos y tan distantes de mí, como el hijo que no se aparece a la agonía de su padre. Estoy seguro que ninguno vendrá a salvarme, tampoco les pido sacrificios, que den lo que quieran y se marchen, entre más lejos, mejor. No quiero tener deudas con nadie, menos con esta gente de papel. No pude heredarles las claves de la felicidad, no las tengo. No necesito que regresen por piedad, las lisonjas me las dan en las cantinas.

Algún día seré protagonista de mi propia historia, aún tengo tiempo y no me esconderé como los muñecos hechos de letras en las faldas de mi madre, en fortunas inexistentes, en conjuros mágicos, en canciones tristes y en el alcohol hechizo. Soy un vago empedernido; si dejo mi vanidad hasta puedo ser sociable; si me alejo del azar podré ahorrar algún dinero, quizá llegue a aceptar el maldito poder y quién quita que mañana sea una persona de bien. Quizá llegue a conseguir una mujer término medio. Seré buen amante y un poco feliz, los humanos contamos con ese derecho.

—Soñar cuesta, hombre. Estás lleno de hilachas de amor y palabras sueltas que pronto olvidarás.

—Les pido a los señores actores excusas por no indicarles los caminos correctos. La verdad es que los desconozco por completo.

—Hombre dejé de meterse en nuestras vidas. No pretenda parecerse a nosotros. Cada quien vive y respira a su manera y más que una desventura, estar solo es una ventaja. En un mundo sin soledad no existiría la libertad de no hacer nada. La agonía nos hace diferentes. De lo contrario nos impondrían la pareja, la moda, nos quitarían la gracia de ser únicos. Estarían proscritas de los diccionarios muchas palabras interesantes: antipático, perdedor, ermitaño, embustero, infiel, cantor.

—Prometo escribir con mesura, casi con normalidad.

—No prometas nada, los personajes hacemos lo que nos da la gana, eso nos enseñó Unamuno. Solo recuerde la necesidad de unir nuestras historias a fin de que sean entendibles. No hay nada mas pesado que una serie de anécdotas sueltas. El lector debe saber por dónde irse.

—Es lo que pretendo. Todavía no encuentro una historia central y muchas anécdotas breves se me resbalan de las manos. Déjeme armar la vida de los unos a costa de la alegría de los otros, y meterme en las paredes de sus casas, para ver los recuerdos que los sostienen.

—Métase donde quiera. ¡No retarde más la historia!

—Tranquilícese señor X; si le parece, voy a empezar por su casa.

—Comience por donde desee y póngame el nombre que quiera, no vuelva a llamarme con una X, como si estuviese muerto antes de empezar a existir.

Complicado tener que lidiar con estos fantoches que se creen personas y que pueden interpelarme a su gusto. Me aguento porque este es mi oficio, de lo contrario solo me queda la noche con sus bares baratos, los parques con guitarras trasnochadas y las ventas callejeras de cigarros. Prefiero negociar con estos simulacros de gente.

Con la intención de olvidar las caídas amorosas, inventaré marionetas que jueguen con los amantes, parecidas a las que manipulan los titiriteros en los buses urbanos, guardadas las proporciones, porque estos tienen tiempo de deshilar y volver a tejer el desamor. Estoy cansado, no quiero desbaratar la poca cordura que me queda, en armar amores que no puedo retener, que se marchan y arden como brasas en la boca.

Erigiré a Z una mujer bella, común, que me enseñe a ser feliz. Mejor exótica, compleja, que ame la poesía y la mentira. Que tenga un nombre sonoro, como la criatura que se pasea en mis insomnios.

—Constrúyeme como quieras, finalmente te dañaré los planes. Llámame de una vez con mi nombre de gitana. Cara de muñeco tienes tú, viviré por voluntad propia, porque soy una mujer completa y armaré tus trabajos inconclusos. Falso amante, no permitiré que juegues con mis ganas de poseer el viento. Intentaré enseñarte las leyes del amor, si es que existen, y que posiblemente te las recitaron a medias otras mujeres.

—Z tendrás un corazón nómade, con ojos castaños chisposos. En el día lucirás blusas escotadas, pañoleta, faldas largas con mariposas, brazalete y zarcillos de bronce. En las noches perderás la forma y andarás en los sueños con abrigos oscuros, conversarás con hombres febriles, embusteros como yo. Amantes de ocasión que luego tirarás a la calle, metidos en un costal de poemas, sin igual obsequio a quienes las letras nos llenan de calor. Pensándolo bien, mejor te haré calmada, sensible, aunque de gente común está llena la calle.

—Deja de tontear, no me gusta la gente como tú, que se las dan de poetas lloricones ni mi vocación es colecciónar hombres. Busca un nombre que pertenezca a mi tribu, así podré mostrar mis dotes de bailarina y de adivina. Nunca vuelvas a llamarme Z, es un insulto que no tengas el valor de entregarme la personalidad desde el principio. Deja el confort de la casa de mamá, lántzate a la calle y al monte, allí encontrarás respuestas a las dudas que te tienen estancado como mago de circo.

En las calles, sacaré de mi sombrero manojo de hojas, separados por cintas de colores, tomaré una al azar y la leeré en voz alta a los transeúntes. Algunos reirán al pensar que un enano anuncia la llegada del circo de Román de los Reyes, que vuelve cada año a los barrios pobres de Pasto, procedente de las carreteras de polvo y niebla.

—¿Qué le pasa señor, no logra inventar nada? Métame en ese circo y llámame Paraskiva del Viento, Gitana del Sol o Paraska de los Ángeles. Allí Aprenderé que la alegría pende de un hilo y que el resuello de una carpa puede vagar en los escondrijos de la realidad y la fantasía.

## CAPÍTULO II



### FELICIDAD SIN AMOR

Cuatro paredes, una ventana al mundo, un cuaderno que guardaba escritos dudosos; una puerta al patio, un corredor a la cocina de su madre Teresa de Jesús y otro a la sala de visitas que casi siempre estaba vacía. El escritorio lleno de papeles agarrados con un gancho de ropa, en ellos escribe pendejadas que, después de tachaduras y adornos, llama poemas.

—M' hijo, le traje el desayuno, coma y dese una vuelta. No escriba tanto, que por ahí le puede entrar la locura.

—Gracias, mamita, ¿me trajo el periódico Voz?

—Lo usé en la limpieza de los vidrios, consiga otro en la caseta del parque. Mientras me voy al mercado riegue las plantas, así no las mata el verano y por favor, le lleva a la vecina un dulce de brevas que le dejé en la cocina.

—Bueno, no se preocupe.

La madre, pequeñita como él, se movía en la casa y en la vecindad como una abejita, sin pretensiones de reina. Lo cuidaba, rezaba por él, le organizaba la ropa, lo defendía de los malos comentarios, y le daba la mayor parte del dinero de su pensión.

Le preocupaba que escribiera cosas inútiles. Mejor que los vecinos lo miraran regando las flores, así no lo creerían un vago.

Cuando doña Teresa regresó del mercado le contó que había soñado a la abuela Ana Julia, lo llevaba de la mano por unas gradas subterráneas que caían a un espacio grande donde yacía el tío Alejandro, que se purificaba junto a otros

muertos. Le dijo que la abuela no estaba ciega, que se dedicaba a cuidar al tío, y de paso, les hacía favores a los difuntos del salón. Llevaba recados a sus familiares vivos, les traía agua bendita, consolaba a los muertos incrédulos, que pensaban que seguían vivos y actuaban como si estuviesen en nuestro presente. Le contó que al tío se lo miraba recuperado, no estaba tan pálido por la sangre perdida la noche que lo mató el zapatero borracho, mientras intentaba persuadirlo de dejar el escándalo.

—Aún sin vista mi mamita siempre miró por la gente. ¡Que te vaya bien en el paseo, hijito!

Se subió a un bus que conectaba el centro de la ciudad con los poblados indígenas, avanzaba entre las bocinas de los autos y los gritos de las vendedoras de frutas, luego cambió el ruido de los motores por el latir de los perros. La urbe agonizaba a altas velocidades. Entre el sol y la brisa del páramo desfilaban jóvenes en pantalones cortos y chaquetas impermeables; los viejos cruzaban la registradora y caían dormidos en los asientos.

El domingo la gente tiene tiempo de bostezar sin recato en los paraderos. Ese día se permitían ciertos lujos, recorrer almacenes, visitar a los parientes, volver a bostezar en parques e iglesias y matar la resaca en las esquinas de los barrios cada vez más alegres.

A medida que el bus se alejaba del ruido exterior, y retomaba su estruendo mecánico, la ciudad entraba en los campos indígenas. Las mujeres de ojos rasgados llegaban con talegos de pan, herramientas nuevas y dulces para los chicos.

Se bajó en el atrio de la iglesia de San Pedro de La Laguna con dificultad, porque las gradas de salida eran altas. Su atuendo lo delataba: gafas circulares, sombrero de tela, pantalones de niño, cabeza de enano de circo, cámara fotográfica. Al verlo caminar como un pato bonachón, los lugareños perdieron la desconfianza que le tenían a los venideros; los hombres continuaron en el juego de la chaza o pelota vasca, las mujeres comentaban en la plaza las anécdotas de la semana. El hombrecillo sacaba fotos a los perros, a los viejos, a los santos, a las casas, a los jugadores y a todo lo que se moviera; compró café con empanadas, le guardó un paquete a su madre y regresó al atardecer.

Desde la ventana del bus contempló un crepúsculo descomunal, con nubes prendidas en la cima del volcán Galeras, mezcladas de blanco, azul y amarillo brillante, parecía que el cerro las vomitaba, en una erupción de algodón y lava oscura matizada de rojo.

Los gritos de las vendedoras le recordaron que había regresado. Un grupo de señoras viejas discutía con policías y guardias del espacio público. Los agentes subían los cajones de frutas a un camión, las mujeres forcejeaban, las frutas rodaban, igual las vendedoras.

Una camioneta de transportar verduras aplastó una sandía. El conductor frenó en seco, creyó que había cogido una cabeza humana, en el momento en que el jugo rojo salía de las llantas traseras; la risa colectiva se tomó el lugar y disuadió a los adversarios.

Ramiro, camuflado entre los curiosos, gritó en apoyo de las mujeres. Los agentes fueron a buscar la voz, nadie lo delató. Un gordo aindiado le clavó la mirada, no se la quitó de encima hasta que las vendedoras aprovecharon el descuido y salieron en desbandada con las frutas. El eco de las risas rebotó en varias calles.

—Por lo menos les recordó a los gusanos que vienen de peores madres que las nuestras.—le dijo una vendedora y le pasó una manzana verde, pequeña. Pensó que no era capaz de comerse una grande, no le respondió y se escabulló por si a algún otro se le ocurría felicitarlo.

En el momento en que el policía de ojos rasgados lo iba a capturar, una mujer joven lo arrastró de la mano hacia un bar. El oficial no se atrevió a franquear la puerta.

—Amiguito, aquí trabajo de jueves a sábado. Por si se le ofrece, en la mañana me consigue en las afueras del mercado. Como vendedora no saco ni para llenarme de colorete los labios. Sírvete una copa, te calmará, mientras llegan los clientes y los policías se largan. Fresco amigo yo te distingo, conozco a la Paraska.

Como los clientes no aparecieron, espantados por el alboroto, alcanzó a tomarse una botella de ron con la mujer. Su nombre de combate era Malena. Se

entretuvo en una mesa de póker, un jugador hizo que se retirara de su espalda. Antes de marcharse, le canturreó a la mujer el tango de Homero Manzi y música de Lucio Demare Malena: “*Tal vez allá en la infancia su vos de alondra/ tomó ese aire oscuro de callejón/ o acaso aquel romance que solo nombra cuando se pone triste con el alcohol/ Malena canta el tango con voz de sombra/ Malena tiene pena de bandoneón*”.

—Tú no te acuerdas de mí, te conozco. Solías venir al barrio con la gitana a hablar de igualdades y derechos femeninos.

—Igualdad de género y cosas de esas. El único derecho es gozar y beber.

—Y putiar, mientras el cuerpo aguante.

En un arrebato de borracho, la llevó directo a la pista. Bailaron un mosaico de salsa del Grupo Niche. Conmovido por los movimientos de Malena, compuso un improvisado poema, que declamó a capela, subido en una mesa de plástico.

### Noche de tangos

Las luces de neón maduraron tus ojos,  
ahora cargan la pereza de las reconciliaciones,  
la patraña de los amores perpetuos.

Cuando descubres mi acecho,  
te refugias en los espejos del salón de baile,  
allí tu mirada rebota y se escapa a otras farras.

Somos un accidente de la calle,  
nos sacuden los tangos a su antojo,  
me distraigo con tus caderas,  
tu risa escandaliza la noche,  
la mezcla con insensatos deseos.

Las compañeras de Malena aplaudían. Los clientes y jugadores de naipe se metieron a la algarabía por inercia.

—¡Bravo enano!

—Enano hijuepoeta.

—El circo te espera.

—Malenita, mejor devuélvaselo a los policías, a ver si lo estiran a punta de palo.

—Sepan que este es mi hombre. Chiquitín, no te pierdas, este bar de mala muerte sirve de guardería a gente perdida como tú y yo.

—Soy un niño extraviado y tú la bruja malvada del bosque.

—Soy el bosque y tú un duendecillo borracho. ¡Saludos a la Paraska!

Se abrazaron, se besaron, se despidieron como viejos amigos, eclipsando las risas del salón.

Caminó erguido sin poder disimular la ebriedad. Las botas de tacones desgastados fuera de moda, le daban unos torcidos centímetros de aumento, las gafas redondas resaltaban su calvicie frontal. En la calle casi siempre masticaba papas crocantes, el sonido de sus molares precedía su llegada y lo obligaba a mascullar las palabras, lo que daba la impresión de cierta vulgaridad.

Buscaba a Paraskiva que por cariño le decían Paraska. Daba vueltas en el barrio; hacía tiempo para llegar sobrio a la casa. Al encontrarla, la recibió con un largo abrazo; enfocó sus lentes con el propósito de verle las chispas tornasoles entre la córnea y la retina. Le contó de su encuentro con Malena. Pretendió leer en sus ojos la transferencia del abandono paternal. La chica rio y le respondió que había crecido con su abuelo, el patriarca “bujo papo Grofo Adal”, como él lo sabía y que le costaba creer en ficciones psicológicas de borrachos.

—Tu risa es la cascada que enfría mis recuerdos, donde moran diosas arrogantes y perversas.

—La heredé de mi madre, que era filtradora de tempestades.

—Te voy a incluir en mi novela; con toda la fiebre que me provocas, te convertirás en el personaje central de mis embustes de amor. —De despedida le entregó el último poema que llevaba en medio de su libreta. La mujer lo recibió con alegría fingida, y no le emocionó mucho ser incluida en una novela que Ramiro nunca terminaría, y si lo hacía, seguramente resultaría de regular calidad, como sus poemas.

El azar, que a veces se camufla en el nombre de algún dios, la puso en el camino con sus carnes apretadas y su mirada de soslayo. Desde que empezó a escribir, sabía que un personaje femenino con un nombre tan sonoro como el suyo llamaría la atención, dudó en llamarla Paraska como le decían sus amigas o Paraskiva a secas, sin el Yacovich ni el Gabarrí, sin sus apellidos de Rrom, sabía que ella podría cargar con cualquier nombre;ería su aproximación al escurridizo amor femenino y era la única mujer que medio conocía a fondo; una dama difusa, innombrable, esperaba que en los diálogos y en el proceso de afianzar su personalidad se haría digna de un nombre antiguo y que suene a felicidad o una aproximación a ese intento vaporoso.

—Serás mi personaje; te lo mereces, tú encarrillas mis deseos, das sentido a la espera, me entregas sin interés lo que te sobra y lo que te falta del amor.

Ella le tomó las manos en plena calle; él se sonrojó un poco, le devolvió el gesto con una caricia en la mejilla. La recibió como si fuera un inmerecido obsequio del cielo, que a veces ayuda a enredar los encuentros.

—Gracias; nos toca descifrar los instantes que nos da la ciudad, ¡adiós, chiquitín!

Siguieron su camino con un “hasta el sábado” desinteresado. Ramiro pensó que las diosas silvestres debieron regalarle esa sonrisa seductora. Seguramente en sus senos cuajaba alguna gota láctea de Atenea, la misma que había conocido en el Museo del Prado, cuando tuvo la certeza que en la marmórea mirada cabeceaba el eterno femenino. Allí adquirió ese mareo que lo delataba cuando se ponía nervioso, y que se acentuaría en el bajo mundo de los guaqueros, frente a los huesos humanos rotos, tirados con desprecio por los saqueadores.

Ese vértigo incurable lo obligaba a sentarse, respirar hondo y le permitía controlarse en situaciones apremiantes, lo sentía frente al amor y al acompañar a los excavadores de guacas, como una borrachera súbita, mezcla de ansiedad

y claustrofobia. Se calmaba con los cascabeles de tumbaga o con el sonido de las ocarinas de barro cocido; pensaba que esas músicas sonaban con nostalgia desde hacía mil quinientos años, que él las recibía de primera mano sin ningún derecho; le aliviaban su cabeza borracha, y creía que los mareos reflejaban el deseo de su cerebro de recibir las visiones del más allá.

No se podía comparar a Paraskiva con la enorme escultura de cuatro metros de Atenea, porque era baja y de contextura media. En su rostro no se dibujaban los vientos celestes, los labios gruesos, la nariz puntiaguda ni los ojos compasivos, ondulados por las corrientes mediterráneas de la diosa. La piel de Paraska era canela, ojos curiosos, alargados, pintados con las chispas de los trigales secos y la compasión no era su fuerte.

La mujer se perdía en los callejones de Pasto, reciclabía miradas, con la intención de regresarlas cuando se sintiera sola. Esculcaba con su lente las sonrisas secretas, las volvía fotografías y forzaba los pasos coquetos de su cadera insatisfecha, que atraía la atención de la calle.

La gitana veneraba con flores y velas rojas, a la Parda Sara, porque la encontraba apasionada, casi imperfecta, se parecía a ella, hija de las espumas y el azar, y la conocía desde niña a través de las ancianas de su tribu. Invocaba a La Santa María de Egipto, la solitaria desnuda de los desiertos coptos, era una de sus preferidas, su sensualidad lujuriosa, el sabio conocimiento de la feminidad, la hacían más digna de ser adorada con cantos y velas blancas.

Paraska era la imagen de alguna diosa burlona, que jugaba al amor los sábados, quién sabe por qué raro capricho. Ramiro le pagaba con vino, música vieja, poemas, y caricias que repintaban su piel erizada de amante descontenta.

La vida del pequeño escriba giraba en el improductivo proyecto de hacer poemas a las muchachas bonitas, entrevistar guaqueros, pisar las calles, esperar la semana que Paraska de los Ángeles no viajara a entregar los informes a una ONG valluna sobre trabajo de genero entre su gente y las callejeras del amor. Algún sábado ella penetraría en su cuarto, después de pisar el huerto de la vecina alcahueta.

Allí la esperaba una botella de vino barato, antes de destaparla, prendían dos velas rosadas a un corazón construido con conjuros en una laminilla de acero, que ella había traído de alguna lejanía. Él recitaba de memoria un discurso sacado de Internet sobre las bodegas de donde procedía el vino de ocasión; tomaban las copas cruzando los brazos, lo intercambiaban en su boca, lo guardaban en los oídos, se lo untaban mutuamente, luego, lo lamían, mojaban sus cabezas, se hacían masajes capilares, brindaban en las copas auriculares. El licor se le escurría por los senos, lo amamantaba con la leche de las divinidades borrachas.

Cuando se enteró que Paraska se iba de nuevo, lo tomó como otro chisme de barrio, y su madre le decía que era normal que las gitanas se fueran por el mundo, mientras aprendían a manejar la vida, después la fiebre les pasaba y formaban familias un poco católicas y semi nómades.

Doña Teresa la conocía desde niña y sabía que le gustaba el torbellino de los caminos, esa era su ley. Ramiro sería el único amigo capaz de adularla con versos de amor. Paraska soportaba con una sonrisa los cumplidos sabatinos sobre su boca de muñeca de porcelana.

Rechazaba a todos los hombres que se acercaban menos a él, debido a que lo conocía desde siempre. Era su muñeco feo, lo protegía de las bromas de sus primas. El guardaba con celo sus secretos, sabía que había golpeado hasta el cansancio a un cualquiera por intentar robarle un beso, que se le aparecía en sus pesadillas, al despertar lo observaba de pie en la puerta con su mirada muerta. A veces le pedía perdón entre lágrimas, comprendía que matar era asumir su propio suicidio y otras veces se enfurecía con la sombra. Le decía que aún llevaba el placer de verlo derribado, que se sentía poderosa y ni así la abandonaba en sus noches.

La mayoría de los Rrom decían que Ramiro no era un hombre completo, sino el bebé de su madre; que él dejaría de existir en el momento que ella muriera. Paraska no les creía, lo conocía, le había dado varias vueltas a su cuerpo y no era como los demás. Recordó sus muslos retorcidos, empalagados por la mezcla viscosa, cuando él atravesaba su jungla, donde cada planta llevaba el mensaje de la otra y los envolvía en el vértigo de la fusión total, casi metálica, como una

aleación ardiente, pulida por las caricias semanales. Él al lado de Paraska, se sentía un bebé ebrio y ella era la adoptante de un niño llorón. Tomaba el vino que se anidaba en los abundantes vellos de los pechos viriles, en la pequeña cavidad que formaba el esternón. Dejaba que la lengua bebiera a su voluntad, se deslizara del dorso al borde y con la punta tratara de penetrar la piel, el hueso, los músculos y las entrañas.

Paraska no podía estar con otro. Le molestaba el olor a colonia masculina y las fantasías de la virilidad. El aprendiz de cuentero era tierno, detallista, casi afeminado y un reformador del Kama Sutra, algunas de las poses las había ejercitado con este experto en oralidad, que manejaba su lengua para las palabras y los silencios. La mujer comentaba sobre los atributos del enano, con la esperanza vana de que alguna amiga la reemplace.

Ese sábado de octubre, antes del poema rutinario Paraskiva le dio el beso de despedida, que lo acompañó en las dos semanas siguientes. La sensación de plenitud, de recuerdos alegres, les dio un nuevo ímpetu a sus historias de guaquería, aunque no pudo describir la risa nerviosa que le produjo el recuerdo de ese beso, que sabía a la vez a saliva dulce y a vinagre industrial.

—Acordamos embriagarnos con whisky mezclado con café y dejar que las hormonas aliñaran los poros. Ella acompañaba las ausencias, yo tenía por unas horas a una mujer hermosa que me alejaba de la rabia que provoca el rechazo continuo, y por fin, unos ojos rasgados, con pepitas brillantes insinuaban el poder que llevan las mujeres pegado a sus pupilas. —Me contó el pequeño narrador.

Las paredes estaban llenas de fotografías de cuando los dos eran bebés, columpios juntados por sus manos, sus primeras comuniones, un retrato grande de don Grofo, la casita de las muñecas, imágenes de carretas y crepúsculos marinos, los cuerpos de vagabundos tirados en la ciudad, los rostros desdentados de los indígenas viejos, que Paraskiva sacaba con su cámara de zoom 1200 en las correrías de los colectivos de mujeres. El llevaba siempre la imagen tambaleante de Paraska, en una fotografía metida en su cartera, al lado de la estampa de San Lorenzo Mártir.

El conquistador de embustes entraba por la puerta de cedro viejo, la madre le servía una taza de chocolate, lo sentaba en la sala, lo arropaba con un manta de lana y se iba a cumplir la cita con su congregación de Santa Teresa de Jesús. Los sábados movía las pepas de la camándula, imploraba que su muchacho encontrara en Paraskiva una buena mujer. Siempre se demoraba más de la cuenta en los rezos sabatinos, con la intención de permitir que su pupilo se acomode con su dama.

El último sábado de octubre el cuarto de Ramiro se llenó de música y cigarrillo. En el ombligo hundido de la chica libaron por el cordón que une al hombre con la mujer, y dejaron que el líquido llegara en torrentes hasta el vello púbico, que ella se dejaba crecer, para complacerlo. El fluido alcohólico corría por entre la espesa floración, abría arbitrarios cauces, que él bebía con pausada codicia, gota a gota. Sumergía su cara y se abrevaba como si no tuviese manos, recogía el alcohol que mojaba su boca y se perdía por siempre en las profundas comisuras del colchón. La casa antigua les daba el toque que necesitaban a fin de creerse metidos en los misterios, que se guardaban en las paredes de tierra, de su guarida sedentaria.

El domingo por la mañana, a doña Teresa le causó risa ver a la chica salir con las zapatillas en la mano, trepar el muro de la casa de la vecina, que la recibía con una escalera del otro lado.

Le llevó jugo de naranja, huevos con cebolla y tomate, un postrecito de tres natas. Él se quejó de dolor de rodillas, la madre corrió a hacerle paños tibios de caléndula con hierba mora, le llevó el semanario *La Voz del Pueblo* y le compartió a la vecina una canasta con toronjas y duraznos. Al mediodía fue a buscarlo al parque, le dijo que el almuerzo estaba listo y le llevó la bufanda, pretendía que el frío del domingo no le cerrara el pecho.

—El humo de los vehículos, me curaba de los achaques de niño consentido. Conversaba en la compraventa del patojo Germán Rosas de las reliquias extraviadas de las iglesias. Hablábamos de los escándalos semanales del gobierno de Petro, y los artilugios de falsas máscaras prehispánicas que él comerciaba en la ciudad. Al final de la tarde, me iba al parque a escribir lo que leería a Paraska en nuestro próximo encuentro.

A ella le encantaban los versos de Safo de Lesbos, dulce a pesar de los dolores, experta en convocar cosas de mujeres resguardadas en los mármoles y en las habladurías de sus devotas invisibles.

—Así es amigo, con los poemas y el vino tinto, Paraska llamaba a Afrodita y a las diosas locales y les pedía que apaciguaran el fango de los caminos que cargaba en sus venas. — Me contó Ramiro—. Adoraba con flores amarillas, gladiolos blancos y velas rosadas a sus diosas, porque se parecían a ella, en su búsqueda de calma. Afrodita arropada por el sexo oprobioso, insatisfecho, acompañada de un ser anormal como yo, con mis tacones de enano.

» Paraskiva sentía que sus amigas feministas caían en la extravagancia de la moda y ejercían el poder semejante en vicios a los machos. Ella sabía que era una mujer plena, y creía que tenía en su boca el aire tembloroso de los senderos, además, sus conocimientos de la selva y la ciudad marginal, le daban una enorme ventaja sobre sus aliadas.

» Les comentaba a sus amigas que los hombres estábamos diseñados para fluir a cuenta gotas, mientras ellas eran un mar que iba desde los párpados al ombligo, donde se remojaba la totalidad del instante maternal. Ese torrente al regresar a los labios, se hacía palabra. Hablaba de técnicas de arrullo y de la ingenuidad fingida, compañera del coqueteo.

» Nadie comprendía los motivos que tenía Paraska de seguir con un hombrecillo como yo. Es probable que pretendiera que sus conocidos se escandalizaran de verla con un enano deforme, que posaba de investigador de tumbas y de poeta. Posiblemente lo hacía por la costumbre de verme, tal vez porque era inofensivo en su búsqueda de amor.

» Nos metíamos en los bares baratos a escuchar tangos y bailar salsa, compartíamos el ron con Malena o jóvenes apenas conocidos, hablábamos de amigos perdidos. Nos gustaba la noche atravesada de violines. A todos nos dolía el abandono, con el ron emergían recuerdos de nuestros muertos. Brindábamos por las ánimas del purgatorio, por el alma de los indios infieles al cristianismo. Nos comprometíamos a vivir sin ilusiones.

» Los borrachos a menudo se contagiaban de nostalgia, que conjurábamos con anécdotas trasnochadas del cine. Siempre funcionaba meterse en el pellejo de los títeres de la pantalla grande, bautizábamos a los amigos de farra con el nombre de los personajes, Paraska hacía el papel estelar y yo asumía el rol de un simulacro de héroe; recorriámos las oficinas del centro de la ciudad, insultábamos a los políticos y dormíamos en los callejones.

» La fiesta terminaba cuando se armaba algún pleito con jovenzuelos, que nunca faltaban en los bares tangueros. Al amanecer yo fingía un dolor intenso en el pecho; alguna amiga llamaba a la policía, en una ambulancia me llevaban al hospital, ellas lloraban todo el camino, consoladas por el menos borracho; me entraban en urgencias, esperaban que se me terminara el frasco de dextrosa, comían los platos de los enfermos de la sala y al final, huíamos por la puerta de suministros. —terminó Ramiro.

La ciudad que no deja en paz a nadie, seguía preguntándose por qué una mujer inteligente, hermosa, estaba con el enano. ¿Necesitaba vengarse de la vanidad de las mujeres, de su hábito de vivir en piel prestada o lo buscaba por ser el hazmerreír de la gente, de esa forma se vengaba de los hombres?

Encontraba en lo despreciable, cierta alucinación; así como los cristianos veneran a un dios doliente, lacerado, deformado, ella estaba con un hombre repudiado, no como una limosna, sino movida por su dolor interno. Lo buscaba como su confidente, le gustaba su entrega absoluta a la poesía, y a cuentos de tesoros enterrados por los aborígenes que mareaban su alma. Le encantaba el delirio por ella, su gusto por el bajo mundo, por su capacidad de burlarse de todos y de él. Por hacer de cada sábado una fiesta completa de dos.

Le hablaba de literatura fantástica, de tangos, de los tumbes del Patojo Rosas, de los ridículos compromisos familiares, de las ambiciones de los guaqueros. Recitaba estrofas de Jaime Sabines y Constantino Cavafis. En fin, de cosas poco importantes.

Ella le contaba sobre la radicalidad de las feministas, del machismo de su gente, de antiguos rituales amatorios, del culto a la luna de agua, también, de la vitalidad de Alejandra Pizarnik, de Vinicius de Moraes, las infidelidades de

Afrodita, de la Parda Sara, de la Virgen de las Lajas, y las difíciles poses del Kamasutra, que a fin de entenderlas debían mirar los dibujos alámbricos que abundan en el Internet y les agregaban un movimiento adicional, una gambeta de más, como dicen los comentaristas del fútbol.

—En la última cita, convinimos tomarnos un ron español de 40 grados con unas amigas. Las mujeres adornaron la casa con globos, serpentinas y festones; colocaron un letrero de “Bienvenidos” comprado en una tienda de bisutería de cumpleaños. Cuando aparecí, Paraska les contó que me conocía desde hacía mucho, que mi madre la evangelizó en la niñez. Dijo que juntos bebíamos, y nos amábamos desde el momento que me atreví a defenderla por ser gitana y mintió que su corazón estaba lleno de mis poemas.

» Gritamos, bailamos salsa romántica. Cantamos a coro *hijo de la luna* de Mecano y *Bohemian Rhapsody* de Queen; me encantaba Freddie Mercury, su vida contra el mundo, su fragilidad.

» A la madrugada fuimos a la azotea, prendimos una fogata con leña mojada y miramos las Perseidas de agosto; sin hablar, soplamos las tres corrientes nerviosas que pasan directo de las manos al cerebro, las ramas del plexo lumbar. Embriagamos el tacto y la espalda con palabras salidas de la saliva hirviente. Ella llenaba de agua mis arcanos, me adentraba en los nudos estancados de siempre. Con el índice y el pulgar formaba ángulos, variables salientes y entrantes, zigzagueantes; inventó un eco audible solo en la noche de los gatos. Me entregaba el whisky con su boca, se quedaba largo rato refrescándolo con sus soplos calientes. Amanecimos en el piso pegajoso, cubriendonos con la telaraña de sus cabellos negros, metidos en la madrugada.

» El amanecer tuvo el carácter de una despedida. Con la resaca, no hubo ánimo de apropiarnos del día; tomamos con las amigas café con tostadas y mantequilla, nos abrazamos largo rato, murmuramos un adiós y el deseo disipado de un nuevo encuentro.

» Ella me llamaba Ranido, que, en esperanto, significa renacuajo; se le parecía más a Ramiro, y a mi condición de ser transitorio entre el agua estancada y la tierra. Lloré al presentir la despedida definitiva, de la única mujer a la que no tuve que comprar con regalos y cubrir sus caprichos a cambio de compañía.

### **Perfume**

Te paseas erguida entre los jazmines,  
sigo tu respiración,  
como si fuese aire envenenado,  
tropiezas con fragmentos de cielo,  
arrojados en la última tempestad,  
me lanzas claveles y lirios blancos,  
nos servirán para enterrar el amor.

Me llaman tus labios resecos,  
los endulzo con engaños,  
te desquitas con suspiros que no son para mí,  
arrojas al fuego las flores marchitas,  
el amor muere en tus manos.

Los tirones de tu pelo enredan el momento,  
me levantan los mechones artificiales,  
quizá eres fuente de ingratitud,  
tu cuerpo flota en el humo de la fogata,  
cargado de quejidos.

Impregnas mi ropa de viejas calenturas,  
consumidas por la edad y el descuido,  
me contaminan tus labios deformados por el colorete,  
amaneces amañada a mis huesos.

## CAPÍTULO III



### ESPECTRO DE LOS SUEÑOS

El ruido de mis tacones navegaba en la lluvia. Me puse un Barbisio de copa, que dejaba ver una trencita de cabello blanquecino como mi barba, buscaba hacer creer que aún tenía abundante pelo. A menudo me confundían con un prestidigitador de circo. Perseguía que la gente conversara conmigo. Me saludaban de reojo, a la carrera.

Al encontrarme con Isabela Jojoa, la miré por encima de las gafas de marco verde y patas moradas, quería que viera mis ojos azules, y las subí a la frente en un intento de disimular la calvicie. La saludé con un beso en la mejilla desde el andén; hablamos lo habitual:

—¡Hola!, ¿qué tal?, ¿cómo has estado?

—Bien, ¿a qué te dedicas?; ¿a lo de siempre?; ¿a vender ilusiones?

—Sí, de algo tengo que vivir. ¿Has visto a la Paraska?

—Debe andar en los cuentos de las gitanas y las callejeras. No te encapriches, ella es de la gente andante, si no quieres sufrir decepciones. Eres buena persona, búscate una mujer común y de tu tamaño.

—Gracias, linda; nos vemos, de pronto nos tomamos un vinito.

—Bueno, un día de estos hablamos, suerte.

Con todas quedaba pendiente el vino, aunque con ninguna concretaba nada, porque seguía urdiendo mis estrategias con la intención de retener a Paraska.

Los mareos eran frecuentes, el otorrino creía que provenían por vértigo paroxístico posicional benigno, me mandó sin éxito terapia vestibular. La borrachera me provocaba alucinaciones, deambulaba en las callejas de piedra de San Lorenzo o como se nombren esas ruinas hechas de adobe y tejas partidas; tropezaba con figuras empapeladas en la pared que me chupaban las ganas de respirar, mientras la voz de Paraska discutía en la oscuridad.

Un espejo reflejaba su silueta, allí delineaba la mirada con la que viviría en el inframundo de los sueños. Copiaba sin pudor la geografía de las profundidades y los caminos de los nómades. En su loco fluir, me llevaba hacia la guarida de los moradores de las cavernas. Los iaías o espíritus alimentados con aire molido y viento raspado, eran figuritas sin ojos, sin culo, peregrinos en los huecos de la noche.

Con el propósito de entender esas formas soñadas, de asir con la razón los sueños, armé una historia al asomo de la luna.

*“La lluvia y tus quimeras, la única razón para seguir respirando. Ese día conmovió tu figura, en la mitad de la noche, lloré cuando el ilusorio viento lanzó tu cuerpo y te sembró en tu ciudad de papel, donde recorres la vida sin rumbo, juegas naípe y persigues los libros que las paredes te dictan.*

*Lo supimos todo, lo de Paraskiva o como quieras llamarla. No creas que tus secretos quedaron inmunes, todo se llega a saber en un pueblo pequeño como San Lorenzo de la niebla o como se llamen esas casas deformadas por la guerra. Pronto te visitaremos y recorreremos las calles empedradas. De algo tienen que servir los amigos.*

*Paraska te envía los libros, cree que los dejaste embrujados, y una carta en la que te pide excusas por tanta joda que te dio. Debe ser porque aún no ha descubierto, que has descrito su vida en las conversaciones con los guaqueros. Ella pregoná a los cuatro vientos que te has convertido en un fantasma subterráneo. Espanta a los músicos que hace varios días tragan ron gratis en tu memoria y no dejan dormir a los muertos de ese pueblo con nombre de santo y con lengua de infierno.*

*Anduviste todo el día mojado calle arriba y calle abajo, te sentaste en la banca de los chismosos; un jubilado se quejó de que le negaras una copa de ron. Desperdiciaste*

*tantos años seguidos en ese aburrido lugar, mientras ves pasar la vida en la cara de la gente. Te irás sin prisa, distraído por algún saltimbanqui nocturno que pida monedas en las esquinas y chupe el humo blanco del pueblo, con la penosa esperanza de asfixiarse.*

*Pensaste que te parecías a un bandolero rendido, esperabas encontrarte con la gitana en algún momento, en algún rincón. La seguías en las calles, en los ríos, y en las nubes que ella solía mirar; ahora sientes que está metida en tus sueños, confundida entre la gente muerta, te acecha con sus ojos café chispiados y no te deja arrancar a mejor vida.*

*Se insinúa en medio de la lluvia, con su rostro de estatua viviente, con el pelo plateadoentreverado con tintes amarillos y ojos que se tornaban grises con el avance de la noche; menos sus ojos, su semblante era sombrío. Los dedos pequeños te acariciaban los labios, recorrían tu cara, convocaban húmedos sonidos. Podías olerla, saborearla, hablar de cosas comunes, hasta sentías el sudor frío caminar por tu mano.*

*En medio de las calles de piedra, poblaba con el hedor de lo que fue tu juventud; ella te seguía por las rendijas de la pared conducida por un ángel vidrioso; la llamabas en el lenguaje soñado, para que ojalá viniera a calmar tu cuerpo mojado. No se quedará esa noche, solo te dejará las marcas de jazmines árabes por todo lado, sus palabras se alejarán y seguirás llamándola en sueños sucesivos.*

*Los sueños te hacen doler más la vida. En la vigilia ella se marchó, con el tiempo te resignarás. Ahora se ha escondido en la noche, no te dejará como las otras. Estás perdido, no tienes a dónde ir, ni de noche ni de día te consuelan los embustes de tus cuentos.*

*Me conmueve tu figura en la mitad de los vientos de agosto, en espera de un remolino, con la intención de meterte allí y aparecer en alguna dimensión mítica, de las que fabrica el indio Maximiliano Lukano Nupan, de esas que cuentan los guaqueros. No tienes a dónde huir, sino de regreso a ti mismo; considera la posibilidad de vivir en los recuerdos, en los papeles donde escribes falsedades sin importancia".*

Con el único propósito de no dejarme morir, perseguía la risa de la juventud, en el tiempo de los bolsillos vacíos, llenaba mi casa con las fotos de Paraska cogida

de mi mano, por las lomas de Chapal y San Lorenzo de las tapias. Recuerdo que, con el dinero del bus, comprábamos alitas de pollo, helado de frutas y anhelábamos prolongar el día.

### Pedazos de fruta

Tus pasos se reflejan en las miradas de la calle,  
escondo tu fotografía junto al espejito redondo, que  
guarda los cuarzos de tus ojos,  
te veré de reojo en la luna cóncava,  
en las lágrimas del sol congeladas.

Marcarás en las piedras los días perdidos,  
susurrarás frases inaudibles a quienes no conocen tu pasado,  
mientras se enfriá en tu boca el café alicorado,  
te detendrás en los besos que sabían a helado de frutas,  
y no estaré allí para consolarte.

Renacías en esa hora que lo coagulaba todo,  
el reloj se apagaba en tu cartera,  
bebías a prisa los sorbos de café emponzoñado,  
salías espantada,  
te ibas con caricias afanadas.  
Prometías volver,  
con el eco de tus uñas en la espalda,  
no pude retenerme en los rayos de la tarde.

Recuperaré el sabor a cereza de tu saliva,  
agonizaré en la manzana que se oxida,  
me apagaré con los restos ácidos que me dejaste en la lengua.

Acabé de escribirle, “*Debel baj hay sastimos, shogí sucar pirabama*”, salud y suerte, bella muchacha viajera, en un romaní fragmentario, mal escuchado. Recordaré el matiz de sus ojos, los obsequios y olvidaré sus indecisiones de niña vieja. Ojalá se me apacigüe su ausencia.

Se marchó precipitada como llegó, ya no ronroneará en mis oídos como una gatita asustada, porque se irá de todos modos.

—Ramirito, siento mucho dolor en lo que escribes. No te preocupes tanto, en dos o tres meses todo estará cicatrizado, no será la primera ni la última mujer que te deja.

—Gracias Alfredo, es bueno escuchar una voz amiga, cuando me desgarra la nostalgia. El próximo capítulo nárralo tú, porque estoy deshecho, no tengo ánimo ni de llorar.

—De ninguna manera, es necesario que te desahogues de una vez, así las frases rebotarán en quien las lea, y tal vez tengas compañía inesperada.

## CAPÍTULO IV



### TARTAMUDEAS CON LAS SÍLABAS DE MI BOCA

Se confunden las canciones que repiten las radios y los cantores de las esquinas. Sigo perdido una vez más, esta noche empezaré de nuevo como lo hace la luna, como lo aconsejan los viejos caminantes. Las horas serán más lentas, en mis paredes entrarán los retazos de mi niñez, para volver a reír, aunque ahora llore como un maldito armador de poemas.

Prometo morir un poco menos con cada tango, volveré a buscarla en las tabernas. Quisiera irme a perseguirla, hasta que el otro se hastíe. Regresaré a su piel, como las gotas vuelven a las ventanas, porque todo vuelve a la terquedad del mar, y yo soy de agua antes que barro, todos estamos hechos de lluvia y tierra mojada.

En las noches lluviosas, me lleno de nostalgias, me duele vivir. Tengo que inventar la compañía de una mujer, armada con las cosas que me gustan de todas las conocidas. La enamoro con meras palabras, nunca compraré amor, lo repito.

No puedo soñar con las mujeres que invento despierto, siempre vuelve la presencia de una que a veces reconozco, me advierte de los peligros del abandono, me lleva de la mano a su lecho. Hemos hecho el amor plácidamente. Quiero creer que es Paraska, a pesar de que solo sea su espanto que puebla mis madrugadas o la figura que formaron las lágrimas en mi almohada, no lo sé.

La mujer de mis sueños es muy amable, me enseña a bien morir. Una tarde me llevó a un cementerio, tenía una gran portada de mármol, granito negro, un mausoleo con tres fuentes de agua complementarias, cincuenta cruces solitarias, y epitafios, alcancé a copiar algunos en mi colección de versos. Los muertos del camposanto vivían en dos hectáreas refrescadas por robles.

los puestos de las tumbas los vendían en trescientos mil pesos, la vendedora estaba vestida de negro pulcro, con buenos modales trató de convencerme de lo favorable del negocio, me miró desde los encajes de su velo, con sus coquetos ojos castaños con chispas amarillas. Me dijo que este espacio colindaba con un terreno de su propiedad, que podíamos ser buenos vecinos.

Entré en un pasillo de baldosas con cuadros negros y blancos como un ajedrez sin fichas, sentí miedo. Busqué a Paraska con el propósito de regresar, no podía ser dueño de tanta carne muerta, no me gustaba vivir entre espantos, ella me azotó con su velo negro y se rio de mi cobardía.

Al despertar, consulté a una lectora de sueños, nada del otro mundo: temor por la muerte de un ser querido, ansias de compañía, necesidad de cosas trascendentales, miedo a la soledad, deseos sexuales insatisfechos, etc., tal vez la intérprete tenía razón, mi amante imaginaria llenaba mis deseos, porque no soy capaz de alcanzarlos en la realidad. Busco sentidos en el mundo muerto, puede ser que los versos de los epitafios sean mis propios poemas.

### **Hibernación**

Tengo la sensación de que duermes a mi lado,  
usamos el lenguaje de señas,  
jugamos a no tocarnos, a que nadie nos descubra,  
nos acariciamos con miradas disimuladas.

Mi casa se convierte en tu madriguera,  
dices en voz baja que mi amor entra por el tacto  
y el tuyo en las palabras,  
detienes mis balbuceos con los labios,  
me controlas con la risa.

Me bañan las cascadas de tu sudor,  
atrapo tu cuerpo en pleno vuelo,  
jugamos a resbalarnos en la piel,  
me deslizo en tus senos,  
soy la almohada en tu letargo,  
has pasado conmigo todo el invierno.

Despierto con la mentira de tu regreso, no  
me resigno a tu recuerdo,  
lo sacaré en la resaca de la tempestad, me  
esconderé en el invierno que termina, serás la  
risa congelada y mi guarida.

Me crucé con Paraskiva a las 8 de la noche, del 24 de junio de 1997, en la ruta 12 de los buses rojos, la miré al pasar la registradora, iba a seguir de largo, y me detuvo su olor a jazmines nocturnos. Un mareo repentino me dio la señal de buscarla, me senté a su lado. Le recordé quién era, la emoción fue mutua, empecé a hablar de la comedia gringa que presentaba la alcaldía en la celebración del onomástico de la ciudad. Me impresionó el color canela de su piel, su cortesía, la voz cargada de diminutivos, sus labios finos, femeninos, metidos en su cabellera negra con rayitos rubios que le caían a cada lado de la cara. Distinguí en las chispas amarillas y moradas de sus ojos, la mezcla híbrida de ausencias y mares tempestuosos, propia de la estirpe de las lectoras del destino.

Después de varias citas fallidas, coincidimos a través de la poesía, en el taller Awasca de aprendices de escritores, el romance renació con frases cortas, esperas nocturnas a la salida de la universidad, paseos de la mano hasta su transitorio barrio; compartimos pasteles y miles de versos regados por las calles. Hicimos pactos con cabellos amarrados en rosales de los jardines de las casas. Los campos de los alrededores de la ciudad fueron nuestro territorio, entre orquídeas salvajes, dientes de león y flores azules germinaron los besos junto a las metáforas, se volvió común hacer fluir nuestras ganas en letras sueltas.

Las frases poéticas de Paraskiva las traía del romaní, las recitaba en un español con un acento parecido al que hablaban los árabes en las ventas de zapatos de la Calle Angosta. Sus versos llegaban acompañados del sonido de sus zarcillos que simulaban campanas de bronce en sus orejas.

Sentí sus sonidos, aprendí fragmentos de las tradiciones Rrom, y pude traducir los signos de su mirada, que se esparcían como luces intermitentes en los suburbios de la ciudad.

Paraskiva pretendía descifrar sus pesadillas de grandes montañas de piedra, de viento y llovizna. El culto a la oscuridad le venía de su gente, ellos se reunían en el fuego a hablar de todos los tiempos, de como un barco los trajó desde Yugoslavia, de su niñez en el campamento o tabárá; historias que demostraban que eran una de las tribus perdidas de Israel, sin tierra ni heredad.

—Tu amor es indeciso, me has vuelto fantasiosa, a nuestros hombres les gustan las cantoras, no las mujeres que creen en la poesía.

No tenía palabras que responderle, no encontraba la manera de meterme en sus pensamientos, don Grofo Adal procuraba consolarme.

—Paraska conoce las leyes de la adivinación como cualquier mujer Rrom, ha heredado la clarividencia como instinto, su amor a las piedras y al fuego es intenso en ella. Tú eres sedentario, en alguna parte de tu alma tienes guardada la herencia de los caminos. La muchacha ha rodado en las caravanas y seguirá rodando siempre. Requiere un amor que le brinde seguridad, ha leído varias veces en tus manos que no le convienes. Eres difuso. No pierdas las esperanzas. La palabra es cambiante. El amor siempre se escapa al afán de atraparlo con el pensamiento y los conjuros.

—Quizá presiento que el amor del payo me llevará al olvido, y no quiero que suframos del mareo del abandono, esa es una pena más terrible que la muerte. — le dijo Paraskiva a don Grofo, con la voz quebrada—. Somos rodantes, no quiero un hombre que no pueda llevármelo. Cuando más enamorado esté, seguro lo dejaré, y se le desgarrará el pecho, como se rompe la piel de los árboles secos.

—Me presentas un amor sin futuro, continuaré contigo hasta el día que me bloques todas las puertas y presienta tu odio inmerecido. Estoy enamorado de las pavesas de tu mirada incendiada por el sol—. Le contesté en presencia de don Grofo Adal.

—No me gusta que seas inestable, lo único fijo para nosotros es el amor. Desciframos los pasos, el mundo se acabará y los Rrom seguiremos dando vueltas sin rumbo. Existen muchos senderos, ninguno está cerrado, no importa el destino final. Todo lugar es pobre, efímero, se vuelve rutina y con ella muere el mundo.

Mis encuentros con Paraskiva fueron intensos, y a escondidas de su familia, fuera de don Grofo nadie más parecía aceptar nuestra relación. Mientras Paraska viajaba al lado de las Kumpeny por los pueblos andinos, yo trataba amar la vida errante, orientado por el “Sero Rrom”, el jefe don Grofo Adal Yancovich. Con el hablábamos de caballos y gallos finos, conocí en su voz que no se puede creer en la generalidad de las cosas como enseñan en las escuelas. Llevar la casa a las espaldas como él armadillo, implicaba estar en todos lados, en todas las memorias.

— Cuando no se tiene territorio ni heredad, el viaje es hacia fuera y hacia adentro de uno mismo, el camino interior es el más volátil. Los dos recorridos necesitan el consuelo de la familia, las Kumpeny, así podrás alimentar y alimentarte del viento, esa es la base de la Kriss o ley Rrom.

—¿Don Grofo se puede vivir sin amor?

—El amor es muy importante en los Rrom y todo el mundo. Sentir compañía, y luego la ausencia, es adecuado; el dolor de las despedidas, te enseña a ser humilde, a entender que la vida te puede derrotar en cada cruce, cuando menos lo esperes, cuando más fuerte te sientas.

—Mientras dura el amor nos estabiliza, nos da bienestar, cuando se termina llega el dolor, lo incierto. —Intervino alguien desde las sombras que movían las llamas de la fogata.

—La incertidumbre es la sal del amor, nos impulsa a luchar, por el temor a perderlo. El día que estés más seguro del amor, si lo dejas de alimentar se va a buscar otro amor. —afirmó don Grofo, con dureza—. Somos de fuego y de viento. La Kriss trata de preservar la vida de las parejas, su respeto, la fidelidad, aunque contra los impulsos del amor no hay ley que valga.

Escuché la voz de don Grofo Adal hace mucho tiempo, antes que a Paraskiva. Mi amigo Alfredo que presume de andariego, me lo presentó una tarde que nos encontramos en la gallera. Lo conocimos de niños, cuando llegó en su carpa a San Lorenzo de las estrellas rotas, con sus ollas de cofre, su fuelle, 4 yuntas de bueyes que halaban 4 carretas llenas de adivinas, jinetes y malabaristas.

La atracción principal era la cabeza de una gitana arrugada, que salía de una diminuta botija de cuero, amarrada en un brioso caballo bayo, conducido por otro viejo lleno de plumas que parecía ser su esposo. Tenía unos sonoros zarcillos de cobre, labios violetas, sombras azules sobre los ojos marrón con chispas amarillas, su pañoleta florida dejaba escapar su cabellera azabache. Leía la suerte, el pasado y lo que será con solo mirar a los ojos ni siquiera veía las líneas de la mano, la gente hacía fila a fin de conocer los designios del azar, que leía la pitonisa de la estirpe de Paraska.

Los niños curiosos, entre los que nos contábamos mi amigo Alfredo y yo, pudimos sentir los diminutos pasos de la gitana cuando salía de la botija a hacer sus necesidades, y tras los visillos contemplamos estupefactos que se trataba de una diminuta mujer de no más de 40 centímetros de alto; esa adivina se convirtió en mi consuelo permanente.

El abuelo de mi amigo el escribano, Don Alejo Montero le cargó una hija de bautizo a don Grofo, así iniciaron una alianza indisoluble de vendedores de caballos y criadores de gallos de pelea, que duró hasta la muerte de don Alejandro, y continuó con su nieto, de quien me reservó el beneficio de la duda, debido a que acostumbra inventar cosas.

Don Grofo me enseñó a leer el mundo de una forma que aún no termino de entender.

### **Noche de guitarras**

Aprenderás a cantar con muecas ajenas,  
serás voz de otros,  
caerá tu orgullo antes que los ladrones,  
asaltarás el coro de los grillos.

Mientras el mundo agoniza en nuestro rostro,  
cantaremos en las hogueras gitanas,  
las penumbras nos encandilan,  
siempre adeudamos al otro su presencia,  
nos debe las palabras que no le escondimos.

Te entrego mi canto hecho de danzas inseguras,  
tejido por muchas vidas,  
toma mi guitarra y agrégale tu canto,  
dancemos hasta que los árboles se vuelvan ceniza,  
y sean arrastrados por las ventiscas de la voz.

Canta mis dolores y tus alegrías lanzadas a las luciérnagas,  
cúrame con tu palabra de adivina,  
te tocaré con mi canto lleno de presagios,  
en esta luna que mengua,  
porque quizá mañana yo sea noche oscura.

Cantemos a la vida que nos queda,  
mientras las estrellas se asoman al fuego,

y las chispas que caminan en la leña, se  
convierten en errantes luciérnagas,  
prendidas a la ausencia del firmamento.

Cuando Paraskiva se hizo mujer, la fiesta duró 3 días, en los campamentos bailaron sin descanso, porque era una Yancovich y la habían elegido su representante ante el gobierno estatal. Se dedicó a organizar a cluster o grupos regados en Colombia y Ecuador.

Sabía leer los pasos de la gente, menos los de ella. No le enseñaron a cambiar el destino en las líneas de las manos, don Grofo le repetía que nadie podía borrar lo que ya estaba escrito en ese punto de contacto con el mundo. Con la madurez se convirtió en una hermosa viajera “*suglí sucar cai pire but*”, no solo de los senderos sino del destino. El viejo Grofo Adal, la despidió sentándola en sus piernas le dijo “*dicasamen deblesa*”, nos vemos y que te acompañe Dios y se puso a llorar.

La seguí a donde me llevó, las personas más cercanas a don Grofo me recibieron con simpatía, con las otras familias tuve mucha resistencia, Paraska decidió ir sola. A los pocos meses me envió un mensaje por el móvil, donde me decía, que desde el momento de conocernos yo sabía que ella era

una “*Shoglí sucar pirabama*”, una joven viajera, y puso al final unas palabras de adiós, un eres bueno, sigue tu camino “*tu sayen manush, simei emanus, caipi pira ado odron*”, le respondí, en un romaní incipiente: “*me sin corcovo deblesa*”, estoy solo, ve con Dios.

A los años supe que volvió a Pasto, con su perfume de jazmines. Lloramos, nos acariciamos; estaba muy bella a pesar que el cambiante sol le había tocado su piel con rabia. Reconstruimos los olvidos; le dije que había esperado su regreso todo el tiempo, me respondió que no me ilusionara con ella, que tenía desde hace dos años un nuevo amor, lo calificó de bueno y que estaba enamorado de ella. No podía dejarlo, porque la acostumbraban sus cuidados. A los pocos días, en un arranque de pasión, me confesó que me seguía queriendo.

—Los quiero a los dos, con él he construido una relación estable, y contigo evoco mi pasado, ahora eres una mejor versión. Tengo sentimientos profundos hacia ti y hacía él, quiero que ambos estén a mi lado, ayudarlos, protegerlos. Buscaré herramientas a fin de que sigamos juntos los tres, porque hemos sufrido desengaños similares y así podremos sanar del todo.

—Dijo Paraska sintiéndose dueña de la situación y de mi futuro. Acepté atragantado y con mi orgullo pisoteado.

—Acepto este triángulo por un tiempo, para que veas si te puedes quedarte solamente conmigo.

Antes del carnaval fuimos a celebrar nuestro acuerdo en un ritual, que era una de esas mezclas de ceremonia alternativa y fines comerciales. Después de los masajes, nos metimos en el baño con sales marinas, y de allí a una especie de baño turco calentado con piedras volcánicas, en el momento que el vapor asfixiaba, entoné cantos del mundo sikuani, intercambiamos soplos en la boca, creo que allí renovamos el pacto de amor eterno.

—Sabes, soy una mujer privilegiada me encanta reír contigo, hablar de poesía, ese lazo es muy fuerte. Aunque te has quedado en los puros huesos solo con el colmillo felino que cuelga de tu cuello. Mi cuerpo siempre se satisface con el tuyo. El otro me da bienestar a largo plazo. Dos hombres a mi

lado, no lo había pensado; ambos intelectuales, con su situación financiera definida y siento que me quieren. Es algo hermoso, aunque contradice las normas de la Kriss.

A los dos nos llenó de costosos regalos traídos de las ciudades donde regaba sus teorías sobre el bienestar ligado al fortalecimiento cultural, planteamiento que adoptó de las enseñanzas del abuelo “bugo papo” don Grofo Adal, y de la practicidad de los contrabandistas fronterizos. Les traía a los “sero Rrom” los jefes tribales: joyas, ropas, dineros, jarrones, manteles y carne curada.

El 8 de marzo, el día de la mujer, pasó toda la tarde con él, le regaló un ramo de rosas y una pañoleta de seda, le informó que yo la había invitado a comer costillas de cerdo a la barbecuing, él insistió en conocerme, la llevó en su vehículo. Como siempre llegué con 15 minutos de anticipación, me situé en la esquina a esperar que se bajaran, ingresaron al restaurante, salieron a los 10 minutos oí que discutían, él le decía que la había dejado plantada, y la convenció de subir a su camioneta, hicieron varios intentos de salir. El vehículo se inclinó a la izquierda con las llantas pinchadas, cuando descendieron aparecí, me presenté con mi rival, le entregué a Paraska un ramo de jazmines, y una pequeña caja envuelta en papel regalo, insistí en que la abriera, sus ojos brillaron al descubrir que le obsequiaba el anillo de oro precolombino con una esmeralda que perteneció a mi madre.

Se despidieron y ella entró al restaurante conmigo; desde una ventana observé al señor meterse dejado del carro a colocar un gato hidráulico que alguien le prestó; miré de reojo, sin perder la calma, la pequeña navaja que había empleado para romper los neumáticos del vehículo, conservaba el filo y la punta de lezna, de fino acero suizo.

Durante 4 meses jugamos a la infidelidad consentida, le mostré hasta donde puede mi mejor versión, bailamos, compartimos mucha comida, cantamos las canciones de Humberto Tozzi y Nino Bravo. Buscaba convencerme que Paraska no sería la única con el derecho a tener más de un amor.

Mientras estuve con Paraskiva, fui canto en su sedentarismo, froté los versos en su cuerpo, sanamos todo lo posible y poco a poco recuperé la fe en el amor.

Cuando le pedía más tiempo, aparecía el otro, incrustado en su cotidianidad. Nos encontrábamos dos veces a la semana por una media hora en un supermercado o en una heladería de Pandiaco. En sus viajes la esperaba en un punto donde el río Guaytara rompe las grandes pirámides de piedra, ese espacio, se convirtió en el ícono de nuestro amor semi furtivo.

A través del WhatsApp tuvimos momentos sublimes, y otros degradados por la presencia permanente de mi adversario. Los mensajes nos ayudaron a recuperar la alegría con nuestras canciones colgadas en YouTube.

—Escucha *la quiero a morir* de Francis Cabral, me enseñó a pintar el dolor en su medida justa.

—Quiero subir al infinito en esa escalera celeste y remendarte unas alas para que seamos como dos colibrís del sol.

—Destruyes y creas mis días con tu soplo seductor, como una encantadora maleva me das el aliento y me lo quitas, me dejas sin resuello, prendido del hilo de tu telaraña, del que no quiero soltarme.

—Si se rompe el hilo invisible nunca más volveremos a encontrarnos.

—No tengo miedo, recuerda que me lo juego todo a ganar o perder porque “*soy cantor, soy embustero, me gusta el juego y el vino, tengo alma de marinero*” como cantaba Serrat al Mediterráneo.

—Le quitas la magia a Disney, en cambio yo busco tu amor sin embustes.

—Me la juego a ser el conjuro del amor cómodo que te ofrece el otro.

—Creo en esa mezcla de bienestar y hechicería.

—Todos decidimos la forma como amamos.

—Quién gane la partida tendrá mi amor eterno mientras le dure.

—Dura verdad, mejor que una gran mentira.

—Semejante chismoso y filibustero, ¿te atreves a hablar de no mentir?

—Lo de mentiroso me lo enseñaste tú, lo de chismoso lo aprendí en San Lorenzo de los músicos de las serenatas. Donde hay que mantenerse bien informado, sobre los nuevos amores y los muertos recientes, de lo contrario se corre el riesgo de seguir la charla con los fantasmas y desear la mujer del próximo antes de que enviude.

—Me haces reír, el otro es muy serio, demasiado para mi gusto. Escucha está cumbia en la voz de Mariana Seone, con los Super Lamas: “*Atrévete a mirarme de frente y decir ya no te quiero... /acuérdate que esa noche cuando la luna moría/ borracho de pasión me juraste que nunca me olvidarías*”.

—Quizá nunca te olvide. No quiero hablar de cosas futuras.

Agradezco al presente tiempo la oportunidad de sentir su cuerpo por unos meses, conocer sus nuevos sueños, sus metáforas y la habilidad de hacernos aceptar el triángulo amoroso, sin mayores protestas.

Él era 10 años menor que ella, un profesor de química, le gustaban las baladas de los 70 y 80, tocaba guitarra. Su primera esposa lo dejó por un rocanrolero y vivían de la cuota de alimentos que él le consignaba por mutuo acuerdo. En medio de esa crisis conoció a Paraska en una reunión de amigos, fue atracción inmediata. El amor creció con los obsequios de ella y la presencia constante de él. Compartían buenos restaurantes. Ella preparaba recetas gitanas, la carne curada y la berza eran su especialidad. Él la acompañaba a los rituales Rrom mezclados con sacramentos católicos, hasta se hizo devoto de sus vírgenes. Cuando aparecí, su relación estaba consolidada. Él le propuso matrimonio, y ella había decidido romper la Kriss matrimonial y casarse con un payo, un gentil.

—Él me llegó como un regalo de la Parda Sara, curó mi pasado. Es bueno, la voz dulce que acompaña mis meditaciones, es generoso, inteligente y desinteresado, es un ser de luz.

—Tal vez un bombillo no ahorrador de energía, porque aún no ha estallado con tantas virtudes. No se la razón de encontrarte conmigo, y no es conveniente

que yo un simple mortal pueda competir a partir de los retazos de tiempo que me tiras.

—Siempre eres así, cada vez que me acerco con sinceridad, muestras tus dudas y el interés de dejarme, ¡ave de mal agüero!

—Te agradezco la oportunidad de recordar el amor, y los obsequios con que vino tu regreso. Nunca he tenido zapatos más finos ni un blue jeans Dissel traído de puertos donde trafican contrabandistas italianos; tus objetos son de tan buen material que perdurarán después de tú olvido, y tal vez se conviertan en vestido dominical de pordioseros o disfraces de carnaval, pasados de moda.

» Algunos dicen que fuimos manipulados por ti, que nos utilizaste en tus propósitos lujuriosos, otros me preguntan ¿qué tiene de especial? les respondo que los fragmentos de un amor exótico. A los más cercanos les digo que eres una amante formidable, que fuiste capaz de darnos pasión, buen conocimiento del cuerpo, y compañía a dos soledades juntas y muchos regalos. La verdad es que tienes esa mezcla de amor extraño, inseguro y una espiritualidad más allá de lo que el cristianismo promedio puede permitir, sin embargo, es hora de dejarnos.

### **Si te vas**

No mirarás mi ventana,  
cuando pases en el sol de los venados, en un día  
desfasado.

Buscaré el amor extraño en otros labios, ojalá  
también huelan a fragancias silvestres, a sombra  
que se levanta con los gallos,  
a amor incompleto,  
para construirlo y desarmarlo desde el alba.

Me llevaré las canciones que no empañaron las  
promesas de tu amor eterno,  
seguirás con tú nomadismo a medias,  
tomaré tu aliento des añejado en una copa de vino  
blanco como la neblina que me ahoga y te borra.

Perdido, busqué consuelo en la presencia y en las palabras de don Grofo Adal.

—La felicidad es un deber, es el justo equilibrio. No hay plenitud, sino restos de esa ventura acumulada y traída por la memoria. Todos coleccionamos hechos dolorosos y felices, quien se queda con el dolor se llena de odio y aún sin darse cuenta buscará la venganza. Los malos momentos, no serán la guía de nuestros actos. La esperanza está cargada de momentos vividos y es el último recurso a fin de no morirnos de forma anticipada.

—¿Don Grofo, el amor da sentido a todo lo mundano?

—No podemos apostarle todo al amor, de lo contrario nadie podría ser feliz. El amor es frágil, si se va, desgarra nuestras carnes, nos quita las ganas de seguir. Cuando el amor envejece, no propone nada, no da locura, probablemente un poco de compañía, como la puede dar un familiar, una enfermera o un empleado. El amor hay que vivirlo a tiempo, hay que calentarse con su fiebre, que nos arma y nos destruye, nos amarra con sus pasiones y engaños. En su declive es riesgoso mantenerlo, nos duele, como una muerte cercana, nos deja un hueco en el centro del pecho.

—Sus palabras llegan como alcanfor a mi despecho, ahora que escasean mis esperanzas de conseguir una buena mujer. Tómese otra cerveza o ¿prefiere un ron?

—La cerveza nos deja conversar, el ron es otra clase de puñal, amigo. — Mientras el viejo me consolaba, me sentó en sus rodillas, según la costumbre Rrom, a fin de darme un consejo y mostrar respeto por el dolor ajeno. Me dejó llorar sin consuelo, cuando me calmé, me invitó a mirar sus gallos de pelea, amarrados en los extremos de su carpa gigante, la “cart mare”; me gustó un gallino tabaco de 4 libras de peso, parecía ser su padrón, me dijo que yo tenía el conocimiento del ojo, que ese gallo era el campeón. Lo pintaba con tintes de cabello, a fin de evitar que lo reconocían sus adversarios en la gallera, me reí, don Grofo me dio la mano en señal de complicidad.

En honor a la verdad, me dolió perder de nuevo a Paraska, sabía que el adiós era definitivo, sin embargo, una pequeña braza me daba esperanzas, era el último

fulgor que produce una luciérnaga antes de amanecer relegada en un rincón de la hojarasca. Deseaba que algo fabuloso la separara de su nuevo amor. Puse a secar el pantalón italiano que me regaló, en la ventana que da a la calle, por si lo miraba, supiera que la recordaba. Nunca me llamó ni contestó mis mensajes desesperados. Me despedí “*Paraskiva, la garrafa de whisky que tuviste el detalle de comprar, me lo tomaré con café, sentado en mi butaca de madera y tela de mantel de sacristía, no lo compartiré con ninguna mujer ni prestaré a nadie tu taza negra con rayas doradas que dejaste olvidada. Brindaré por el amor que no fue. Alzaré la copa por la nada, por tus engaños y los míos, que no pudieron armar una pizca verdad*”.

El café y el Whisky ayudaban a conversar, apaciguaban mi frustración. Paraska se desvaneció en la distancia, busqué a los amigos comunes. Intenté que Whitman me consolara y me fui a tacar calles. La buscaba en las ventanas que se abrían, en las voces de las gentes solitarias, palpaba los techos de las casas, allá en las nubes oscuras bebía mi íntimo vacío.

Me refugié en La Oficina de los guaqueros, quería embolatar mis frustraciones con sus anécdotas y fanfarronerías. Vivía al día sin dar explicaciones, no deseaba toparme con el recuerdo de su rostro. La perseguía en los rastros de su poesía.

Decidí perderme de la ciudad, huir de los sitios donde anduvimos juntos, irme de una vez por todas, a perseguir fantasmas en el cielo y en las cavernas de San Lorenzo de las perseidas.

Vencido varias veces seguidas por el amor, esperaba que las meras palabras me rescatasen, anhelaba vivir de pura fantasía, continuar a media marcha, dedicarme a recuperar los trozos de alegría que me sustentaban. Seguí una empresa inútil con los ladrones de tumbas, ansiaba salir a los campos y escribir los secretos de esa vil profesión, como artificio del olvido.

Armaba en las noches mediocres historias. Inventé una ciudad pequeña como San Lorenzo del viento, cercada por la enfermedad del amor. Esperaba parodiar a Camus, dije que el virus del engaño lo transmitían ratas cantoras. Inmune al contagio, no sufría la demencia del cuerpo ni soportaba sus vanidades. Me mofaba de los jóvenes que lloraban de abandono, con ellos me metía en los bares a escuchar el dolor de los amantes. Aprendí a disfrutar contando mis

peripecias, ya no dependía de sentimientos ajenos. Construí un proyecto de felicidad a partir de la inevitable derrota de los abandonados. Intentaba hacer lo que me diera la gana, vivir al azar, con lo que se presentara y nunca más reintegrarme al mundo.

*“La ciudad dormía, vigilada por las ambulancias de los hospitales y el pito de los serenos. Desde la ventana miraba pasar los silencios golpeados por los ladridos de los perros, y las gotas de lluvia delgada que nadie observaba, que golpeaban el techo como tambores desafinados; eran la voz de las selvas que entraban a las casas en las hojas húmedas de las seibas aprisionadas en el cemento y se tomaban la calle con su paso lleno de hollín y gasolina quemada”.*

Con el pecho roto, un día me llegó su aroma a jazmines silvestres, lo seguí en las tiendas árabes, en los escaños de las iglesias, en los callejones de los tugurios. En una carpa gitana, me dijeron que había mandado del Putumayo, pañoletas y mochilas de algodón y que allí estaba su olor.

## CAPÍTULO V



### DE VUELTA A LA SELVA

En el año nuevo, Paraskiva se marchó con sus jazmines y Malena al Putumayo, llegaron al pueblo de Manoy o Chungacaspí, en el Valle del Tabanoy. Doña Mercedes del Carmen Mabisoy Potosoy las recibió con la hospitalidad con que reciben las madres a sus hijos perdidos. Le divertía sus atuendos raros, propios de las citadinas que buscaban menguar sus penas con la medicina indígena: faldas largas y anchas, pantalones bombachos, botas militares, blusas atiborradas de flores, pañoletas de seda. Malena llevaba sombrero verde de paño, ruana en lugar de suéter, tejida en una guanga, un telar indígena de madera y manillas hechas con semillas de chocho, san pedro y bambú quemado en las puntas.

La Mamita Mercedes del Carmen, le gustaba la alegría, y la disponibilidad de las chicas en el aprendizaje, por eso les mostró las plantas de las mujeres. Los primeros días les ayudó a armonizar el periodo menstrual, en consonancia con las fases de la luna, les enseñó a ofrendar la sangre en un círculo de piedras. Les mostró como enterrar la placenta de los niños debajo de la hormilla de leña, como alimento del fuego. Aprendieron a tratar los cólicos con ceniza blanca, hojas cocidas de breva, hinojo y canelón de páramo.

Antes de darles a beber el páramo yuyo o chichaja, la reina de las plantas del páramo, de lo frío, de lo chiri, las preparó con consejos, comidas suaves, calditos de pollo con arracacha y aromáticas de cedrón.

La luna se llenaba con los ruidos de la noche, los rayos develaban las montañas y las luces del pueblo se cubrían de neblina. A las ocho de la noche, las dos sintieron que una centella de luna las partía de la cabeza a los pies. Se vieron recogiendo plantas de frailejón y otras flores amarillas.

En algún momento, Paraskiva de los Ángeles se salió de la calzada, se metió en los arbustos bajos, oía la voz desesperada de Malena que la llamaba. No podía distinguirla en la oscuridad. El llanto se juntaba con los gritos de los grillos. En ese instante, apareció Ranido con sus pasos diminutos y sombrero verde claro, parecía un duendecillo irlandés, él llevó a Paraskiva a encontrarse con Malena, que lloraba perdida en la oscuridad del páramo. La noche se tornó blanca como si la alumbraran bombillas gigantes de neón.

Mamá Mercedes les hizo beber toxevenan una planta de hojas diminutas que crece en las chorreras, con propiedades analgésicas y con el humo del copal las regresó al mundo de los vivos. Con las hojas del viento, la guaira sacha se tranquilizaron, contaron sus visiones, en medio de burlas por los gritos de la embriaguez. La mayor interpretó las visiones de las mujeres, como un indicio de su separación, por la presencia de un hombre conocedor de las artes mágicas, y les dijo que Ranido tenía una función de equilibrio entre ellas. Malena entendió la importancia de Paraskiva en su vida.

—Me sacó de la calle, me enseñó a amar, me regaló esperanzas, no podría vivir sin ella. —Doña Mercedes la consoló con la ternura de la que ha visto morir y renacer muchas vidas.

—Tienes que buscar tu propio círculo de regreso. Te voy a dar un amuleto con cuyanguillo, la planta del amor, con la finalidad de que los cuerpos no te sean esquivos, que te sigan por el olor de la planta y tu propio olor. La experiencia de la calle te va a permitir mucho placer. En la vida todo es complementario, las vivencias por terribles que sean, te pueden ayudar a encontrar las dos o tres cosas esenciales para el buen vivir, dirígete hacia ese objetivo con todo lo que tengas.

Las mujeres se despidieron de la curandera con la promesa de volver pronto, se fueron al mundo de los Secoyas. Tomaron un deslizador en el puerto de Hong Kong en Puerto Asís, y llegaron en la tarde al punto donde el río Putumayo separa a Colombia del Ecuador.

Conocieron a Guaquiño Cuatindioy, un Inga que vivía entre la Gente del Hacha, una tribu del río, quién había tomado yagé con ellos por más de veinte años.

Les sirvió de guía, de intérprete, las conectó con las lideresas y las mamitas de la comunidad de Alto Resplandor. Gradualmente bebieron las variedades de yagé conocidas por él, indi guasca, yagé del sol, curi guasca, yagé del oro, quinde guasca, yagé del colibrí, cotseo bain, yagé borrachero o guanto y yai guasca o yagé tigre.

Les contó los relatos de las guerras de los sabedores antiguos, donde murieron por celos mezquinos los grandes curacas de los pueblos del río Putumayo y sus afluentes, les relató los misterios de los taitas que se convertían en tigres sian o mojanos.

Las dos acompañaron el proyecto de recuperación de los saberes femeninos, al tiempo que se tornaron discípulas de las mamás del yagé.

La ciudad se extinguía en los parpadeos de las luciérnagas, las bombillas se cambiaban por el rojo de las lámparas de querosene y el fulgor de esa especie de luciérnagas gigantes llamadas guasimbas. Jugaban a lanzarle arena a los corua los patos salvajes, que las desafiaban con un graznido que no llegaba a ser canto.

Bailaban con los retazos de algún tango que les traía el viento, se apropiaron de la playa, y a no ser por una vieja canoa de pescadores Muruy, que cruzaba sin dificultad los chorros, serían por ese instante las dueñas de las corrientes del río.

Arrojaban al río chorros de chicha de chontaduro con el interés de emborracharlo, lo dejaban iniciado y sediento, se bebían el resto; con espuma el río les lamía los pies, les pedía más chicha, las mujeres reían por su insistencia de borracho consumado. En la lluvia emergía en Paraskiva el deseo de bailar, con contorciones híbridas, recreaba la Kalbelia o danza gitana de las serpientes. Seguía el vaivén de las olas. Los besos ahogaban sus gargantas.

Malena la tomaba en sus brazos y la ofrecía al río, le decía que él sabría entender su alma nómada. Las olas las cubrían, jugaban a desovar en la arena, el sudor se hundía hasta sus pies, lo recogían con sus lenguas, lloraban con lágrimas de sirenas. Con los fluidos cambiaban la forma y el sentido de lo natural, porque hasta estas selvas no llegaría Neptuno a perseguirlas.

Mamita Isola Maniguaje les habló del poder femenino; les advirtió de las tentaciones que iban a soportar si seguían tomando el remedio del espíritu.

—Tarde o temprano llegarán a la maloca del jaguar, encontrarán pieles del tigre sian de todos los tamaños, colgadas en las paredes de guadua, nunca se las pongan, si lo hacen se van a convertir en jaguares, y como no tienen experiencia, serán caníbales, la gente tendrá que matarlas con escopetas y con el soplo de los curacas. Sigan el taiki o canto del sabedor, es muy fácil salirse del sendero del jaguar yai, no habrá quien las dirija hacia lo humano, y se quedarán perdidas en las copas de los árboles, dando mal aire a la gente que pase y alocando animales.

» Llegarán boas Añapucuc, en forma de mujeres hermosas, fácilmente las van a seducir por el apego que tienen a lo femenino, si las convencen, las llevarán a vivir con ellas en las cavernas del río, en las lagunas que hay en las riberas y en los canales dentro de la selva; allí las pondrán a voltear canoas, a robarles el espíritu a los sabedores, a posesionarse de la piel de las indígenas jóvenes, a comer carne humana y los yageceros tendrán que flecharlas para detener su furia.

Las dos mujeres ayudaban a la mamita Isola en las labores domésticas, buscaban leña seca, preparaban frijoles con pescado, participaban en los talleres de tejido, trabajaban en el jardín botánico de la comunidad.

Guaquiño preparó en luna llena, un remedio híbrido, injerto de yagé con floripondio o borrachero, traído del mundo Cofán, lo brindó a la comunidad y a las mujeres de la ciudad. Con los cantos de mariposas, Paraskiva se sintió ahogada y salió a tomar aire mañanero. En el fresco de la madrugada oyó gritos que simulaban silbidos de aves, en la penumbra apareció un grupo de danzantes con guayuco o taparrabo; estaban ataviados de plumas de guacamaya azul y roja en los brazos y la cabeza, tocaban tambores, gritaban, y fumaban tabaco del monte, envuelto en cáscaras de plátano. Un danzante joven se acercó a Paraskiva, le sopló tabaco en la cara, le entregó un collar de semillas de chocho, huesos del ave muchilera y pájaro macuá; con señas le pidió que lo acompañara, ella lo siguió obnubilada por los dibujos de caracoles, y formas alámbricas en su cara, hechos de cortezas fosforescentes y achiote.

Guaquiño se interpuso con su canto de la mariposa, a fin de negociar el viaje de regreso de la tribu invisible al monte. Cambió a Paraskiva por un tambor decorado con chaquiras, y conchas de spondylus traídos del Mar Pacífico ecuatoriano; la llevó dentro de la maloca, la limpió con rezos, con la guaira sacha, le echó sahumerio de copal y cera negra de abejón.

Desde ese día, se encariñaron. Él le enseñaba a tejer mochilas del pueblo Ingano con fibras Secoyas llenas de figuras geométricas, que simbolizaban osos, cuscungos, ranas y otros animales hablantes; la llenó de collares, poemas, y dibujos de las visiones recogidas en veinte años de permanencia con la tribu del río Putumayo, desde que un paciente pastuso le trajo una caja de lápices de colores; ella respondía con abrazos y juegos seductores.

Malena se ocupó con pasmosa tranquilidad a aprender cantos de la luna y el uso de plantas femeninas del amor con una mujer Muruy, venida de La Paya y casada con uno de los hijos de mamá Isola.

Los nativos las respetaban por su dedicación al trabajo y al remedio. Les temían a sus rezos gitanos, que espantaban caimanes, que salían con la luna llena a seducir a mujeres en la playa. En este nuevo orden, las mujeres fueron olvidándose de la ciudad, de los bares, de Ranido.

Contra todo pronóstico, Ramiro dejó llorando a su madre. Atormentado por los mareos se remontó en busca de las tumbas circulares de las que hablaban en las Oficinas de los guaqueros. Los sábados hacía una ofrenda con velas y flores del campo a Afrodita y a la Parda Sara. Cada luna llena encendía una fogata, leía en voz alta sus últimos escritos para Paraskiva, quemaba incienso, hierbas olorosas a fin de apaciguar su estadía en las montañas; los guaqueros lo excusaban, decían que era una muestra de las locuras de los poetas.

Suponía que Paraska esa misma noche miraría la luna sonriente como un enorme emotícon, se escondería del croar de los sapos gigantes, se cubriría con el cuerpo de Malena y él con el manto del amanecer. Armó sonetos a un reencuentro que no llegó; el amor se apagó, con el afán de adaptarse a la vida rutinaria de los merodeadores de tumbas indígenas. El amor se aburrió con los mensajes de WhatsApp cada vez más ausentes:

- Hola, ¿cómo están?
- Bien, ¿encontraste tu tesoro?
- Solo flores, crepúsculos rojos y amarillo quemado.
- Malena te manda saludes.
- Dile que gracias, las extraño mucho.
- El último video de las cerámicas con figurillas de micos no lo pudimos abrir. El Internet es casi nulo, es un milagro que te haya llegado la foto donde estamos en el Río Piñuña, afluente del Putumayo.
- Un abrazo de oso de anteojos a las dos.
- Para ti, un abrazo de felinas apasionadas.



Los motivos del rompimiento no habían sido claros, pudo ser la acumulación de tedios, la figura escuálida del caballero, la diferencia de percepciones de género, la presencia demoledora de Malena, el triunfo de los demonios sobre los inocentes ángeles de las paredes, inexpertos en los artilugios del amor.

Lo cierto es que se sacaron puertas afuera de sus vidas, lanzaron por la ventana el último ramito de romero con ilusiones en forma de florecillas blancas y se olvidaron definitivamente en el WhatsApp.

En las noches de fogata, los guaqueros atacaban el aburrimiento con baladas, mensajes Spam de las redes sociales, se contaban sus intimidades; esto los hacía más amigables y solidarios, aspectos que no reflejaban a la hora de repartir los hallazgos, donde Dimas siempre salía ganancioso.

—Como deben suponer, en el amor he sido un desastre, pretendí toda la vida a Paraskiva, cuando la tribu atracaba en Pasto. Jugamos con muñecas, juntos

aprendimos a leer en la cartilla Charry; estuvimos en el equipo de ajedrez del barrio; conocí sus gustos exóticos, por las religiones híbridas, sus secretos juveniles; la invité a almorzar mil veces, fuimos a los estrenos del cine; bailamos las danzas híbridas de su gente. Recibió con gratitud los poemas que le envié; aprendimos a beber de todos los vinos, y al poema mil, dijo que tenía que irse de nuevo y a mí no me importó. Quise jugármela en su compañía, no quiso llevarme, el parche era de féminas.

—Grave la cosa, se necesita estar medio rayado el cerebro para meterse con gitanas. Cuente más y así acabaremos este aguardiente hechizo, made in San Lorenzo de la teja y caña brava.

—Se fue con Malena y los meses se llenaron de ecos cada vez más distantes. A veces la extrañaba, le enviaba mensajes con el propósito de conversar un poco, por el instinto de perseguir la compañía de una mujer. Malicié que su ruptura abrupta insinuaba que había elegido a alguien más joven.

Antes de que se fuera al Putumayo, la espié y por un instante, el mundo se me vino abajo, la vi que se besaba con otro, un profesor de química; a los pocos segundos me tranquilizó el hecho de no haber gastado más vino en ella, me resigné, porque no podía competir, con un tipo alto y más joven. De él también se despidió esa noche.

» Varias veces soñé una mujer dirigiendo un pelotón de fusilamiento, y yo al frente, amarrado a una silla, tapada la boca con esparadrapo, hasta que aparecía Paraskiva, y la espantaba con el lenguaje que solo entienden las mujeres y la noche, cuando están celosas. Entendí que debo perseguirla en los sueños y no llenarme de amarguras.

—¡Hermano lo hechizó, definitivamente, la gitana lo hechizó!

—Quién sabe, hasta en sueños aparece. Con la media luna, en círculo blanco se aparece en mi frente, alumbría las siluetas de un par de jaguares tatuados en el pecho, que salieron de mi cuerpo, la hembra se echó en la puerta y me mostró sus colmillos cariados, el macho tenía la piel pegada a los huesos. Los conduje hacia el cañón de los Cubos que forman dos montañas paralelas en el río Juanambú, lejos de los cazadores que los perseguían y el ruido de la ciudad.

» Entramos en una roca de cuarzo del tamaño de un hombre. Antes de llegar vimos una silueta, que no pude distinguir si era humana o felina, sus pensamientos nos agobiaron, llegaron con resonancias sucesivas: “*Se atreven a venir, a preguntar por mí, que estoy más allá de la materia, más lejano que las gotas de luz que guarda el cuarzo en que se refugian, no se atrevan a mover sus labios o serán piedra en la piedra*”.

» Me desperté asustado y busqué a los jaguares en mi pecho. Se habían borrado; me reí de mis fantasías, que bien podían servir como materiales de cuentos infantiles. En ese tiempo, me daba pereza escribir, perdía en cuanto concurso participaba, ojalá pudiera registrarlos algún día. ¿Maximiliano Lukano, que crees que signifique ese sueño?

—Andar con jaguares es complicado, tienen mucho poder. Lo llevaron al planeta de algún Dios amo de los cuarzos, quién curó al macho y le agradecieron por librarlos de los cazadores. La voz del Dios casi lo mata, esa presencia es muy fuerte, la gente que no tiene el entreno de los sabedores puede morir. Los seres que formaron el mundo, dejaron su pensamiento en las nubes, en el cuarzo, y se fueron a fundar otros mundos, lo que queda de ellos es el puro pensamiento, ese es nuestra guía y lo recibimos con humildad.

—Además soñé un sol que evidenciaba mi camino construido con caracoles, que me hacían dar vueltas en el mismo punto. Paraska o como se llame esa mujer con luz de minacuro, me seguía con recelo. Las estrellas me tranquilizaban, era la oportunidad de decirle que se manifieste en la realidad. La desaproveché entretenido en entender el rumbo. Cuando las sombras se metían entre las hojas de mis poemas, ella mostraba un ademán de risa y sus ojos indiferentes me invitaban a seguirla; me acerqué a sus labios cavernosos, un ruido de pasos me entumeció la boca.

» Apareció un grupo de gente y nos rodeó, adornaban sus rostros con figuras circulares y líneas cruzadas, semejantes a las paredes de mi cuarto; tartamudeé un llamado de auxilio, una mujer joven, de senos puntiagudos, se maravilló de que hablarla. Paraskiva se pintó con achiote en el rostro figuras de micos y lunas menguadas. Los nómades de los sueños la confundieron con un espíritu de la selva y no con el fantasma de mis sueños que era.

—Algo le han hecho a usted por andar en ese mundo de la poesía o será por el aire guardado de las guacas, una ilusión quiere arrastrarlo a otro mundo. La próxima vez que la sueñe, enfrente a esa mujer, aléjela con palabras duras, soplos fuertes, le voy a enseñar a realizarlos. Actúe en los sueños. Allá como acá podemos dirigir la vida, no se dejé dominar por el miedo ni por el amor. —dijo Lukano y con un tabaco, me sopló la cabeza, las manos y el vientre; me pidió que me quitara todo lo que cargue de las guacas, me cantó una oración ininteligible, sopló tres veces un cuarzo, me lo pasó por el cuerpo, y me cerró el pensamiento con chancuco, el alcohol artesanal de San Lorenzo de los borrachos y el tubérculo guaira chundur, el remedio contra el mal aire.

Dimas se río de Lukano, y nos sugirió irnos a dormir, al día siguiente se guaquearía temprano. Al amparo de una lámpara de gasolina escribí un poema a Paraskiva, no sé si le interese leerlo, es posible que cuando termine estos relatos, ella me haya olvidado, aunque me juró que nunca lo haría.

### Trazos

Copié el arrebato en tus ojos,  
me tatuaste tus caprichos,  
dibujé el horizonte que anduvimos de la mano,  
para que vuelvas a recoger tu vida en mi pasado.

Tu adiós no lo curará la poesía sino el regreso,  
agonizarás en los talismanes,  
en las frases tristes de tu lengua híbrida,  
no adivinarás nuestro mañana en la cartografía de mis manos  
ni presagiarás mi última huida.

Creíste que la lluvia lavaría tus pasos, que  
no llegarán a ser huellas en el agua,  
decías que necesitabas el dolor para moldear tu risa, la  
vida te enseñará el drama del amor incompleto,  
y germinarás en alguna inoportuna metáfora,  
con la rabia de no poder armar el amor a tu acomodo.

## CAPÍTULO VI



### DESCUBRIDOR DE SOLEDADES Y CANTOR DE LAS BALADAS TRISTES

Dimas Ponce trabajaba en Bogotá, en un cultivo de flores. Se hospedó en casa de unos primos, conoció a Carolina, una hermosa joven, de piel clara como él, se enamoraron con la mirada, se encontraban en los espacios clandestinos de la casa, cuando todos dormían. Carolina quedó embarazada a los ocho meses de amoríos, y antes de que se enteraran sus parientes, se fugaron a Pasto; llegaron a la casa de la familia de él, ante el rechazo del padre, ella se fue a vivir con otros parientes en el suroccidente de la ciudad y se encontraban de vez en cuando en parques e iglesias.

En la finca de sus padres, se ganaba algunos pesos con su hermano Clemente, ubicada cerca al río Juanambú; allá rodaba una olla prehispánica de barro cocido con rombos negros, que un trabajador había encontrado por casualidad, con su hermano la llevaron a vender a la compraventa de Germán Rosas, en Pasto. Los convencieron de permitir que un guaquero escarbara y buscara el resto del entierro. El Santandereano era un guaquero consumado, que les enseñó a los hermanos Ponce a fumar, a manejar la varilla de acero, saber si una tumba había sido saqueada, y qué tipo de huecos eran los que tenían cerámica pintada y oro.

Dimas aprendió modales y buenas costumbres de su madre, una profesora consentidora. Por el padre supo evitar las peleas y no rendirse ante los problemas iniciales. De su madre heredó la delgadez de su cuerpo, del padre la piel clara y el cabello castaño. La abuela materna había sido originaria de San Isidro, una vereda de San Lorenzo de las cordilleras; con los años fue a escarbar allá, unos parientes lejanos le servían de escuderos frente a los desconfiados lugareños.

La pasión por las ciencias prácticas se las debía a la bohemia de los viernes en La Oficina, y a su hermano menor, un químico empírico que había aprendido la fundición de metales en Loja, Ecuador.

—Hace unos 20 años aprendí a purificar el oro de guacas en la frontera con el Perú. Me mandó el Ingeniero mecánico Andrés Navarro, le gustaba el oro, más que la comida, ayudaba a destapar los huecos. Ahora vive en el Cauca, y tiene unas 2000 piezas de la mejor cerámica Pasto, Quillasinga, nos compraba todo el oro que sacábamos los de Las Oficinas, que eran unas cafeterías donde nos vendían cerveza a los guaqueros.

» Viajé al Ecuador a comprarle oro al ingeniero y revenderlo en Bogotá. Un joyero puendo, como les decimos aquí a los ecuatorianos, me dijo que no tenía metal, en ese momento llegó un minero artesanal a ofrecerle cien gramos. El joyero dijo que no tenía plata, que yo se los comprara, y le diera veinte centavos de comisión por gramo, lo pesamos, se lo pagué a cinco dólares el gramo, parecía buen oro. Me propuso que lo limpiaba por treinta centavos onza. Acepté, y se puso a purificarlo con ácido nítrico, que evapora el cobre, y con unos treinta gramos de plata recogía las impurezas del cuarzo y la otra plata que lleva el oro. En el proceso se calienta, se recupera la plata líquida con sal y viruta, que son restos de la madera que sale de los aserraderos.

» Aprendí y vine a Pasto a purificar toda la tumbaga que sacaban los guaqueros de Las Oficinas. El ingeniero Navarro nos negociaba el oro, y las mejores piezas de cerámica de los tres colores precolombinos: negro, rojo y ocre.

—Al ingeniero le vendí una vajilla de cuarenta platos, sacados en el Cerro El Cundur, en Chachagüí. Encontramos, con mi hermano Clemente, cincuenta tumbas, los utensilios tenían micos, dantas o tapires, jaguares, platos con figuras de dos indios, uno a cada lado, pájaros en alto relieve en parte central, con una red de pesca, como raqueta de tenis.

» Al Cipriano Zamora, el famoso artesano del carnaval, le negocie unos veinticinco platos; el mayor y los hijos compraban de todo. Algunos compañeros les metieron piezas falsas. Esas estatuas de piedra que tenía la familia a la entrada de la casa son chimbas, las hizo el Emiro, en el barrio Cementerio, de Pasto.

» Le vendíamos a Rogelio Emilio Ojeda, que por mal nombre le llamábamos El Bastardo, un usurero, canoso, gigante, originario de Linares, Sotomayor o de uno de los lados de las montañas occidentales, y a sus dos hijas, la Cecilia y la Silvana, está última todavía compra oro ilegal. Esa familia, las llevaba a vender a Bogotá, en grandes cantidades, las mejores piezas de infieles las dejaban para ellos. Hace unos quince años se jodió el comercio, y la policía les quitó una colección, no sé por qué no las llevaron a la cárcel, dejaron de comprar cerámica y siguieron con el oro, se hicieron ricas. Regateaban todo lo que les llevábamos los guaqueros. Les reuníamos lotes de cien o cincuenta ollas, ellas ponían el precio y no aumentaban un peso más, únicamente pagaban \$70.000 por un lote de cuarenta ollas pintadas; pagaban por todo el lote el precio de una sola pieza, el resto era como regalárselo. Los platos bien decorados los pagaban a \$15.000 cada uno, si tenían alguna imperfección, los rechazaban; entonces, los llevábamos a donde Emiro de la Cruz, restaurador y uno de los mejores falsificadores vivos, así se podían vender a esa familia. Me arrepiento toda la puta vida por no haber guardado lo que le vendí a Navarro o una muestra de lo que se llevaron los Ojeda.

» Trabajamos con mi hermano dos meses en El Cundur; hacíamos dos huecos al día, eran poco profundos, entre cuatro y cinco metros, la boca con forma de cuadro pequeño, de unos cuarenta centímetros de lado, bajaban angostos, y a los cincuenta centímetros, se ampliaban abajo, en el fondo, se iban, como todas las guacas, por túneles y cámaras laterales. Los indios los elaboraban con forma de ánforas en miniatura, con el propósito de esconderlos de los saqueadores de otras tribus, supongo que de la misma gente pobre de la comunidad. Los saqueaban a fin de volverlos a enterrar con sus muertos, y enviarlos más aperados, asegurando a los suyos otra vida mejor en el más allá.

» Ese más allá es nuestro tiempo, el de los guaqueros afiliados a Las Oficinas del alcohol. Si se hubieran imaginado que el oro, y la cerámica pulida iba a caer en nuestras manos, a lo mejor no las enterraban o dejaban trampas mortales a la horda de vagabundos que somos y que muriéramos en el intento de robarlas.

» Los antiguos no pudieron imaginarse que todo su esfuerzo llegaría a nosotros. Tenían la creencia en que, al morir iban a otro lado, como lo predicen casi todas las religiones. Los merodeadores de ese tiempo creo que no robaban para

usarlos, sino que se los ponían a otro familiar y que le fuera bien en el viaje. Según ellos, el muerto no moría, el alma comía, nos hemos topado con tudas de maíz, huesos de cuy, cáscaras de huevo pulverizadas. Algunos encuentran chicha, yo creo que es agua resumida. En San Lorenzo mártir salió una tumba de la que manaba agua.

» El despertar en la otra vida, en la que creían los viejos indígenas, éramos nosotros. Yo fui la otra vida de los mil esqueletos que he despertado, soy el destino, el que subsiste con las cosas que pusieron en las tumbas para seguir vivos. — Comentó Dimas con mucho orgullo.

— ¿No te has puesto a pensar en que la otra vida no eres tú, sino que ellos renacen como fantasmas en tu casa, en los museos, en las bodegas del tal Navarro? — preguntó Lukano, yo celebré sus palabras, traté de cambiar la charla y evitar enfrentamientos.

— ¿Se puede hablar con el ingeniero Navarro?

— La colección ilegal que tiene Navarro es una de las mejores de Nariño, ahora no sé exactamente dónde anda, nos separamos, porque se llevó a mi hermano Clemente a trabajar con las alcaldías, en la instalación de tubos de desagüe, le quedó mal con unos contratos, no le pagó y le echó la culpa a la burocracia. Nos abrimos de él. Después a mi hermano le ha ido bien. No le gustan las fórmulas químicas; antes le sacaba oro al cobre, ahora, cuando no hallo dónde irme, lo acompañó a instalar desagües a los acueductos de los municipios, los dos nos llevamos bien. Ambos nos iniciamos desde muchachos en el manejo de la media caña y la varilla de guaqueros.

» Anduvimos guaquiando de pueblo en pueblo, primero por aquí cerca, por los corregimientos de Pasto, especialmente en El Encano y en los pueblos de Yacuanquer, Consacá, El Tambo, El Peñol; luego, me tocaba ir solo a guaquier, porque los compañeros se murieron, otros se retiraron, la ley molestaba mucho. Mi hermano encontró el trabajo de los acueductos, y quizás yo sea uno de los últimos de los guaqueros que quedó de Las Oficinas.

» Antes yo era un borracho...aunque ahora soy peor, bebo más ron y enamoro menos, he progresado. Las farras en cada oficina terminaban con los que tocan

serenatas con guitarras, en la Carrera 27, cantábamos baladas de los 80. Me acuerdo que sacaba bien la voz de Nino Bravo. En ese tiempo todavía esperaba algo de la vida y del amor: *“Al partir un beso y una flor, / Un te quiero, una caricia y un adiós, / Es ligero equipaje / Para tan largo viaje...”* La verdad, siempre he vivido ligero de equipaje, mi vida ha sido andar de un lado a otro sin comodidades. Al perseguir entierros, me he olvidado de vivir, cambié la vida sencilla por esa ilusión de encontrar algo grande, eso no me dejó actuar a plenitud.

» Esa ambición me impidió ser normal, no he podido recuperar a mi familia, debí tener casa propia, deuda en el banco y ver telenovelas a las ocho de la noche, hasta caer dormido. Me olvidé de seguir el modelo y me convertí en un solitario, que buscaba redimirme con la fortuna de los socavones de los indios muertos, que no llega todavía.

—Dimas, ¿dónde se ubicaban Las Oficinas?

—Oficinas hubo varias, la primera estaba en pleno Parque Nariño, en la esquina, al lado de la Gobernación. Después nos marchamos al frente de la Universidad de Nariño, donde son ahora los consultorios jurídicos, en una venta de licores, con una cantina pequeña de propiedad de un sargento retirado, Ludovico Diaz, que lo mataron al llegar a su casa.

» Los viernes casi todos estábamos juntos en Las Oficinas, si alguien no iba, suponíamos que estaba guaquiando, al regreso, se lo hacía gastar aguardiente o cerveza, como pago por sus hallazgos.

» La Oficina que más frequentábamos con mi hermano era la de al frente de la Policía, por la Carrera 26, el dueño era un prestamista mala leche, que, al final, huyó de su mujer con una amante que tenía; íbamos porque nos fiaba el licor; nos reuníamos unos diez y allí hacíamos acuerdos.

» Aprendí a vivir al día, con lo que trajeron los huecos. Los tiempos libres los pasábamos en La Oficina, para reírnos con las aventuras, averiguar sobre los nuevos sitios y envolatlar los recuerdos con baladas y licor.

—Tómese otro trago, así se acuerda de otras cosas.

—¡Salud! las baladas nos hacían amanecer, fueron el aceite alcanforado de la juventud. En La Oficina uno no estaba solo, nos reíamos con las anécdotas y las canciones. En ese viaje musical, me acuerdo del *Barquito de papel* de Fuad Jorge Jury/ Leonardo Fabio. Era como volar con un viento lunar a la niñez, donde tal vez fui feliz, al calor de mi madre, con el olor de naranjas y chirimoyas. El guayacán donde armábamos con mi hermano una casa de cañas y metiamos allí a nuestras primas. Solo en la edad temprana fui alegre, los demás años fueron del amor a medias y abandonos. La vida se llena con el tiempo de todos los fracasos posibles.

» Tanto andar alborotando la tranquilidad de los muertos, me volví un hombre agotado de la vida. Desde temprano supe que no cabía en el mundo, y mis delirios de destapar tumbas me hacían alterar sin piedad la armonía. No hablemos de tristezas, mejor que nos consuele la música.

—¿Qué temas te gustaban? — Le pregunté para que no lo dominaran las penas.

—Los que interpretaban Nino Bravo y Camilo Sesto, los que no fueron éxitos de farándula. El mensaje es profundo; por ejemplo, de Nino, Ese hombre, una de las canciones más bonitas, poco escuchada: “... *Ese hombre que jura que te quiere cada día un poco más / Y que te llevará mañana ante el altar / El hombre que comparte cada noche tu soñar, / Ese hombre ante quien tú no tienes casi voluntad... / Mas no te quiere, / No, no te quiere / Y nunca sentirá nada por ti... No, no te quiere / Y nunca te querrá / Lo mismo que te quise yo.*” Con esa canción me acuerdo de mi ex mujer y una traición que después le cuento, cuando esté más borracho.

—Cuento de una vez, mientras todavía está lucido. Qué hay de cierto que su ex tenía otro hombre, “don Segundo Sombra”. El dolor de los amores que se fueron con otros, permanece en algún rincón de la memoria y se despierta con el alcohol.

—Después leuento lo de mi mujer. En San Lorenzo del tiempo muerto, me acordé de las canciones de Nino Bravo, que murió un 23 de abril de 1973. Allá estaba en esa fecha y bebí a su memoria, el nombre de su vida común era Luis Manuel Ferri, nació un 3 de agosto de 1945, y el nombre de espectáculo era Nino Bravo.

» Su vida común, es la que vale la pena consumir, se borró con la fama y él entró en esa mentira del espectáculo, hasta que murió a causa de un accidente de carretera.

—¿Y Camilo, el otro español?

—Camilo Sesto, su nombre original era Camilo Blanes Cortés; nacido el 16 de septiembre de 1946, en Alcoy, provincia de Valencia; hijo de Eliseo Blanes Mora y Joaquina Cortes, se murió ahora, en el 2019.

» El 2 de marzo de 1985, en el Estadio El Campín de Bogotá, la vida me regaló la oportunidad de estar en su concierto. Fue una cosa impresionante.

El tema *Tres veces no, ¡me mata!*; me acuerdo de mí ex, la Caro, la mamá de mis hijos y me siento solo. Me llevó a refugiarme a fondo en las guacas: "... Tú me culpaaaaste a míííí / y yo te culpo a tiiiii, / La culpa es de los dos / Y es que el calor se vaaaa... temo volverte a amaaaarr, / No, no, no / Mejor dejarlo así / Mejor dejarlo alláááááá". —cantó Dimas y siguió hablándose a sí mismo un largo rato.

Este tema me mata; pero no voy a llorar delante de este enano deformé, hay cosas que se perdieron para siempre, volver implicaría cambiar de vida y me acostumbré a esta enrancia de guaquero. Los recuerdos salen en la embriaguez, hablan los silencios en forma de baladas. Esto se merece una copa más.

—Sírvame otro trago, chiquitín, que esa música llega a los huesos.

» Salutis putis. Muchas veces soñé que Carito volvía. Cuando la luz se apagaba, la noche me atrapaba en sueños eróticos, terroríficos. La encontraba en el mar, llena de humedad, de algas verdes, de hiedra dormida. Ella estaba perdida, no era mía, como decía Nino Bravo. Me quedó un recuerdo que fui borrando con el fantasma de encontrar oro, solo hallé tumbaga y barro pintado.

—¿Nunca hizo algo para volver con Carolina?

Siempre quise empezar de nuevo, cada vez se enredaba más la relación y la dejé pasar.

—¿Pasaron cosas graves?

—Pasaron cosas, como en toda relación. Ahora puedo viajar sin control, sin dar explicaciones, no tengo que ir los domingos donde a ella se le antoje. El guaquero tiene que ser solo, como un policía sin rumbo, estar concentrado en lo que hace. Sin pensar que ellas le son infieles, que le ponen los cachos, sin tener quién lo espere. Hasta que halle algo bueno, oro, allí aparecerá alguna interesada. —Dimas miro la luna que se metía por la ventana y pensó en una nueva mujer.

Allá en San Lorenzo de las chispas del cielo, tengo palabreada a una viuda, hija de don Antonio Mote, una mujer bonita, atenta. Nos escribimos por WhatsApp. Quiero regresar con este enano por ella. Amiguitas para defenderme tengo. No puedo enamorarme, debo concentrarme en buscar algo valioso, recuperar a Carolina y tener una vejez tranquila.

—Carolina era bella, los que parqueaban los autos al frente del supermercado mientras esperaban a sus esposas, le lanzaban piropos, maravillados por los movimientos de su cadera, sus ojos miel claro, sus labios coquetos, sus piernas musculosas, derrochaba hermosura exótica; los amigos de La Oficina me recomendaban no descuidar a una mujer tan atractiva.

» Carolina me advirtió que si no me dedicaba a la familia y dejaba el alcohol me iba a arrepentir. Resultaba difícil pretender cambiar una vida de juerga, aventuras y mezquindades, por el calor de la familia, que en ese tiempo me resultaba aleatoria. Había planificado retener a mi mujer con hartos hijos, darles mis míseras ganancias y seguir tras el azar.

» El 2 de octubre, día de su cumpleaños, Caro me esperó toda la tarde con la intención de partir la torta, y compartir una botella de vino seco que había recibido por encomienda de un remitente desconocido. Esa noche llegué borracho a canturrearle baladas incompletas. Harta del tufo alcohólico y de mi falta de amor, me obligó a dormir en el primer piso, en la entrada, a fin de no despertar a los hijos con la borrachera, y me pidió que me fuera de una vez a vivir con mi madre.

» Durante algún tiempo intenté recuperarla, seguro que se le olvidaría el desaire del cumpleaños, la única fecha que Carito esperaba con emoción. Traté de cambiar, llevaba al parque a los niños, llegaba temprano de La Oficina y suspendí las expediciones a los cementerios de indios. Hasta que Clemente llegó con la noticia de que el profesor Pedro Miranda había obtenido un permiso institucional que permitía explorar la hacienda de Obonuco, perteneciente al Ministerio de Agricultura, lo que me alejó de mis intentos de ser buen padre de familia; me hice la promesa de traerle a Carolina collares de colores de spondylus marinos y muñecos de oro. Regresé sin un centavo, enfermo de la cadera. Caro se me rio en la cara de verme renqueando, me pidió los tesoros y así dejar de aguantar las privaciones.

» Con mi pequeña hija me mandaba platos de comida, que ella conseguía. Se arreglaba, salía a la calle y regresaba sigilosamente en las noches, en procura de no cruzarse conmigo; la situación se hizo insostenible. No tenía otra alternativa que soportar si pretendía recuperarla. Me entraron unas ganas repentinamente de estar con mis hijos, especialmente con Zoraída, a quien le profesaba un cariño especial, era la imagen de su madre, y se había convertido en mi aliada en la reconquista.

» Con los restos de unos discos giratorios indígenas que le robé a mi hermano hice fundir un anillo dorado con la figura de una luna crecida, se lo mandé a Carolina, en una diminuta caja de cartón cubierta con terciopelo rosado, acompañada de unos estribillos de Camilo Sesto, y al final, una súplica: “Perdóname, por última vez”, y me devolvió la caja, con el recado “El tiempo de regalos ya pasó, déjanos en paz”. Zoraída me repitió el mensaje y me pidió que le regalara el anillo para ponérselo cuando fuera grande; se lo di y le hice prometer que lo escondería en un lugar secreto, hasta cuando tuviera 15 años.

—La noticia de que Carolina andaba con Germán Rosas, le llegó por mi boca. Se fue a buscarlo y exigirle que se alejara de ella, lo esperó a la salida de su casa, lo encuelló con puñal en mano; el comerciante sacó un revólver calibre 38 Smith & Wesson del especial, y no tuvo más remedio que soltarlo, dos de sus esbirros corrieron a apoyarlo. —contó Clemente y lo que siguió, fue el principio de la ruptura definitiva con Carolina.

—Seamos razonables, Dimas, no quiero matarte, los dos somos conocidos hace mucho tiempo, compartimos el mismo oficio y en el pasado hemos sido socios, podemos llegar a un entendimiento.—le propuso Germán.

—El único acuerdo es que usted deje tranquila a mi mujer y se largue. Ella está con usted por un capricho, para hacerme ver de lo que es capaz si no cambio.

—No, hombre, perdiste a tu mujer. Ella se cansó de tus borracheras, de aguantar la pobreza, junto a tus hijos. Es muy bonita, seria y comprensiva, acepta que no te quiere. Me haré cargo de los gastos de tu casa, de darles educación y buena comida a tus hijos.

—Primero me hago matar que darte gusto.

—Entonces, lo haremos. ¡Muchachos, amarren a este tonto y métanlo al monte!

—Viejo hijueputa, si quedo vivo, te busco, te mato a vos y a esa perra.

—Antes de que levantes la mano estarás muerto. Hombre, de verdad no te quiero hacer daño, has sido mi amigo. Te doy una última oportunidad, quédate a vivir en tu casa, estarás cerca de tus hijos, los ayudas en lo que puedas y así mi esposa no sospechará nada. Hasta te puedo financiar una excavación, consigues dinero, se lo das a tus chicos, y te buscas otra mujer que te quiera. ¡Suéltenlo, que se vaya!

Esa noche saludó a sus hijos, y entró a su cuarto a planear como deshacerse de Germán Rosas, no sería fácil. En algún momento debería estar solo o con Carolina, esa sería la oportunidad. Debía tener cuidado si sus secuaces lo mataban a él, sus hijos quedarían a la deriva, vivirían de la caridad, de las sobras de sus familiares, pensó que sería más terrible que el crimen que planeaba.

Intentó en vano que Caro razonara sobre lo inconveniente de estar con Germán, le dijo que era un delincuente. La mujer no oyó razones, le lanzó la plancha con que organizaba el uniforme de colegio de sus hijos y nuevamente le exigió que se largara de la casa.

Confundido, estuvo a punto de irse a refugiar a la casa materna, y dejar que el viejo rencor se quedara con su familia. Se fue a buscarlo, en la oscuridad, entró en el jardín, que conocía de memoria. Un vigilante lo sorprendió, y le golpeó la cabeza con la culata de una escopeta.

—Hombre, te ofrecí de buena manera un trato, ahora no tengo más remedio que tirarte a las cloacas del río Pasto.

—Cálmese. Vengo a aceptar su propuesta.

—Hombre, me caes bien. Lo malo es que todo lo que encuentras te lo tragas en licor, eso llevó a que Carolina te aborreciera. — Nuevamente lo hizo desatar, le dio dinero para que se fuera a escarbar a San Lorenzo del Juanambú, y lo mandó a dejar a su casa en uno de sus vehículos.

Una noche de sábado, cuando Dimas se encontraba en su casa, llegó Germán acompañado de Carolina. Mientras ella preparaba algo de comer, se sentaron en la sala, Germán le ofreció un whisky inglés, reserva de 18 años. A la mitad de la botella, parecían dos viejos amigos.

Recordaron las anécdotas de los guaqueros, hablaron de las falsificaciones de Emiro Diago de la Cruz, y de las triquiñuelas que buscaban convertir la arcilla nueva en una figura de mil años, como un alquimista trocaba la tierra común en buen dinero. Lamentaron la embarazosa situación con respecto a Carolina, oyeron boleros, y las baladas que conocían desde hacía 30 años, se dieron la mano, intercambiaron lágrimas.

Carolina les dijo que parecían dos hermanos que acababan de reencontrarse después de un largo viaje, ella, sorprendida, se enfureció con la situación; le informaron que respetarían su decisión. Era una mujer afortunada, porque la amaban dos hombres a la vez.

—No necesito la autorización de nadie para buscar marido.

Dimas bajó a su cuarto. Al otro día, Rosas le envió un dinero adicional para sus excursiones, él lo empleó en comprarle ropa a los niños, pagar los servicios

públicos atrasados y apear a la familia con una buena remesa. Carolina mejoró sustancialmente de actitud hacia él, conversaban de los niños, de los chismes del barrio, se dividían el acompañamiento en las tareas escolares.

El día del cumpleaños de la pequeña Zoraida, Germán le mandó unos zapatos que, cuando pisaba, encendían luces de colores, con el propósito de que Dimas se los entregara como si fuera su regalo, y apareció con un pastel que llegaba al techo de la sala.

En La Oficina de la 26 se sentaban en la misma mesa, compartían canciones y la botella de whisky. A Dimas le volvieron a fiar licor, y recuperó la atención de los guaqueros, que hacían negocios con él, ratificados por Germán, en secreto. Los apodaron los “amedieros”, en alusión al contrato de medianía que tenían con Carolina.

Los nuevos mejores amigos, en presencia de Carolina nunca se mostraban afectuosos, a fin de no herir las susceptibilidades del otro. Caro se mofaba al decirles que un buen día de estos se iría con sus hijos con la intención de que pudieran vivir juntos los dos, como buenos amantes y les ratificó su decisión:

—No necesito permiso de ninguno de ustedes, sé manejar bien mi corazón, es mejor que se larguen los dos, no quiero que mis hijos oigan sus ridículas conversaciones.

Salieron a La Oficina, Germán se disculpó por haberse enamorado de Carolina. Dimas le dijo que ella no quería a ninguno de los dos, que jugaba con su amor, como lo demostraba el aceptarlos al mismo tiempo y reconoció la derrota. Le contó que no podía soportar que lo tratara como a un extraño en su propia casa, y bebieron hasta la madrugada por la amistad renovada. Al final, renegaron de la belleza de Carolina, de su coqueteo, de su pasión, acordaron nunca más buscarla. Terminaron la farra en un cabaret de mala muerte, bailaron, tuvieron sexo de despechados. Acordaron hacer su luto juntos en los prostíbulos, y poner en marcha una sociedad que explotaría el suelo de San Lorenzo en el país de las tinieblas.

—San Lorenzo de las curiquingas es una plaza única, no la han tocado los guaqueiros, los huecos de dos metros tienen tumbaga, cerámica fina y algo de metal dorado. Se imagina los kilos de oro que van a salir en los huecos redondos. Voy detrás del cementerio de los caciques principales, entonces me ocuparé de mis hijos y le pasaré frente a los ojos de Carolina las mujeres que el oro pueda comprar. —dijo Dimas.

Expió que Carolina saliera con los niños, sacó sus cosas personales, la media caña, la varilla, una soga de 20 metros, un par de botas de caucho, dos mudas de ropa, una foto de la familia, de la que arrancó la figura de su mujer y se marchó a San Lorenzo del fuego eterno a buscar la vieja orfebrería.

—Mi dolor era del tamaño de los deseos de fortuna. La noche en que Carolina me dijo que no deseaba verme cerca de la casa y me denunció por acoso en una Comisaría de Familia; por no poder pagar los alimentos de mis hijos, además estaba vigilado por los policías de infancia y adolescencia. Llegaba hasta el parque del barrio, miraba en la distancia la casa, con la esperanza de ver correr a mis chiquitines en los trencitos gratuitos. Nunca llegaron. Se habían cambiado de barrio. —Dimas cortó el discurso y habló para sí mismo.

» No puedo contarle a este extraño las cosas que fui capaz de hacer queriendo mantener a Carolina a mi lado, se burlaría en sus escritos. A nadie puedo decirle lo que permití, y lo que pensaba cuando regresaba de buscar lo que no se me había perdido. Me quedaba en una habitación contigua a Germán, hasta que mi hermano me convenció de dejarla por dignidad y me perdí en las cavernas de los muertos a llorar bajo la tierra y a morirme de a poco.

—Dimas, lo sé. Por boca de tu hermano, el chisme llegó a La Oficina y lo contaron las señoras de tu barrio, que informan solo por el placer morboso de gozar con el dolor ajeno.

—Mucho llanto me costó alejarme definitivamente de Carolina. Conseguí un buen socio, no todo es fatal. Dicen que “Dios aprieta, pero no ahorca”.

—Mi abuela Julia decía que los hombres debemos llorar, hasta que nos salga sal. Hay que hacerlo donde nadie nos vea, así nadie nos compadecerá. Ahora

puede llorar dondequiera, usted compró esta botella de ron. —Alcé la copa y comparé lo que significó para mí la partida definitiva de Paraska.

### **Las primeras sombras**

Hemos roto los amarres del amor,  
vuelvo a la mar en barquitos de papel,  
soy de nuevo amigo de los bosques,  
No contaminarás con tu danza la monotonía de mis horas.

La soledad es un asunto personal entre tú y yo,  
es extrañarte en la maraña de tu pelo,  
la compañía fue un regalo del destino,  
un paseo que se terminó al final del día,  
cuando tus manos no quisieron recoger las mías,  
y tu voz dejó de ser el canto de un pájaro nocturno,  
que se metía a dirigirnos en las sombras.

—¿Qué música le gusta?

—“Lo que te queda”, en esa voz sostenida de Yaco Monti.

—Julio Cesar Eugenio, más conocido como Yaco Monti; este era el apellido de la mamá; nació en 1949, perdón, 1944; argentino, y la canción es de 1969. Lo voy a complacer con mi voz y se gasta el próximo ron. *“Ayer me dijeron / Que de vez en cuando preguntas por mííííí, / También me dijeron / Yo la vi llorando cuando hablan de ti / Si lo hubieras hecho anteeeess de partiiiiirrrr, / Si lo hubieras hecho antes de sufriiiirrrr, / Hoy tendrías tanto, tanto, tanto amor / Y solo te queda el hablar de mííííí”*. ¿De qué se acuerda?

—De los amores que se fueron por celos y malos entendidos. Mejor sigamos con el amor ido por su oficio de guaquero.

—Las tristezas las compartimos. Somos de la misma edad, aunque usted parece más viejito; las baladas nos conectan. En lo que somos diferentes es en el oficio, usted se aprovecha de los cuentos de guaqueros, y yo soy un escarbador de la tierra, por no decir que ambos somos saqueadores.

—Se sabe todos los datos de los baladistas, ¿se los aprendió en el Internet?

—No, cuando yo trabajaba en Bogotá, me levantaba a las cuatro de la mañana a alimentar los pollos, y escuchaba en Radio Tequendama un programa llamado “La Historia de las Estrellas” y allí aprendí los nombres y las tonadas. La música de antes tenía sentido, contaba cosas esenciales en pocas palabras. Concentraba los sentimientos, hablaba por mí, y su tono tibio, pausado cobijaba mis enamoramientos.

» La música es la voz de la gente silenciosa, introvertida como yo; las baladas se dieron en el tiempo de mi despertar del amor intenso, lo viví en la capital. A Bogotá he ido como tres veces. Estuve varios periodos. Mi dialecto no es muy pastuso. Se oye distinto. Usted conserva el habla cantada del norte de Nariño, de los lorenceños o arracacheros como les dicen de apodo. Somos unos pastusos raros, brindemos por los sentimientos que están en el callejón del olvido, ¡salud!

—Búsqueme, por fa’, en YouTube, Tío Alberto, de Serrat, que habla de otro borracho conocedor de vinos, en el precipicio del delito y la ley; es un viejo enamorado.

—¡Qué linda canción! Nunca la había escuchado. Ve cómo se nos revela la vida en la música, indicándonos historias parecidas a la nuestra; de esa forma no nos sentimos atrapados en recuerdos y en proyectos sin futuro. En el fondo, ambicionaba tener muchas cosas y dárselas a ella o por medio de ella, que les diera a los muchachos, propiciarles una mejor vida. Tantos años de apenas sobrevivir con cerámica pintada y tumbaga, me llevaron a que se borrara la esperanza de recuperarla.

» Hay que buscar una buena mujer. La gente como yo solo sabe buscar, jamás encuentra. Es lo único que sé hacer. El tiempo me ha borrado el amor. No he olvidado la promesa de darle a mi familia lo que se merece. — de nuevo, se quedó pensativo.

Este tipo escribe, mientras hablo y pienso; es como un secretario de juzgado, que copia las miserias ajenas, no tiene por qué saber mis intimidades, lo soporto debido a que no tengo con quien hablar. Lo acepto por el trago gratis. El

tiempo dirá si me equivoqué de vida, no este remedio de investigador de guacas; sé mucho más que cualquiera de Pasto, y no me gusta presumirle a nadie.

—“... *Ya mis amigos / Se fueron casi todos, / Y los otros partirán / Después que yo...*”. Es cierto, no sabemos si los amigos que salieron se murieron. Esa canción es de José Monserrate Feliciano García, el tipo tenía más nombres que un prófugo. Nacido en Puertorro, ciego, con gafas negras: “... *En la noche mi guitarra / Dulcemente sonaráá y una niña / De mi pueblo lloraráá...*”. Otra vez las mujeres perdidas. El amor se manifiesta de muchas formas. El amor hacia las mujeres es infinito, como los muertos que no se acaban. Los artistas cantan cosas que se salen de lo cotidiano, ese es su valor; esta canción dice que no sabemos nada de la vida y es cierto. Yo no sé de amores, sino de engaños y huecos; mi juego es: encuentro una fortuna o me tapa la tierra.

Voy a brindar a la salud de los gitanos con una canción de Alfonso Pahino, nacido en España; con una voz fantástica, le entrega su música a esa estirpe de gente nómada como yo: “... *La libertad fue mi cuna y el viento mi canción / De soledad y de luna forjé mi corazón, / No cambiará mi destino una noche de amor / No te ilusiones conmigo que tu hombre no soy yo / Yo soy gitanoooo / Y tengo que partírrr...*”

—A los gitanos los conocí en San Lorenzo de los arrayanes. De chiquillo andaba metiéndome en sus carpas y oía las sílabas del romani, que lo pronuncian como “romanech”; conocí a un compadre de don Alejandro Montero, don Grofo Adal Yancovich. A los años me lo volví a encontrar en Pasto, como patriarca Rrom, llegué atraído por su enorme carpa llena de remiendos. Allí conocí a don Juan Migueles y a doña Lucianita Yancovich. Don Grofo con su anillo grande de secretas aleaciones, me abrió las puertas de su mundo. Eran conocedores de los misterios que cada camino guarda, por lo cual pagaban el precio de no tener heredad.

—Los viejos gitanos son gente extraña. No codician el oro, sino el amor de la tribu. No conocen el vértigo de acumular; se adaptan a todos los lugares y los dejan cuando la gente los empieza a ver cómo parte de su entorno. Se burlan de los payos, que siempre se inventan la misma mentira sobre una hermosa gitana que se enamoró de un abuelo suyo, y dicen ser descendientes de las

tribus perdidas de Israel, aunque vienen de la India, y no tartamudean ni una palabra en español. Me los he encontrado por donde ando.

—¡Salud por los gitanos, que nos enseñan, que más importante es el viaje que el sitio de llegada!

—Tómesela toda y de una alzada, por la vida errante.

En ese momento me acordé de Paraskiva. Imaginé que miraba algún lago, que realizaba un conjuro para convertirme de una vez por todas en sapo. Con la intención de no llorar frente a un trámoso guaquero, rápidamente intenté seguir con el hilo de la conversa, moviendo las cejas, miré a Dimas y tuve que pedirle *el breve espacio del cubano Pablo Milanes*: “... *Todavía no pregunté ¿te quedarás? / temo mucho la respuesta de un jamás/ La prefiero compartida antes que vaciar mi vida /no es perfecta más se acerca a lo que yo simplemente soñé...*”

—Bonito y extraño tema, tampoco lo he escuchado jamás. Esos cubanos son la música misma.

—Volviendo al tema, los entierros indígenas son infinitos, los muertos guardados son millones. Se acaban en una parte y salen en otra, los buscaré hasta que pueda. He antepuesto cualquier cosa importante a esa locura de sacar tierra sin pausa, con la esperanza de encontrar a los caciques principales, en cada pueblo que he visitado. Ya le dije soy uno de los últimos guaqueros activos que queda en Pasto.

—Hombre, ya se emborrachó. Me lo ha repetido tres veces. ¿Cuál es la técnica suya en las excavaciones, si se puede saber?

—A fin de sacar buenas guacas, hay que seguir estos pasos: primero, dirigirse por donde hay petroglifos, que son la señal de que las tribus estuvieron allí, en las partes altas y planas están las guacas. Segundo, hay que leer la tierra con la varilla o la baqueta, hasta encontrar tierra café, no removida. Tercer paso, dejarse dirigir por el hueco, seguir las paredes, sacar la tierra floja, si no se las sigue, se puede quedar el entierro en otro lado o derrumbarse; hay que guiarse con la varilla por donde lo jala el hueco. Si aparece tierra firme, estoy perdido,

se llama “emparedar el hueco”, despejar sus paredes, tener en cuenta que va a destapar lo que otros llenaron. Es recuperar su forma original, redonda, cuadrada, rectangular, largo, en forma de caracol; coger el corte de oriente a occidente; entre más profundo y complicado el hueco, trae mejores objetos. Si los han saqueado los indios o llevado a otro hueco los utensilios, salen vacíos, vanos o hueros. A estos pasos súmeme, en cuarto lugar, los conocimientos del ojo y del oído, que, en el caso mío, es de más de tres décadas de aprendizaje, escuchó el vacío, la profundidad y el corcho de la tierra firme, donde no hay nada.

» El terreno de encima donde está la guaca es caliche, arcilloso, rojo, blanco o amarillo. Está bajo la capa arenosa, es la tierra que escogían los antiguos, y donde está el entierro, adquiere un color cafecito, uniforme, como si los indios la hubieran revuelto meticulosamente antes de llenar las cámaras mortuorias, y se diferencia de las capas mezcladas con desdén por los guaqueros; así uno sabe si el hueco ha sido tocado por otros merodeadores de tumbas.

» Repito, he abierto unos mil huecos indígenas, y podría encontrar uno con los ojos cerrados, siento la tierra por el sonido de la varilla. Hay que tener malicia y buen oído, sentir cuando la tierra ha sido removida, es necesario saber dónde están los nichos, escuchar si se trata de un hueco profundo o superficial, que son los más pobres. Si suena como sacando un corcho, la tierra es virgen, porque no hay vacío, allí no hay nada. A veces me equivoco con huecos que han sido saqueados por los mismos indígenas, que llevan las cosas a otras tumbas o las robaron los españoles. Se trabaja mucho en esas tumbas, y al final, solo se encuentra una bonita arquitectura subterránea y nada de valor. Sé encontrar las tumbas casi sin errores; intuyo lo que contienen por la profundidad y la forma. Al final, lo que hay es un misterio. A ciencia cierta, nadie lo sabe, ahí está la emoción, en ese azar. Sabemos cuáles son las cartas del mazo. Nadie tiene certeza que llegará a su mano.

—Don Dimas, ¿quiénes fueron sus maestros?

—Dígame Dimas o Ponce, como me dicen en todo lado, quíteme el don. El maestro más importante que tuve fue el finado Mono Romelio Muñoz Terreros. Cuando yo empecé, él llevaba quince años de guaquero, se convirtió en mi compañero de penurias, de no sacar nada o blanquearnos. Tomábamos licor, aguantamos hambre; me hacía observar y nunca me indicó que siguiera cada paso.

» Otro maestro fue el finadito Ricardo Castro, él me indicó el procedimiento con menos egoísmo, los otros compañeros no sabían cómo explicarme. Este oficio nadie se lo enseña en forma completa. Si los huecos no funcionan pierdes fuerzas y tiempo. Oír cómo es el firme y el vacío, saber distinguir los dos timbres, por el eco de cada uno, que varía un poco. La tierra final del hueco es cafecita, igual que la de tierra firme, la misma contextura, se la saca con la vaqueta. El oído sabe ver las diferencias y me dice dónde está el hueco indio. Hay que tener la técnica, no es echar pala como bestia. Me encanta bajar los huecos como van, siguen solitos, por las paredes, no sigo las partes que no sean del hueco.

» Los guaqueros más viejos están muertos. Los que quedan están retirados, porque se dedicaron a otros trabajos; se acostumbraron a escarbar cerca de Pasto, iban a guaquierar y se regresaban el mismo día. Por aquí cerca no hay nada, tras cuarenta años dele y dele. —Dimas se puso a mirar el techo como si se concentrara en la melodía que salía del teléfono móvil y reconstruyó el discurso que lo justificaba como guaquer.

» Algunas piezas que saco por encargo de los coleccionistas no tienen precio. Los guaqueros somos fáciles de comprar, todo el tiempo necesitamos dinero de licor y comida. También pertenecemos a Pastos y Quillasingas como cultura, y ahora nos gobierna la ambición, tenemos precio y somos baratos. Por mi abuela, vengo de San Lorenzo el pueblo del martirio; me da derecho de rebuscar lo que enterraron los ancestros. Este escritor charlatán no entiende, y viene con sus peroratas de protección del patrimonio cultural de San Lorenzo sin tiempo y otra sarta de sandeces.

—Esa música me hace pensar que hay muchas cosas en la vida que nos asustan. A mí me da pavor la prisión de la gente inocente y la traición de mis amigos ¿a usted?

—Llegar a la edad de jubilación sin un peso en los bolsillos; tal como estoy ahora, hay días que no puedo invitar ni una cerveza. Antes yo era un degenerado, me gastaba en alcohol todo lo que sacaba. Ahora no puedo invitar a nadie ni un café con arepas; las guacas son casuales, no hay el dinero de la farra.

» La ruptura con Carolina tuvo que ver con esta vida lejos de casa y el tiempo libre metido en La Oficina. La perdí, y hasta dejé atrás la dignidad en busca

de recuperarla, esa es mi culpa. Antes tomaba hasta caerme de borracho, ahora llego hasta sentirme picado y dejo de beber, tengo un límite, no me dejo prender; ese es el gran cambio en el rumbo de mi vida.

» El licor me sirve para acercarme a la música, lenguaje de lo innombrable. Las canciones son vivencias, nos dejan sacar los sentimientos escondidos.

Imitar voces y consignar en las letras, recuerdos personales que no podemos expresar de otra forma, porque no sabemos resumir las palabras ni hablar con adornos, como lo cantan otros.

» Escuche en mi voz este tema y le cuento qué recuerdo me trae: “*Llanan al timbre, salgo a mirar / Y abro la puerta y estás ahí, / Dulce regalo que Satanás / Manda para mí... / Explíqueme otra vez la lección / Deme una clase particular / Señor profesor / Lolita, me excitas / Perversa piel de melocotón...*” Esa es la Orquesta Mondragón, españoles, agrupados en 1976; su cantante principal era Javier Gurruchaga. Cuando me quedé sin mujer, me hice amigo de una colegiala del San Juan Bosco; a ella le encantaba lo que yo hacía, le regalaba mullos de tumbaga, collares de colores con pepitas de caracol, que los indios de la sierra debieron comerciar con los Tumacos de la costa del Pacífico. Esa chica me copiaba, commovió mis entrañas, me regaló esperanzas, juventud y desapareció; nunca más la volví a ver. Le regalé una tirpa roja pintada, con unas cruces negras, sacada en el corregimiento de Cabrera. Una ilusión hermosa, tal vez se consiguió un novio joven, me dejó y me quedé con esta canción, que la saco en las borracheras; su imagen llega a mi sala, me llena de alegría por unos minutos, mientras dura la canción, y se marcha, con su piel suave, su mirada coqueta, risa de marfil; se apagan los acordes, y me quedo solo, abrumado, con el alcohol.

—No se queje, que no es el único que está solo.

—Muchas gracias, me sirve de consuelo. Que amabilidad la suya. Oiga tengo unas primas que son cincuentonas, se la pasan trabaje y trabaje, son blancas, un poco monas, no están mal; se las puedo presentar, para que hagan amistad; por la madurez, son formales, con su temperamento y edad pueden hacer juego con usted. Una de ellas se separó del marido, es contadora de una empresa de transporte, tiene un solo hijo; la otra tiene unos depósitos de huevos por

Bomboná. Son juiciosas y sanas, nada de andar bebiendo o con mozos; la menor tuvo un único novio, que se lo había bajado una prima de ella, y nunca volvió a tener pareja. Ambas son recomendables, se las voy a presentar, usted necesita una mujer madura y querendona. Quién quita y hasta nos podemos volver parientes.

—Muchas gracias por tan generoso ofrecimiento, buenamente se molesta, querido amigo. Me voy otro día lo vengo a visitar, se hizo tarde, y la cabeza me da vueltas.

—Por eso no más se va, no se moleste, qué de verdad, mis primas son serias y necesitan marido, Lo acompañó al taxi; estos barrios nororientales son complicados; aquí el único honrado soy yo. —Hizo la propuesta y no me acompañó, se quedó bebiendo el resto de ron y lanzando sus pensamientos a la noche sin estrellas.

» Ahora estoy solo, como siempre, con un cigarrillo y un poco de licor. En el remate, va de nuevo Nino Bravo... Aquí, desde Radio Tequendama, en la localidad de Teusaquillo, tenemos el honor de presentar al artista revelación Dimas Ponce. Dedicado a Nancy Carolina Ortiz, en algún lugar de Nariño, desde su programa Buenos Días, Viejo Sol: “*El hombre que ha logrado hacerse dueño de tu amor, / Ese hombre afortunado, tan honrado y tan señor...*”, se las daba de señor para borrarme, desaparecerme de tu mirada, con sus promesas de felicidad, con tanta formalidad y buenos modales/ ¡maldito patojo!... “*Ese hombre que sonríe caminando junto a ti... / Y nunca te querrá, / Lo mismo que te quise yo..., / No, no te quiereeee... / Nadie te puede querer como te quise yo, con la pasión de la juventud, jiiiiiiiiii jiiiiii guaaaaaa!*”

» Este llanto es por mi derrota, por el engaño de estar esclavo de un pasado que no puedo soltar, y mantener la mentira de hallar un tesoro, que no ha sido para mí. Las lágrimas se deslizan en mi boca, saben al puto licor, quiero llorar a gritos. Estoy solo, ¡así como se debe llorar!, sin que nadie lo compadezca. Cierro las ventanas, los vecinos pensarán que miro una telenovela mexicana. Que salga toda el agua caliente y salada de mis ojos, y se vaya otra noche de estas, que mañana empezaré a olvidar.

» Las lágrimas saltan como cascadas calientes. No saben a noche ni al sabor de las baladas; llevan el gusto del desprecio; a esto tiene que saber la tristeza. Ni siquiera una muñeca falsa de arcilla nueva, de las que chimbea Emiro Diago De la Cruz, me acompaña en esta hora de muerte.

Y se durmió, añorando despertar en Bogotá, con Radio Tequendama y llevar a pasear a Carolina a Zipaquirá o al Chorro de Quevedo.

El taxi me dejó frente a la casa de mamá Teresa. No quise acostarme, me puse a oír boleros. El dolor de Dimas me dolía más que el recuerdo de Paraska. Había chillado lo suficiente no podía quedarme en ese lago de lágrimas o me iba a ahogar. Contrario a Dimas sabía que no pretendía olvidar, en los enamorados el olvido no existe. En el pasado hincamos nuestro caminar, y nos inventamos en el porvenir, el embuste de existir.

La noche me trajo un olor conocido a jazmines montañeros, en las sombras miré de soslayo la figura de Paraskiva y me metí en el tango que más quiero, *nostalgias* de Enrique Cadícamo, y quise emborrachar mi corazón; creció el deseo de beber y recordar, “...Quiero por los dos la copa alzar, para olvidar mi obstinación y más la vuelvo a recordar/... Nostalgias de escuchar su risa loca/ y sentir junto a mi boca/ como un fuego su respiración/ angustias/ de sentirme abandonado/ y pensar que otro a su lado/ pronto, pronto le hablará de amor... ”.

### Noche de cantina

Los tangos intentan consolarme,  
sus lamentos no caben en las cajas de los violines,  
se rompen en las estrofas de los cantores callejeros.

El bandoneón no guarda mis secretos,  
me trago en cada cerveza su figura,  
su mirada se pierde en los ojos de otras mujeres,  
rebota en mis manos y se quiebra,  
confío que encuentre mis dedos de fantasma,  
arañando su puerta con mensajes encriptados en el roble.

## CAPÍTULO VII



### LADRONES DE LA OTRA VIDA

Dos litros de ron, una guitarra, una pira de leña, tres troncos como asientos. La luna que rompe los silencios, la guitarra española rasga en rayos plateados.

El fuego reúne, permite hablar; en la adolescencia prendíamos fogatas, mientras los demás tomaban cerveza. Con Paraskiva o Paraska de los Ángeles Yancovich atizábamos la leña, los otros la apagaban con sus orines. Asábamos trozos de carne, cuando estaban listos, se los cogían sin dejarnos nada. Si les reclamábamos nos echaban agua. Soportábamos en silencio con el objetivo de salir juntos y al fuego le pedíamos que nunca nos separara.

Organizaba los leños, regulaba el calor, ahora no estaba mí compañera de juventud. Saludaba a los tizones con pedazos de copal, el incienso de los indios. El fuego hablaría con mi pasado y traería su presencia gitana. Lukano me había confirmado que el copal era el alimento de los iaias o seres elementales que amansan el mundo de los muertos permitiéndoles entrar en el tiempo de los vivos.

Cogí un carbón encendido con las manos, como lo hacía mi abuela Julia, el dolor fue intenso. Me acordé de lo que la abuela hablaba del santo San Lorenzo, que se aborrecía a sí mismo para entregarse a los pobres de Roma, y dio sus carnes en una parrilla enrojecida, a fin de no entregar los dineros destinados a los pobres. Al asarse de un lado pidió que volteen su cuerpo para asarse del otro. En la niñez me conmovían aquellos cristianos de las catacumbas, perseguidos, comunales, solidarios con los menesterosos, sin culpa. Me queman las brasas de los saqueadores; como ellos soy un ladrón de tesoros colectivos, con el pretexto de evadir el abandono de una mujer, que nunca fue mía.

Mi madre decía que yo era tan pequeño que me podía meter en cualquier parte. No cupe entre Paraskiva y el mundo ni siquiera mi vida era del tamaño de las

letras de su nombre; escribo para desperdiciar tinta, qué más da sino no sé hacer otra cosa para olvidarla.

Dimas se mojaba de mi ritual, de mis poemas, mientras a Lukano Nupan le crecía el interés, me ayudaba a lanzar los pedazos de copal, musitaba mantras incomprensibles, de las que recitan los indios de la sierra al barrer los cuerpos con ramas de ruda, altamisa y flores de gallinazo. Inspirado por el alcohol y por el humo del copal, se inclinó a leer las señales que le daban las llamas, la ceniza y los carbones encendidos.

—La ceniza blanca cura dolores internos, la gris de roble y guayacán ayuda a pelar el mote de maíz y previene el cáncer. En los carbones a veces caminan unas lucecitas intermitentes como lámparas de carros, que muestran la dirección que se debe seguir en las dificultades. Si se lanza con fuerza el copal y hojas de coca al fondo de la llama, suelen venir los espíritus a conversar en el pensamiento, dan consejos y remedios a los males renuentes. El fuego tiene un amo, un guardián lo dirige, si se habla con él, se adquiere el don de curar enfermedades frías, da fuerza a fin de poder negociar y reprender a duendes, brujas y otros espantos.

—Lukanito, sírvase otro trago o se apaga la noche.

—¡Salud!, el fuego es uno de los elementos de los que depende el mundo, está en el rayo, en los volcanes, en los árboles secos, en las velas de cera, en la luna que devuelve el calor viviente del sol; está en nuestro cuerpo, aparece en la fiebre, en el peligro. Somos gente de fuego. —insistió Maximiliano Lukano Nupan.

» Dimas está atrapado en el camino, encandilado por el oro de nuestros antepasados que alguna vez tocó sus manos; esa ambición lo hace creer que se topará con la fortuna por la que no ha trabajado, busca las cosas que no ha guardado; lo consume ese deseo, lo despierta a media noche. —Dijo en voz baja Lukano.

Dimas canturreaba su pasado, la guitarra era lenta. Les serví la carne asada en hojas de ímpamo, con agua de cedrón.

—¿A qué se deben tantas atenciones, Ramiro?

—El fuego, y el alcohol fortalecen la amistad.

—Cierto, en el monte hay que beber. Tendrán cuidado con la Turuquiska o vieja del monte. A un primo que vive en Casabuy se lo cargó por andar borracho.

—Cuando estoy borracho, yo soy el que me cargo a las viejas que encuentro, joven Lukano, ojalá venga acá esa aparición; dicen que tiene unas tetas grandes.

—No la convoque, de los espíritus mejor no se burle, que aparecen y se lo llevan a manosear a cualquier cañada.

—Sería bueno; dicen que hay que alzarle los follados y se rinden. —Dimas dejó la mueca risueña, se quedó en silencio y se metió en sus pensamientos.

Tengo metida a la muerte con cara de india huesuda. He construido un temor que aflora en los sueños y afecta mi profesión. A pesar de todos los argumentos que me justifican, los espectros me recriminan y me persiguen al intentar dormir.

—Nada malo hago, solo saco el dinero botado en la tierra por gentes que creyeron ser inmortales. Soy conocedor de la tierra que guarda mi fortuna, y uso con perfección la varilla, sé si está revuelta por saqueadores o por los antiguos.

—¿El tiempo mezcla la tierra con la intención de confundir a los intrusos?

—El tiempo todo lo trastoca y todo lo conserva, mi querido preguntón, — dijo Dimas, y habló a sus adentros.

» Lo más seguro es que la tierra la cernieron los indios; eran maliciosos y astutos como este Lukano, se acostumbraron a actuar con sigilo, eran cazadores, antes de ser esclavizados por españoles y hacendados. Hay muchos huecos llenados con tierra especial a gran profundidad; son una trampa, la vaqueta y la media caña muestran que hay entierro, se llega allí y se endurece, no se

encuentran objetos, solo osamentas; ese es un engaño, no quieren que escarbe. Un inexperto maldice y lo tapa, mientras el entendido mete de nuevo la media caña desde ese punto y se da cuenta que el túnel sigue cuatro o cinco metros más, allí se ramifica a varios lados, en dos o tres nichos cargados de nuevos huesos y utensilios de acompañamiento, vasijas pintadas y oro.

» La tierra de los huecos saqueados en los últimos cincuenta años es más floja, revuelta con humus de arriba, tierra revolcada, trae piedras, arena y se encuentran gradas nuevas, los huecos prehispánicos no las tienen; los indios se bajaban a los huecos con bejucos o lazos de algodón.

» Los aborígenes cavaban en terrenos arcillosos, estables. Como excepción, algunos los enterraban en cualquier parte. Parece que no los apreciaban, puede que los hayan expulsado de la tribu por infractores a alguna norma. Debieron existir delincuentes, gente que robaba o agredía a otros y les tiraban cualquier olla con alimentos, quizás por piedad, para que en la otra vida no se mueran de hambre. Hoy en día, somos los guaqueros los que pasamos hambre cuando desenterramos huecos pobres.

» El guaquero debe saber buscar las tierras especiales donde están los cementerios; son arcillosas, porque las tierras arenosas se derrumban. A los indios de Pasto les gustaba meter sus muertos, con una o dos ollas, a cuatro a diez metros de profundidad, los de San Fernando son lo más profundos.

» El indígena rellenaba los huecos con tierra especial, tenían orden; entre más hondo el hueco, más linda esa tierra, más pulverizada; la vaqueta encuentra esa tierra y así se sabe la profundidad; se llega al final y se va por un lado hasta la tumba; otros huecos siguen bajando y empatan con otras bóvedas. Estas cosas no las voy a contar a estos aficionados.

—Es probable que hubieran realizado ceremonias de sepultura secundaria, todavía algunas comunidades las realizan; escuché a un sabedor Sikuani, llamado Malabo, que significa Lago Celeste, que ellos enterraban a sus muertos por cuatro años; luego, exhuman los restos óseos, en una ceremonia donde participaba toda la familia; los llevaban a otro sitio seleccionado, en una vasija de barro cocido; le danzaban y cantaban, a sus dioses Tsamani

Monae. Ofrendaban el espíritu del muerto con la petición de que renazca en la comunidad con benevolencia y celebraban el renacimiento en un nuevo lugar de sepultura secundaria, esa ceremonia se llama itoma, sacar huesos. El ritual ya no se realiza porque las empresas criadoras de cerdos, las petroleras y la gente externa han copado sus territorios. La muerte ha sido siempre un momento transcendental en los antiguos y renacientes indígenas como paso a otra vida y la volvieron ceremonial.

—¿Dónde aprendió tanto de muertos don Ramiro?

—Acá los indígenas sacaban los huesos, las riquezas de varias tumbas y los colocaban en urnas funerarias grandes, en entierros secundarios, por motivos religiosos o con el propósito de esconder los tesoros. El problema es ubicar el nuevo entierro, que generalmente está en un lugar distante del sector que le correspondía por clase social o género. En ocasiones, nunca aparece la olla de boca grande, pulida y adornada, señal que fue saqueada por indígenas intrusos, españoles o guaqueros y la dejaron como trampa para nosotros.

—Por los lados del Juanambú, en San Lorenzo del río turbulento o como se llame ese remedo de pueblo, hay un punto llamado Los Cubos, donde la roca se estrecha casi hasta tocarse las dos montañas y el río pasa endemoniado por la mitad. Existen unos petroglifos con escenas de pesca, cacería de venados, un cacique con plumaje y con una lanza decorada también con plumas observa el círculo tejido alrededor del posible cadáver, están sentados en medio de un caracol doble, señal de una antigua comunidad organizada. Los dueños de los terrenos encontraron ollas sin pintar en alto relieve de micos; esa tierra es dura y pedregosa.

—Allá quiero ir Ramiro, me han contado de esas piedras; usted me confirma mis sospechas. En esa zona, he estado en las veredas Bodega, La Rastra y La Guasca, de Buesaco; más allá quedan los Llanos de Tongosoy. Dicen que había un puente que lo volaron, porque pasaban ganado robado; que hay que pasar por una tarabita sobre el putiado Juanambú, que une a San Lorenzo del monte con Buesaco. —dijo Dimas y siguió con su costumbre de guardarse cosas, de no contar todo.

» La zona es buena. No debo mostrarle mucho interés a este entrevistador, solo quiere congraciarse conmigo. Allá, encima de Los Cubos, queda el poblado de Bodegas, hace unos 70 años era la hacienda de unos Moncayo cari rojos, que ahora viven en San Antonio de Buesaco; desenterraron un cementerio rico en puro oro; ese es un suelo bueno, hay que buscar tierra que no sea pedregosa. Cerca de los espirales de las piedras, en esa loma plana tiene que estar el cementerio. El río da comida, es propicio para pescar sabaleta. Hay montañas de coca silvestre o coca macho que, al irse los indios, la dejaron y siguió su ciclo sin intervención humana. Seguro esa coca la intercambiaron por oro, cerámica, coral y conchas marinas; las guacas deben ser muy ricas.

» En La Guasca, encontré un cementerio extraño: un hueco bajaba quince metros, con tres o cuatro bóvedas sucesivas, con forma de escalera. Enterraron a varios, uno debajo de otro, debido a que en la zona no hay buena tierra, está llena de piedra. Descubrieron material bonito, como arcilla morada, jabonosa, que se dejaba trabajar; allí hicieron el cementerio y en bóvedas continuas. Da miedo que se derrumben esas sepulturas verticales.

—Fuera de la policía, ¿cuáles son los mayores peligros que afrontan los guaqueiros?

—La policía no ha sido muy problemática con la guaqueería. Hubo un cabo Pedro Nicolas Vasco Legarda que por largos años se dedicó a este oficio, en sus días de descanso y vacaciones, fue buen apoyo de los excavadores de la época, nos avisaba si iban a montar operativos de decomiso de piezas. En los buses intermunicipales, a veces ellos encuentran ollas y las quitan. No se lo llevan a uno, porque les decimos que las encontramos en la finca al enterrar una manguera de agua; los tombos persiguen únicamente el oro y se lo quedan. El peligro más grande es enterrarse vivo.

—¿Pasó alguna vez esa tragedia?

—Dicen que ha pasado, varias veces. —Respondió Dimas y siguió guardando sus experiencias.

» No voy a contarle a este escritorzuelo un accidente grave que nos pasó, tal vez luego lo publique y me meta en líos. Entre 1989 o 90, en una excavación

de una finca en El Peñol, el amigo Claudio Rodríguez, alias el tuerto, dirigió el trabajo, él era el maestro, por su larga trayectoria. Yo tenía solo cinco años de experiencia. Con el interés de evitar sacar todo el terreno de un hueco redondo en forma de caracol, que terminaba en tres bóvedas, hizo un hueco directo en suelo firme, sin seguir los túneles que el hueco mostraba. Le tocó el turno de escarbar al mayordomo de la finca. Cerca de empatar con la tierra puesta por los indígenas en los socavones y llegar al vacío o la cámara de los sepulcros, se derrumbó la tierra suelta del túnel con el que conectábamos. No seguimos el bajante de siete metros que tenía el hueco, más las ramificaciones, sino que hicimos uno vertical. El maestro se saltó la figura de los túneles con la intención de hacer menos esfuerzo. El mayordomo fue tapado, lo sacamos a los cuatro minutos, limpiando la tierra con las manos, lo reanimamos, se lo llevamos a la esposa. Le dimos algún dinero, lo condujo al puesto de salud, de allí lo mandaron a un hospital de Pasto, después de unos días, lo regresaron a El Peñol, porque dizque estaba mejor, volvió a la finca y allí se murió al segundo día; estaba reventado por dentro. Nos regresamos a Pasto lo más rápido posible, supimos que otros terminaron ese hueco hallaron harto oro y cerámica con figuras de micos y aves.

—¿De cuál sitio quisieran contar algo especial?

—Empecé a trabajar como ayudante de guaquería en Tasnaque, de donde soy, como parte del cabildo indígena. Junto a un vecino llamado Saúl Rodríguez, al que, por mal nombre, le llaman Cervezón, que era amante del agua espumosa. Muchos meses nos pusieron a sacar tierra en un balde, a acarrear los instrumentos; solo nos dejaban escarbar al iniciar los huecos, luego nos enseñaron a seguirlos, trabajábamos cuando los jefes se cansaban; de Tasnaque nos llevaron a Inantás y de allí a Casabuy, por los lados de Chachagüí, allí aprendí este mal oficio. —Contó Lukano.

» Los mejores huecos tienen muchos metros de túneles que dan vueltas como caracoles, en la mitad del recorrido hay peligro, antes de llegar a las cámaras de los muertos; en una ocasión, en Casabuy, nos dimos cuenta que nuestros antepasados pusieron dos piedras grandes pegadas a la pared, sostenidas por una piedra delgada que hacía de cuña en la mitad. Si un guaquero inexperto movía las piedras, la cuña se disparaba, las piedras caían con la tierra que las

sostenía, tapaban el túnel con todo excavador; era una trampa que pretendía alejar a los ladrones; allí nos tocó salirnos del camino del hueco, bordear esas piedras y no caer en ese obstáculo puesto a propósito.

—No te quejes cacique Lukano, qué por esta profesión tan respetada, comes carne y bebes ron gratis.

—Ramiro aquí entre nos, Cervezón, junto con Dimas Ponce, siguen de tiempo completo en este oficio; se han dedicado a viajar por los pueblos andinos de Nariño, rompen huesos y cementerios, llevan más de cuarenta años en la labor y no tienen donde caer muertos; siguen, por la maldición que lo hace creer que encontrarán un tesoro y malgastarlo. Toda una vida inútil dedicada a perseguir el oro que otros labraron, lo usaron y lo volvieron a la tierra con la muerte.

» Desde que me metí con la organización Indígena, aprendí a ver el valor de las guacas con el interés de ayudar a la recuperación del pensamiento de la comunidad, saber cómo organizaban las viviendas, los oficios, los instrumentos usados, en qué creían, qué semejanzas tienen con nosotros, los renacientes.

» Cuando dejé la idea de hacerme rico, se aparecieron en mis sueños varias ilusiones, me enseñaban de la existencia en la que creían y yo la explico a la gente, así me han servido los años de guaquero. En medio de la charla, guiado por la fogata y atraído por el placer de recordar y contar, arribó un profesor sureño, de las tierras frías, con dos botellas de aguardiente y cigarrillos; después de los abrazos, continuaron las baladas. Siguieron con la charla de los entierros de infieles y luego hablaron de las guacas fieles, de los bautizados, las que enterraban los comerciantes de ganado o los hacendados a las orillas de los caminos, cerca a sus casas de teja y adobe, con patios empedrados donde descargaban las mulas y caballerías.

—Para amenizar y agradecer al profe, cantemos canciones románticas y vemos quién es mejor intérprete de los dos.

—Listo, chiquitín. Apostemos algo para ponerle emoción; que el jurado sean el profe Toño, Lukano y los espíritus que han de tararear los cantos. Solo tengo esta moneda de un dólar ecuatoriano; la apuesto.

—Sal' y vale —como dijo el Chavo del Ocho. Trato hecho; si pierdo, yo le doy los \$ 4000, el valor del cambio.

Empecé a rasgar *vamos a dejarlo así*, en la versión de Miguel Poveda; después cantó baladas Dimas. Lukano solo aplaudía, el profe las canturreaba. Dimas cantó a Camilo Sesto, los aplausos fueron menores, y se me declaró ganador del festival y cantante oficial de baladas en las montañas de guaquería. Dimas me entregó la moneda apostada; allí mismo le abrí un hueco con un clavo y una piedra, y la metí en el collar de spondylus que llevaba en mi pecho, como recuerdo del primer hueco que destapé sin la ayuda de Dimas. Nunca me lo sacaría de allí en adelante, era mi amuleto y el primer triunfo evidente frente al guaquiero mayor. Me paré abrí los brazos e hice venías a los puntos cardinales, con el aplauso de Lukano y el profesor. Arrojé copal y pasé el collar de un dólar por el humo perfumado y le pedí al indio que me lo pusiera a manera de coronación.

Después del concierto y la ceremonia de premiación, el profe Antonio contó relatos del pueblo de la Guala, el de la corriente poderosa de aguas subterráneas; habló de indios infieles y fantasmas, que le daban más valor al licor. La llama estaba intensa, tuve que sacarle algunos troncos, el sudor no nos dejaba emborrachar.

—A Gualmatán o Gualambú donde se muele la palabra, fuimos a hacer huecos con el profesor, aquí presente, en un entierro encontrado en Quinchica, por los lados de La Hacienda en el municipio vecino del Contadero, salía agua cada que bajamos, tenía una profundidad de ocho o diez metros. Fue un hueco pobre, que no valió el esfuerzo. No se la razón de hacerlo tan hondo; es probable que hayan saqueado o escondieron el metal en otro hueco secreto.

—Talvez lo saltamos Dimitas, los huecos de Gualambú del arrayán tienen la forma de una bota; baja de manera recta, y en el fondo hacen un desvío al lado, como un hornito, para formar el pie, a la que forran con tierra negra. Al muerto le ponían las piezas de cerámica, de acuerdo a las riquezas que tenían en vida, eran las ofrendas que los familiares le colocaban al difunto. A algunos no les ponían nada, en mi pueblo, en general, solo sacamos cerámica. Alguna vez encontramos una nariguera, pequeña.

» La boca de los huecos es rectangular, de sesenta u ochenta centímetros de ancho, bien alineados. Parece que seguían la forma del cuerpo humano en su elaboración: la cabeza angosta, luego se volvía ancho en el tronco, bajaba más delgado en las piernas, y al final, cambiaba de dirección y formaba un pie; claro, como hay gente más gorda en el tronco o deformes, no todos formaban un cuerpo hermoso.

—Ciertos los huecos de Gualmatán de las flores, tienen la forma de las botas del amigo Ramiro, sin tacones.

El profe Antonio explicaba la presencia de los tres complejos cerámicos encontrados en Gualambú del arrayán o Gualmatán del cristo: el Piartal, rústico; el Tuza, bien pintado, y el Capulí, con las figuras antropomorfas y zoomorfas. Decía que donde había la cerámica rústica, de platos negros, sacaron unos platos pintados por dentro, lo que mostraba que la clasificación de los períodos arqueológicos no era muy convincente.

—En la Loma del Medio encontramos tres huecos separados a igual distancia, seguían recto, y en la base continuaban los túneles hasta juntarse en uno solo; quizás decidieron enterrarlos juntos porque eran familiares o siervos; esta tumba ha sido la mejor que sacamos, eran como cincuenta piecitas en cerámica bien elaborada en alto relieve, todas pintadas. La pintura que predominaba era el café claro y otras tonalidades más oscuras.

» Como novedad ubicamos un huequito que bajaba paralelo al hueco principal, se le podía meter una vara o una guadua delgada hasta abajo, posiblemente se hizo a fin de enterrar vivos a los sirvientes o esposas. Cuenta la tradición oral que los emborrachaban y los metían a los huecos; seguramente pensaron que por el hueco pequeño iba a entrar el oxígeno por largo tiempo, así hacían tranquilizar a los parientes. Otros dicen que, por la llegada de los españoles, ellos se enterraban vivos, preferían ir a la otra vida antes que ser esclavos. — Terminada la lección del profe, realicé una disquisición forzada; la hice con la intención de impresionar al profesor Antonio y alimentar mi ego con Dimas y Lukano, aprendices de la escuela de la vida ni yo mismo creí en lo que dije.

—La antigüedad se camufla, a veces es difícil identificar si se trata de lo aborigen o lo cristiano. En los cuentos de terror que se tejen alrededor de los entierros,

prevalece el imaginario indígena, relacionado con la tierra como canal del tiempo circular. Muestran la penuria de las almas que se estancan en el aire, la tierra o los lagos. El castigo por no gozar de su fortuna en vida, ideas que se mezclan con lo católico, en la idea de la vida eterna, la integración espiritual con algunos objetos materiales, la resurrección de las almas.

» El apego de la religión católica a los bienes y lo indígena a la transcendencia enterrada en la tierra, es un esfuerzo de dar verosimilitud a sus relatos y una forma de vincularse a la realidad; en el fondo, son una respuesta a la materialidad del mundo, ya que no hay nada más material que la vida.

Al profesor, que estaba fresco, lo dejamos que se sentara en la palabra hasta que quisiera, porque en la mañana tenía que regresar a dar clases en su pueblo.

—Hago la diferencia entre guacas de plata y guacas de infieles: las primeras son los entierros que dejaron los abuelos mestizos hace unos 100 o 150 años. En esa época no había bancos, no tenían dónde guardar la plata, entonces, la gente rica utilizaba olletas de bronce, pieles de vaca o cajones grandes, donde guardaban las monedas, estos entierros tienen muchos misterios; en cambio, los cuentos de los infieles indígenas no están rodeados de espantos.

» Guacas de infieles se les llama a los entierros de la gente indígena, por no ser cristianos; estas guacas no dan miedo. En las guacas prehispánicas los indígenas muertos a veces se aparecen en sueños y piden que no separen los objetos de sus tumbas a fin de que su espíritu siga en ellos, indican curaciones y entregan secretos del destino de lo vivo.

Voy a comentarles episodios extraños de guacas de plata, acaecidos en mí pueblo de Gualambú o Gualmatán donde desfila en tiempo, y repetidos por la gente, que rayan con leyendas.

—Las guacas tienen animales protectores, gallinazos, serpientes, toros, venados; estos animales son los guardianes de las guacas. En el momento de enterrarla, los dueños realizan un ritual de entrega al espíritu de un animal, con el propósito de que aparezca, haga ruidos, corra a los intrusos, se revele en sueños; ese ritual consiste en hacer curar de un médico indio objetos que representen

el animal con el cual se quiere realizar el compromiso o “compactamiento”; se hace con rezos, que le hablan al amo de los animales y pedirle permiso; se usan fluidos de plantas, como los chundures, las hojas de coca, el cuyanguillo, la flor del floripondio, la piedra de copal, entre otros, y así logran establecer la comunicación con la esencia del animal, sembrar la petición de cuidar o hacer invisible la guaca.

—Ciento es, hay guacas que hacen ruidos, como de latas, de cadenas, salen vacas; allí tiene que haber un entierro raro, con hechicería. —Intervino Lukano.

—La gente antigua sabía conjurar las guacas y que las cuiden los animales, mi abuelo Jeremías Lukano decía que las guacas de plata tienen guardianes, porque han sido consagradas a un animal o el ánima en pena del enterrador que la cuida de los ambiciosos.

En algunas guacas salen culebras, cuando le dejan roscas de tabaco a la guaca, si las entierran con cuero de algún animal, salen bueyes, vacas o venados.

—Culebras son las que tengo que pagar al ingeniero Navarro y al Patojo Rosas. No creo que los animales cuiden las guacas; por coincidencia pueden estar ahí y la gente, como es miedosa, se arma eluento; otros, con las ganas de espantar, se inventan espíritus de toros, mal aire y otras vidas.

» Al morir, el cuerpo se pudre, el alma vive en el cerebro y se descompone. Lo único que hay es carne y reacciones químicas. Con el tiempo, quedan los huesos, lo demás se hace polvo, vuelve a la tierra. De allí, nacen las plantas que consumimos y el ciclo se repite hasta que acabemos con el planeta. Más allá, las religiones se inventan historias y tratan de embolatarnos con discursos absurdos como no desechar a la mujer del prójimo. A mi esposa Carolina, los hijuemedres conocidos, la deseaban, y yo, a las de ellos.

» Desde el momento de iniciarme como guaquero, deseché las ideas de fantasmas; la supuesta otra vida, me hará rico; que es lo único que me importa.

—Cada cual tiene derecho a creer en lo que quiera; yo creo en lo que usted no cree, no nos vamos a matar por eso.

—En San Lorenzo de las montañas de niebla, me contó mi papá, Mardoqueo Lukano, quien trabajó por allá, que dizque abrían un hueco tres amigos; en una palada salieron minacuros con luz roja y se pusieron contentos, porque venía la guaca, en ese preciso momento, apareció otro amigo que los espiaba. No lo habían llevado, porque era ambicioso, y les dijo: “Presten la pala, yo les ayudo y me dan alguna cosa”, y el hueco se endureció como piedra, la pala rebotaba, tuvieron que irse sin nada, porque aclaró el día; en la mañana, pasó un señor que iba a ver unos terneros y se dio cuenta del hueco, se asomó y vio el cajón de plata en una pared, lo habían saltado los otros, y se hizo rico. La guaca es para quien le conviene.

—Es hora que nos convenga una, aunque esté llena de monedas de plata. — Interrumpió Dimas.

—Otro señor de Gualambú, Chalapud o como se llame el pueblo sin tiempo, vivía cerca de una laguna y su hija le comentaba que todas las tardes salía un ganso y la amenazaba; el padre, incrédulo, le decía: “Vayan a rezar, ustedes están endiabladas” después, le comentó a un amigo, los dos decidieron ir, observaron que, al lado del arroyo, en un árbol de pundé, había una guaca; dicen que los antiguos la dejaron conjurada con plumas de pato, esa es la razón de aparecer esa ave.

Las guacas recientes tienen que ser reveladas en sueños o apariciones. Las almas en pena las vienen a entregar y poder salir de ese presente eterno donde están atrapadas, por no haber disfrutado de lo material en vida. — Dijo el profe Antonio.

—Los sueños son una forma de comunicación con los espíritus; son un viaje permanente, es necesario recordarlos para saber a dónde hemos ido. Mi abuela Anita Josa me enseñaba a pensar dentro del sueño, interactuar con la gente de ese mundo, saber sus intenciones, y dado el caso, poderme defender. Podemos hablar con los elementales o los espíritus de la naturaleza, pedirles indicaciones sobre los arcanos de la vida. —Intervino Lukano.

—Los entierros de plata están a poca profundidad, las hacían cerca de la casa, necesitaban usar las monedas y guardarlas, a veces las abrían a un lado de

los caminos y así cargaban las bestias con el dinero cuando lo necesitaban. Aparecen en derrumbos, al abrir desagües, pozos sépticos o carreteras. Era tanta la cantidad de plata que se movía en la venta de casas, lotes de ganado y fincas, que se pagaban contando por paladas o por kilos.

—Las guacas nuevas están llenas de misterio, me contó una compañera que trabaja en Gualambú de Tepud: que su abuela se madrugó con las bestias a dejar dos cargas de trigo, a unas tres horas de camino, miraba gente con antorchas y pensó: “¡Virgen Santísima, aquí me matan!”, por lo que dejó que las bestias siguieran con la carga, ella se tiró a una zanja a rezar. Calculó que había pasado la procesión de antorchas, salió y encontró un montón de plata ardiendo, con fuego azul claro. Los caballos estaban cerca, los regresó, vació el trigo para meter la plata. No le alcanzó toda en los cuatro bultos llenos, decidió dejar lo que sobraba, lo cubrió con ramas; cuando volvió, no encontró ni plata ni trigo, ni siquiera las ramas.

—Les voy a contar algo y no digan a mis espaldas que me gano el licor a gorra: en un terreno de El Encano, sacamos algo de oro; volvimos a pasar por allí trece años después y el nuevo dueño nos pidió regresar en cuatro meses, porque tenía que cosechar la papa que cubría toda la propiedad. Regresamos en ese tiempo, cuando el dueño terminaba de cargar un camión de papa y se disponía a llevarse la carga, nos dijo “*Saqueen y me dan algo; yo nada he guardado allí*”. Extrajimos cerámica decorada y lo buscamos en su casa de Pasto, le llevábamos unos platos pintados; como no encontramos a nadie los vendimos, y compramos aguardiente en Las Oficinas. Al año volvimos con el finadito Mono Romelio Muñoz, se nos pegaron Claudio Rodríguez, llevé a mi hermano, los dos Castros y el ingeniero Navarro; en total, nos reunimos seis, dijo el dueño “*Deben haber hallado algo bueno, desde que volvieron; como la otra vez no me dieron nada, ahora págueme \$ 400.000 de arriendo*”

» El ingeniero se los pagó y localizamos un hueco redondo muy antiguo. La platería estaba decorada con pintura negra, como sombras, y encontramos espirales de oro, discos giratorios en lámina de oro, una patena aurífera de 72 gramos y un sostén o brasier de copas grandes, con broche de ajuste en puro metal precioso. El ingeniero nos pagó un millón de pesos a cada uno por el brasier, que en esa época correspondía a bastante dinero. Descubrimos varios huecos que habían sido saqueados.

» Nos fuimos todos a Quito, a buscar a don Pio Becerra Beltrán, él sirvió de intermediario en la venta de los objetos. El Muñoz llevaba encima del maletín varios discos giratorios labrados; en un retén, a la entrada de la ciudad de Ibarra, los encontró un policía ecuatoriano.

—¡Chuta madre, esto es oro prehispánico del bueno! Te bajas.

—La patena y otros objetos los habíamos metido en el estante interior que lleva el bus para guardar objetos de mano. Los policías se envolotaron con los discos giratorios y no buscaron más; a Muñoz y otro compañero que se había sentado al lado, lo dejaron y los demás seguimos a Quito. Allá, reunimos los 600.000 sugres que pedían y mandamos a un sobrino de uno de los detenidos a pagarles. Luego, los soltaron y se quedaron con el oro.

» En Quito, contactamos a Pio Becerra, que se maravilló con nuestros hallazgos. La patena o paila la guardó en una libreta diseñada para esconder joyas y salimos del hotel. En el camino, se le ocurrió entrar a una tienda a comprar unas cintas que le pedían a una hija pequeña en el colegio; salimos de allí con una lluvia fuerte, mientras nos escampábamos, se percató que había olvidado la libreta en la vitrina de la tienda; corrimos a buscarla, con desconfianza, la libreta la tenía una compradora, que esperaba entregársela a una de las empleadas. Don Pio se la arrancó de las manos y fue a venderla. Por la tarde, llegó al hotel con 500.000 dólares. Nos dividimos el dinero. Fuimos a tomar cerveza y, a los cinco días, nos volvimos a Pasto. La historia que sigue es mejor, ¡de repelarse y quedar calvo! —Continuó Dimas.

» Romelio Muñoz y sus dos hermanos sacaron un permiso para guaquier en una finca grande, la del señor Ebúlón Plata, un hombre rico, dueño de molinos de harina de trigo en Pasto. La excavación se desarrolló en la vereda La Estancia, en Yacuanquer el pueblo de las tumbas. El terreno era especial, los huecos del cementerio estaban ubicados en forma de caracol. Tuvieron que seguir ese diseño a fin de destaparlos, y en el interior de la tierra seguían el mismo formato, los objetos de cerámica hallados eran normalitos, sin pintura ni alto relieve. Estaban al comienzo y se esperaba que, en el sitio más angosto, las cosas valiosas estuviesen al final.

»Destaparon cuatro huecos, después de varios días de trabajo, no encontraron nada de importancia, solo cerámica oscura pintada con sombras y cruces negras, que es la más antigua. Era viernes y faltaban dos huecos, echaron cara y sello para ver cuál abrían primero, destaparon el de la derecha y no hallaron nada, se les hizo tarde y no pudieron terminar el último, lo dejaron hasta la mitad, lo iban a terminar el lunes. Salieron a Pasto a descansar, comentaron el asunto en La Oficina y un guaquero, sin mucha experiencia, Julián Álvarez, les pidió que le permitieran terminarlo, porque al otro día no tenía nada que hacer, y necesitaba sacar cualquier cosa, aun cuando sea de esas ollas ahumadas, a fin de pagar los servicios públicos, que estaba atrasado, con anuncio de corte y su mujer amenazaba con sacarlo puertas afuera. El lunes volvieron al sitio y supieron que Álvarez había encontrado 143 piezas de oro de 24 quilates; el patrón los miró mal. Después de darse golpes de pecho, tirarse de los pelos, acusarse mutuamente de su mala suerte, pidieron que se les reconociera su trabajo por lo menos con tres piezas de oro.

El hacendado les preguntó ¿A qué vienen, ladrones?, ¿cuánto oro sacarían en todos estos días, si el señor, apenas en un día, sacó todo este tesoro? Con calma, trataron de explicar que los otros huecos estaban vacíos, que podía ser que todo lo habían pasado a uno solo, a fin de protegerlo de los saqueadores de su tiempo. Quizá se trataba de entierros secundarios, como frecuentemente sucedía; los indios dejaban los huesos unos años en un lugar y los reunían en un hueco colectivo; argumentaron que la hipótesis primera podía ser la más probable.

*“Váyanse de aquí o los hago sacar a la brava con mis peones, no vengan con cuentos chimbos; tuvieron diez días para sacar oro y hacerse ricos; los debieron aprovechar bien”.*

Antes de irse, miraron con atención la mesa del comedor de los peones, que estaba llena con estatuillas doradas de unos 25 centímetros de largo, grandes orejeras redondas, nariz aguileña, corona de plumas de oro; bastante cantidad de jaguares; medallones dorados de unos 20 centímetros de diámetro con micos entrelazados, mujeres sentadas con sus guaguas en brazos, mambeando o masticando coca, mullos en bolsas plásticas de un kilo; enormes columnas de

platos finamente decorados arrimados a la pared, sin que nadie se molestara en detallarlos.

Para librarse de Álvarez, le dijeron que iban a entregar el hallazgo a la policía, que la guaqueña era un delito grave, y lo contentaron con míseros quinientos mil pesos. Pagó la luz eléctrica, el agua, les compró ropa a sus hijos y una remesa a su mujer; el dinero le duró un mes y medio.

—Esa historia la escuché en Yacuanquer de las ánimas, parece que el joven Dimas no está diciendo mentiras. —Intervino Lukano.

—El loco Ricardo Castro Guzmán, mi segundo maestro, me contó que en El Tambo le pasó otro caso, les salió un hueco rectangular muy profundo, en tierra dura, se demoraron tres días en abrirlo, y al llegar al suelo, no encontraron nada. Frustrado por el trabajo perdido, se puso a maldecir “*indios avaros, miserables, malditos indios ladrones de indios. Tomen esto como despedida, malparidos, muertos de hambre*”, y agarró a patadas las paredes de tierra que habían destapado, golpeándolas con toda la rabia; en medio de insultos repetidos “*indios hijueputas, miserables, tramposos*” se desahogaba del fracaso y con las patadas se desfondó la pared y apareció del otro lado la tumba, el entierro, lleno de cerámica pintada, una docena de objetos de tumbaga y dos pectorales de oro labrado, con figuras geométricas. Entre abrazos y risas los acompañantes levantaron en hombros a Ricardo, porque tendrían dinero para gastarlo en Las Oficinas y contentar a sus mujeres.

—Buenas esas historias; si sigues así, me voy al pueblo a comprar aguardiente, te devuelvo el dólar, y te encimo el collar de spondylus, que te gané en franca lid musical.

Dimas me miró de reojo con cierta rabia, con la intención de evitar una pelea, me fui con una lámpara a mi carpa, quise aprovechar la claridad del fuego a fin escribir un poco.

### **Barro pintado**

Convencidos que los diagramas dibujados los transportarían a otra vida, los viejos alfareros pretendieron registrar sus migraciones en la arcilla, escribieron

los pensamientos en moldes geométricos,  
en las puntas curvas de las estrellas que podrían ser mareas del sur,  
y no mapas del firmamento.

En la circularidad de la noche,  
las vasijas hablan del principio de lo ya vivido,  
enigmas que la datura y la coca no lograron desarmar.

Los carroñeros de los dioses relegados,  
ignoramos la materialidad del espíritu,  
extraviamos los alfabetos de la piedra capia y el metal ceremonial,  
guardados en canciones huecas,  
recitadas en la agonía de las fogatas,  
consumidas por las guitarras y memoria de las pesadillas.

## CAPÍTULO VIII



### EL VENDEDOR DE MUÑECOS

En los años 80, tuve los amores que el dinero podía comprar; fueron mis mejores tiempos, mi edad de oro. Aproveché la fortuna de mi esposa y la utilicé en el auge de la guaquería en Nariño. Comercialicé oro infiel, y buena cerámica con dos gringos en Bogotá y unos compradores menores de Pasto y Quito. La familia Ojeda Barragán de Pasto, acaparó el comercio local. En esa época pude haberme rico, de no haber sido derrochador.

A fin de entender el negocio, empecé como un vil guaquero, me junté con el Mono Romelio Muñoz a quien, por mal nombre, le decíamos Sartén y los hermanos Castro. Hacíamos los repartos, en tres partes, incluido el dueño del terreno, si nos daban permiso. Yo llevaba un ayudante que realizaba mi labor de sacar de la tierra, no era bueno con la pala por el problema de mi cadera. En un Renault 4 transportaba a los compañeros, daba pollo, enlatados y aguardiente, si nos acompañaban eran guaqueros bebedores.

Escarbamos en cuatro sitios: primero en las faldas del volcán Galeras. Nos guiaron unos petroglifos que existen en la vereda San Felipe Bajo, encontramos unos huecos redondos con un mico dorado del tamaño de la mano abierta, un sapo grande, un espiral pequeño como culebrita y otras figuras de oro. Sacamos buena vajilla de cerámica roja con geometría negra, la mayoría de los huecos estaban a una profundidad de cuatro metros únicamente. Con permiso de los dueños, trabajábamos de día. Yo les compraba la parte de la cerámica que les correspondía a mis compañeros. A los dueños les escondíamos el oro, solo le dábamos cerámica, esa era la costumbre.

Ricardo Castro Guzmán y su hermano Jairo, eran unos guaqueros borrachos. Al tal Ricardo, en una ocasión, lo tuvimos que requisar, en los bolsillos le encontramos un espiral, y otros dos sapitos de oro, no supimos dónde las metió.

En la madrugada venía borracho a golpearme la puerta, a pedir adelanto de dinero. Ese tipo cuando se emborrachaba en La Oficina me vendía oro barato.

En la vereda San Felipe Bajo, en una finca, perteneciente a unos ricachones de Pasto, no nos dieron permiso, allí pintaban buenos hoyos, nos metimos de noche a sacarnos un hueco por lo menos; nos sintieron los perros, los mayordomos nos dispararon, gritaban: “*ladrones, ladrones*”. Salimos en la carrera se me quedó un zapato, dejamos la herramienta y llegamos al Renault, lo prendí, sin encender las luces. Al Ricardo le metieron tres perdigones de escopeta en el culo, no podía sentarse y de allí en adelante, le pusimos el mal nombre del Culihinchado. Supimos, por un campesino amigo, que habían sacado 7 figuras de oro de ese hueco que no terminamos, este amigo me devolvió el zapato.

El segundo sitio en donde excavamos fue en el pueblo de El Encano, donde está la laguna de La Cocha, a treinta minutos de Pasto. Estuvimos como año y medio, hicimos unos trescientos hoyos o “aljueros”, como les decimos acá. El terreno era plano, la tierra blandita, sin arena, los entierros estaban a unos cuatro o cuatro metros y medio de profundidad, con huecos rectangulares y redondos.

Empezamos a ir con el finado Sartén y se dieron cuenta los guaqueros de La Oficina que nos iba bien, entonces fueron otros por envidia o competencia; fueron, Claudio Rodríguez El Tuertico, el sargento Pedro, que era carabinero, Ricardo Castro Culihinchado y su hermano.

En una luna llena, nos robamos un hueco en la vereda de El Motilón, escarbamos cuatro metros y empezó un aguacero duro, a las tres y media de la mañana; nos mojamos, se inundó el hueco y nos tocó irnos. Los dueños del terreno, unos Botina, encontraron un venado de oro, un sostén de oro, con dos coquitas labradas con soles que cubrían los senos, unas láminas metálicas de separación y unos broches grandes de encierro.

Los hoyos lo llevaban, solo era quitar la tierra negra suelta, en el fondo se saca una tierra cafecita, uniforme, donde se depositaban los restos. Al lado estaban las cosas que representaban el oficio o los gustos del difunto, para que el finado viviera bien en la otra vida. Tuvimos que dejar muchos huecos y salir

a la carrera, porque así lo demandaba el espíritu de la tumba: nos cogían de atrás, la luz de la linterna se congelaba a unos 40 centímetros del foco, gritaban nuestros nombres en medio de la noche, escondían los utensilios, la gente deliraba sin motivo, un viento helado nos adormecía y la mente se nos iba por semanas, perdíamos buen dinero en curaciones. La maldición de los guaqueros es que ninguno se hizo rico, solo los comerciantes y los hacendados, lograron fortuna de nuestro trabajo.

Claudio Rodríguez, que le decíamos El Colino, guaquiaba borracho, se fumaba cualquier yerba y sorbía cualquier polvo. Se le quedó un hoyo, se lo saltó, no lo baquetió bien. Los dueños, que repasaron el terreno se hicieron ricos.

Las guacas son celosas, cobran la intención del escarbador. El misterio es que las almas se despiertan con el desentierro. Nunca les tuve miedo, si le quieren dar algo, le dan, en los objetos, se van los fantasmas a los museos o las casas de los coleccionistas.

La alegría de encontrar algo bueno corre el miedo, le da una energía nueva, no hay cansancio, sino gusto. Teníamos la costumbre de volver los esqueletos al fondo de los huecos. Antes de tapar el hoyo, les decía: “*Chao, indiecito; gracias por darnos estas cosas tan bonitas*”, y les rezaba un Padrenuestro o una Ave María. Me enfermé pocas veces, solo me continúan hasta hoy las pesadillas. No tenía tiempo de tener miedo, de día guaquiaba y les compraba los hallazgos, en la cama me la pasaba haciendo cuentas de lo que iba a ganar, pensaba en las mujeres que conseguiría en Bogotá, Medellín, Quito o Palmira; estas damas son menos problemáticas que las pastusas, menos dominantes y no exigen matrimonio. En Bogotá, aparte de las cabareteras, tuve una santandereana, Mariela Lagos, que decía quererme:

—¿Qué me diste, indio Germán, para enamorarme tanto? Tenía buen cuerpo, como de 1,80 de estatura; me recibía en el aeropuerto, la llevaba a los mejores restaurantes y discotecas, tomábamos el licor más costoso, le compraba pantalones y blusas finas, relojes Bulova, ropa interior Leonisa que después se la quitaba con mucho arte. Si me pedía dinero, le regalaba lo que necesitaba. Mis piropos parecían enloquecerla. “Tú llenaste los lugares vacíos de mi vida y los rincones solitarios de mi alma”. Al mermar mi capital, dejé de llamarla,

y vino a buscarme a la casa, la hice pasar como cliente de antigüedades; sabía que era casado, y la despedí con derroche, en la discoteca el Príncipe Azul.

La otra dama era Catherine Velasco, muy buena en la cama, como nunca había tenido a nadie antes. Me dijo que era azafata de vuelos internacionales, tenía un rostro de muñeca, muy ilustrada en cultura general, hablaba inglés, la cultivaba con dinero y poesía; a cada una le decía sus piropos particulares. A Catica le parodiaba textos de Vargas Vila o no sé qué poeta: *"Para no ser esclavo del amor, no debo ser amo de tú corazón"*. Así no me enamoraba, se debe orientar el corazón o estas mujeres le hacían perder todo, el dinero, la casa, el matrimonio. Mi viejita nunca lo supo. Me patrocinaba, porque no le conté a nadie ni me dejé ver cerca de ella.

—Germancito, bandido, me dijeron en La Oficina, frente a la policía, que cuando se le acababa la plata en Bogotá, llamaba a su mujer y ella le giraba dinero, con el pretexto de un atraco.

—Ciento, Dimitas, mi viejita siempre ha sido una santa.

—Una santa con cachos será.

—Amigo, usted puede dar fe que yo era el don Juan de la guaquería, y muy amplio, “botarata” con todos ustedes. Los guaqueros que más frequentaban Las Oficinas, se embriagaban a costa mía o allí acababan sus ganancias de la semana, estaban: ustedes los hermanos Ponce, Reutilio Cáceres, él era antropólogo, amante de las buenas damas y estaban los demás borrachos que ya cité en las correrías.

A todos les gastaba la borrachera.

—Todavía me debe una botella de vodka y tiene otras deudas innombrables; le recibo, así sea un litro de aguardiente de los que trajo de Bogotá. — Intervino Dimas.

—Llevaba a Bogotá las mejores piezas originales. Transportaba la mercancía de oro y barro en guacales, estatuillas o muñecos, patenas, pectorales, sostenes,

venados y sapos grandes que pasaran de 40 gramos. Esculturas de piedra, platos decorados, ánforas funerarias, tirpas u ollas pequeñas, que eran anchas en la base y angostas en la boca, con micos, rostros, y brazos humanos en alto relieve.

» Viajaba a Bogotá cinco veces al año en avión, en Aeropesca, a ganar dinero y a gastarlo. Tenía dos compradores que ni siquiera regateaban el precio: el gringo, míster Roger Kenclase, de Paterson, Estados Unidos, fue el mejor cliente que tuve, ahora vive entre Cundinamarca y su país. Había otro gringo que compraba en menor cantidad, no recuerdo el nombre, venía de Minnesota.

» En Palmira, tenía un comprador muy rico, el doctor James Zambrano Zapata, le vendía dos o tres millones en cada viaje y me los pagaba en billetes de 5, de 10 y de 20; salía de su finca con sacos de dinero. *“Papeles, tan solo papeles me da usted por abrir el suelo de los pastusos”* le decía y el valluno se reía mostrando sus dientes con oro indígena.

» En el Valle tuve muchachas, todas hermosas; fueron amores de un día; así se hacían menos pesados los talegos de billetes.

» Yo era un mercachifle pequeño. El gringo Roger Kenclase llevaba los artículos al exterior, les compraba a los guaqueros de toda Colombia. En Pasto, el mayor comprador era un viejo, Rogelio Emilio Ojeda, sus hijos son gente poderosa, de letras, gracias a la fortuna que amasó su padre con el comercio ilegal. Vivían en una casa por la iglesia de La Catedral. Se hicieron ricos comprando fina cerámica, y las mejores estatuillas de oro de los Pastos, Quillasingas, Abades y Tumacos.

» Si no lograba completar los artículos suficientes para irme a Bogotá, les vendía a los Ojedas, que pagaban barato, y en efectivo. En una ocasión visité su casa y me sorprendí al mirar enormes cantidades de mullos o pepitas de oro, con un orificio interior, de collares de indias de la élite, los tenían en dos baldes de cinco litros repletos con esas bolitas; me dejaron levantar uno, y pesaba más de una arroba en oro de hartos quilates.

» En una ocasión les llevé dos talegas de mullos de El Motilón por los lados de La Cocha. Compraban plata vieja y ánforas, que las pagaban a buen precio. Se

especializaban en recoger el oro de Nariño y el Carchi Ecuador. Los guaqueiros de Ipiales venían a venderles. Ellos juntaban un tesoro mensual y se lo llevaban al gringo Roger Kenclase.

» En Quito había un intermediario que compraba artículos de oro, don Pio Becerra Beltrán; cuando salía un artículo de buena forma y peso en oro, le buscaba comprador y ganaba su comisión; por su cuenta, solo adquiría objetos hasta de 300 o 500 dólares.

—¿Se acuerda don Rosas del que le decíamos el Esqueleto?

—Había un negociante que todos lo conocíamos por el mal nombre de El Esqueleto, nunca pregunté su apelativo. Este se convirtió en vendedor de muñecos falsos, las imitaciones eran tan buenas que lograba confundir hasta a los expertos; se los hacían el Emiro del barrio Cementerio, con los pedazos de cerámica antigua dañada, la molía, elaboraba la pasta con agua, y copiaba las piezas originales, le daban el olor a adobe de cosas viejas, enterrándolas por unos meses con orines humanos, usaba pinturas vegetales hechas con cáscara de Albarracín, nogal y mortiño, esa pintura resiste hasta el agua continua. Se diferenciaban de las originales por los hongos típicos de la cerámica antigua, que tiene paticas a todo lado, como araña, invisibles a simple vista; esas piezas chimbas se las logró meter hasta a arqueólogos expertos.

» Unas imitaciones de menor calidad se las compraba en Ipiales por las Cruces, allá aún copian o falsifican estatuillas y arreglan piezas originales, cuando se parten. Con toda esa mercancía hechiza, El Esqueleto se iba a Bogotá en bus, con unos 10 guacales, se instalaba en un hotelucho barato y vendía a los anticuarios o en el Mercado de las Pulgas.

» Las mejores falsificaciones se las llevaba a Roger Kenclase, quien siempre caía. Se convertía en el estafador estafado, hasta que le informaron del engaño y lo amenazó con echarle los “pájaros” encima y con los facinerosos no hay tiempo de negociar. Yo no lo informé, creo que fueron los Ojeda, porque El Esqueleto venía a dárselas de fantoche, a burlarse del gringo en Las Oficinas.

» En la guaquería, los huecos en La Cocha eran benditos. En promedio se sacaban unas 25 o 30 piezas por tumba, entre cerámica y oro, en las veredas El Motilón, El Romerillo, Casapamba, El Puerto, Mojondinoy, Santa Isabel y Santa

Rosa. Me acuerdo que sacamos en total unos 20 anzuelos de oro y tumbaga, unos cuatro muñecos coqueros de 30 centímetros, la cara de estos muñecos es igual a la cara de los de indios actuales; son gente principal, sentada en bancos, con una banda decorada con rombos o negra entera que le atravesaba desde un hombro a la cintura, ojos rasgados, nariz aguileña, un cachete hinchado de mambear coca, en la cabeza un orificio pequeño de guardar el polvo verde.

» Las mujeres coqueras tienen la protuberancia en el lado izquierdo de la cara, ojos rasgados más grandes que los masculinos, un collar con líneas negras o un medallón a la altura de los senos desnudos. Sentadas en el piso, cargan el guagua o bebé en los brazos, otras tienen las manos en la cintura, de donde sale una larga falda sostenida con una faja chumbe, que les llegaba a los tobillos como las actuales indígenas del Alto Putumayo, adornada con una cruz en forma de equis de línea doble. El triángulo de arriba y de abajo relleno de pequeños cuadros y los triángulos laterales con una especie de flor cuadrada, troquelada con una cruz blanca en el centro en la falda y unas cinco líneas negras horizontales. Otras faldas tienen el diseño de espirales cuadrados, como se observa todavía en los tejidos de lana en los pueblos que usan guanga en la elaboración de sus tejidos.

» La pintura facial de los hombres, generalmente se hacía con líneas negras, que arrancan en el bozo, simulando los pelos del hocico del jaguar, líneas verticales en toda la cara desde la frente al mentón. En las mujeres, tres líneas negras bajando en cada mejilla, esas mismas líneas de la frente a la punta de la nariz, una línea trasversal de las orejas al labio superior atravesado por dos rayas que parten de los ojos.

» Los muñecos coqueros debieron comerciarlos con la zona sur del territorio de los Pastos y del Carchi (Ecuador), donde son más comunes; los hemos sacado en territorio Quillasinga, como en laguna de La Cocha, a donde llegaron tal vez por intercambio de productos con sus vecinos Pastos.

» El tercer sitio de nuestra guaquería fue el municipio de Tangua en la frontera occidental con Pasto, empezamos por los lados del Rio Bobo, en la vereda Santa Rosalía, allí no sacamos oro. En Las Piedras salieron platos con mullos de oro de collares, una patena, que es como un sartén hecho en lámina de oro, un

brasier, y uno o dos micos de oro, en total sacamos 40 platos ceremoniales pintados de rojo, negro y amarillo crema, y otros de uso doméstico sin pintar de cerámica negra o rojiza, tres sapos de barro y muchos micos.

» Tangua se caracterizaba porque salían muchos micos de barro u oro, los objetos dorados y las tirpas estaban decorados con las figuras de animales. Ubicamos seis ánforas de entierros secundarios, decoradas con rombos, triángulos, con líneas negras y rojas. Salieron buenos muñecos con diferentes figuras, con una altura de 50 centímetros, reyes, caras pintadas de rojo, negro, y mujeres sentadas con guaguas. Eran tan buenos que cuando los llevé a Bogotá, míster Roger Kenclase me aumentó dinero y me dijo que le llevara los que consiguiera de esa clase. Las guacas estaban a seis metros, en huecos la mayoría cuadrados. Salía uno que otro redondo, tenían columnas pegadas a las paredes.

» Los hoyos de Tangua tenían una característica poco común, los indígenas enterraban a sus muertos y los objetos no al final, sino a un lado, de esa manera confundían al saqueador, lo que muestra que en su época existieron guaqueros, ladrones como nosotros, y ponían trampas con el objetivo de que los intrusos los saltaran, convencidos que no tenían nada, que habían sido robados.

» En Consacá, a unas dos horas y media de Pasto, la tierra era pedregosa, el clima caliente y los huecos estaban a 25 y 30 metros de profundidad. Tenían la particularidad de seguir la forma de un caracol, creo que significaba que el espíritu del humano busca encontrar su centro, que es la energía de la tierra y que nosotros lo llamamos Dios. Intentamos escavar en una finca en las vegas del río Guáytara, cerca de la vereda El Trapiche, de propiedad del señor Gumercindo Buchelly, que nos dio permiso; metimos trabajo y equipo, se me acabó el dinero, y no conseguimos patrocinio. Los negocios empezaron a mermarse, me terminé el capital despilfarrado en la vida sabrosa, lejos de mi casa.

» Cavamos unos cinco metros y les dejamos los huecos a unos ecuatorianos, dirigidos por Luis Herrera B., que tenían equipo y capital. Nunca pregunté ni me quise enterar si los quiteños encontraron el tesoro que anunciaba este tipo de huecos.

—¿Cómo fue su declive?

—Al menguar mis negocios, viajaba 24 horas en bus a Bogotá trataba de recuperarme. Mi amiga Mariela me desbarataba los planes. En La Oficina revisaba con avaricia muñecos de oro de excelente calidad artística, y me veía obligado a rechazarlos. Cogía en mis manos el oro brillante casi rojizo de La Cocha, hacía cuentas mentales de mis hipotéticas ganancias, le pedía a mi esposa un préstamo; ella me respondía que “*Ni un peso más, vagabundo*”, y lo devolvía a mis compañeros de oficio, con el propósito fallido de que me los dejaran en depósito.

» En el intento por conseguir dinero, y congraciarse a mi última amante local, decidí pedirle a mi amigo Emiro De la Cruz copias de máscaras parecidas a las que tenía el Banco de la República, muñecos y figuras de micos. Como ya les conté, las imitaciones de Emiro eran casi perfectas; como les dije, usaba pinturas vegetales, al igual que los ipialeños cogía restos de cerámica precolombina, tierra traída de los cementerios, los bañaba con guarapo y orines humanos, los enteraba por unos meses a fin de darle el olor a tierra guardada; los hongos los lograba con pintura esparcida con un fino cepillo; con lupa en mano y crin de caballo, recreaba las patas de araña características de los mohos del barro enterrado.

» Algunas copias las vendí a buen precio a mis antiguos clientes de la ciudad, que les gustaba impresionar a las visitas con vitrinas llenas de animales de barro prehispánico. A un profesor Reinaldo Charfuelán Guzmán le vendí varias imitaciones de máscaras ceremoniales, el iluso las luce en una vitrina en su oficina de maestro galardonado. El nuevo negocio prosperó hasta que un tal Pedro Miranda, artista experto en arte precolombino descubrió la treta. La noticia se esparció entre los coleccionistas, que acordaron cerrarme las puertas. Algunos intentaron demandarme por estafa, sus abogados les hicieron entender que comprar artículos del patrimonio cultural de la nación era también delito. —Ciento es, hay guacas que hacen ruidos, como de latas, de cadenas, salen vacas; allí tiene que haber un entierro raro, con hechicería.

—Terminó de hablar Germán.

Parado en mitad de la sala de su casa llena de copias de pinturas, Germán Rosas recordó sus años de gloria, las mujeres que el dinero pudo comprar; nunca mencionó su relación con Nancy Carolina Ortiz la ex esposa de Dimas ni los negocios que tuvieron los dos. Recordó las triquiñuelas a las que recurría el profesor Pedro Miranda, con el propósito de obtener ganancias de manera silenciosa, con estrategias casi quirúrgicas, que nadie notaba, excepto los guaqueros; siempre salía como el tipo que realizaba prácticas e investigaciones científicas y no económicas con la mercadería prehispánica. El profe Pedro se enteró de que escribía sobre guaquería, me visitó con la propuesta de ayudar a la edición del texto a cambio de quitar su apellido real, argumentó que le parecía inconveniente que el personaje que lo representaba llevara dos apellidos, dijo que Pedro Páramo solo se le consentía a Rulfo y que el apellido Miranda sonaba como una cacofonía en combinación con su apellido verdadero. Acepté porque simpatizaba con su trabajo, me ayudó en mi ruina académica y financiera, admiraba su obra artística; me sorprendía su deseo de mejorar su imagen personal, obtener reconocimientos por encima de lo que sea, y tenía la obligación de resguardar su buen nombre, porque pensaba que no viviría mucho por la acumulación de enfermedades y los vacíos del amor que lo atormentaban desde siempre. Entre solitarios debemos ayudarnos, y respetaba a un candidato a fantasma o correría el riesgo de que regresara de ultra tumba a torcer mi suerte con el oro antiguo.

Con el objetivo de ganarme la confianza de Germán Rosas e impresionado por la perfección de las copias de las máscaras felinas y homínidas, le compré dos imitaciones. Como premio de consolación, el Patojo me permitió conocer el éxito y el declive del Don Juan de los guaqueros pastusos, con su orgullo y elegancia aún metida en un traje de paño inglés adquirido en Bogotá hacía 30 años, con la etiqueta intacta de la marca Monastery.

Mientras El Patojo Rosas evocaba sus delirios de magnate frustrado, recordé que el amor con Paraska de los Ángeles no estuvo determinado por lo material, como las conquistas de Germán, fue un amor insensato y sincero.

### Rondar tu esquina

Escribo mensajes en las violetas de tu jardín,  
dejó un ramo de rosas en tu umbral,  
y salgo protegido por la aurora.

Presiento tu silueta en la ventana,  
no me arrojas ni una mirada,  
con un barco pirata atravesaré el vidrio,  
te veré metida en los vericuetos del sueño,  
con mi espada recuperaré los poemas que te envié,  
ahora no podrás recordarme en la monotonía del silencio.

La luz me encuentra camuflado en los árboles del parque,  
te acecharé de nuevo cuando la luna se meta en la oscuridad,  
mientras me convenzo de que perteneces a mi mundo.

## CAPÍTULO IX



### LO QUE CUESTA SOÑAR

Una ensoñación repetida me intranquiliza, amenaza convertirse en pesadilla, procuro manejárla con la ayuda de Lukano. Regreso a la casa de mi niñez, de cuartos tan altos que se necesitaba una escalera de diez metros para cambiar una bombilla eléctrica. Soñé a la abuela Ana Julia en la penumbra de su cocina, el reflejo de la candela de la hornilla de leña rebotaba en sus ojos blancos, como espejos de mármol; a medida que la luz se le apagaba, la piel se le pegaba a los huesos, parecía una calavera con bata larga y blusa oscura; bailaba a mi alrededor, me hacía reír, con sus manos de venas gruesas. Su risa dejó de ser familiar, quise hablarle, me callaron sus ojos sin pupila, intenté correr, me enredé en los cordones de los zapatos y caí. Desde el piso de tierra, le dije que la extrañaba, me soltó, salí de la casa sin miedo; mejor me hubiese convenido despertar. Me encontré en el patio con otra mujer vestida como la abuela, dejó a mi lado un plato de barro con carne asada, me dijo que comiera un poco. La carne es el llamado a la muerte, la tiré a un lado del patio, recordé el estado de salud de mi madre y tuve miedo.

El patio se convirtió en un precipicio, me agarré de la pared como pude y regresé. Quería despertar. Entre la mujer y el remedio de mi abuela, me halaron de los pies y desperté en otro sueño, como en la caja china de los sueños en el *Libro de la Risa y el Olvido* de Milán Kundera. Me costó abrir los ojos. Una figurita sin rostro, de blusa azul y pantalón rojo, dormía en mi almohada. Musité alguna oración aprendida de Lukano y la ilusión desapareció.

—El espíritu de la vieja india se ha quedado en las ollas que tienes en tu apartamento, debes sacar esas cerámicas de allí. Esto te pasa por robar tumbas de mujeres pobres, que mueren, y se pudren junto a sus vasijas, así quedan impregnados del espíritu encerrado en la tumba. Los huesos alimentan a la sepultura con el aliento de los muertos. Tal vez, su otra vida empiece en tu apartamento, a pesar de los siglos.

—Ramirito no crea en lo que le dice el indio Lukano, de lo contrario dejará de ser guaquero.

—Sé, por tu hermano Clemente, que te halan los pies en tu cama; no te hagas el incrédulo.

—En las visiones del sueño, los dueños siguen en los bienes que llevaron hacia la otra vida, se materializan, y reclaman su lugar; han de creer que las ollas les servirán en la cocina cuando despierten, y los collares de spondylus las hagan verse más bellas. Los guaqueros, y los compradores que las trafican transportamos esas vidas. No somos tan inocentes, amigo Dimas —sentenció Lukano—. Un día de estos se lo cargan para la otra vida y no se dará ni cuenta.

—A Dimas no se le ocurre imaginar que los pobladores de aquellos lugares encontraron la manera de continuar en el tiempo, impregnaron voces en los objetos que hablan en los sueños de los vivos, de ese modo regresan, renacen.

» Lo indio no está solo en la cara de los supervivientes, en las artesanías, en la forma de los cultivos; se resguarda en los sueños, en ese mundo confuso habitado por imágenes y temores, que reciben el impulso de la carne del soñador. En la profundidad del silencio, el cerebro lee las partituras de las imágenes recogidas en las tumbas, las revuelve con todos los tiempos, y cuando dormimos, nos presenta la película, con el objeto de darnos un mensaje que parece de la otra vida, y que solo muestra la continuidad del pasado, de atrás hacia adelante y de adelante hacia atrás.

» Los humanos somos un presente alargado y el sueño es el texto de ese mundo. En las pesadillas, el otro lado nos llama la atención, quiere que entendamos la continuidad del tiempo. Por eso se meten en sus poemas y sus pesadillas Ramiro. Dimas no lo quiere entender porque lo ciega el deseo de hallar un tesoro, quiere vivir sin trabajar y ese es el primer indicio de que está muriendo.

» Noche tras noche, los espíritus nos visitan a los guaqueros, piden que los llevemos a otro lado, donde puedan viajar por los continentes, y un día hablar con un desprevenido colecciónista, con el guardián de algún museo.

No me preocupa este saqueo de siglos del arte precolombino. Siempre que las piezas no se destruyan, en ellas vivirá el alma de mis antepasados, yacerá en el vientre tranquilo de las vasijas y la escritura geométrica. El mensaje será desatado por paleógrafos, entendido por los lectores del sueño, llegará en libros, los profesores indios los juntarán con la memoria oral, y la historia no se habrá perdido.

» Cuando el oro se separa de la plata y el cobre, se desarmen las voces de los que fueron sus dueños, mi propia voz tartamudea y la suerte de miles de pensamientos se quiebra.

—Lukano la gente cree que la guaquería es de mal agüero, que trae mala suerte, porque torea tumbas, despierta voces. Dicen que es cosa de indios y de gente miedosa. He visto a muchos indios guaqueros, en ellos puede más el afán de hacerse ricos y comprar el derecho del territorio, y hasta tienen peones a su servicio en la guaquería. La ambición puede más que las creencias; es bueno que la gente se llene de agüeros, así no se meten con el oficio de merodear sepulturas y, por tanto, habrá menos competencia. Por algo me llamo Dimas, El Rey de los saqueadores borrachos.

—Esas creencias te halan los pies en las noches.

—Algo tiene que pasarme. El asunto de los fantasmas lo hablábamos de vez en cuando en Las Oficinas, cuando el licor llegaba a la cabeza. En principio, todos tratamos de alejarnos del tema, porque pone en riesgo la profesión. Los guaqueros vemos en los sueños imágenes semejantes a las que cuentan los campesinos. La muerte nos baila con follones indios.

—Los dueños o espíritus de las guacas nos desvían de los huecos, muestran tesoros que no existen, dicen que necesitan que los hallemos, y así descansar en paz. Nos enredan el cuerpo, nos tiran a los precipicios y nos tapan con sus huecos.

—Los sueños animan a buscarlos; a veces coinciden con buenos encuentros. Los espíritus dueños no se van de los sueños, uno queda en deuda con ellos; los llamamos los mozos, son mujeres y hombres, seres pequeños, oscuros, burlescos, bailarines, que viven en la casa de los desenterradores.

—Si los espíritus que persiguen el sueño son animales, la cuestión es a otro precio; son duros, impositivos, no hay margen de negociación—dijo Lukano—. lo mismo cuentan en todos los pueblos.

—Este sueño se lo cuento a Lukano, porque Dimas lo conoce. Tres noches antes de Navidad, lloviznaba con granizo en todo San Lorenzo de los rayos; la brisa no alcanzaba a amainar el calor insopportable, por lo que me refugí en una cueva de pescadores. El Río Juanambú rugía en las rocas, la caverna estaba labrada en plena montaña, para entrar, tocaba arrastrarse hasta la boca. Se notaba el esfuerzo hecho con el fin de romper esa piedra caliza. Varios pedazos de cinceles de piedra se veían tirados. Las paredes se adornaban con cabezas de monos aulladores. Llamaba la atención su tamaño, las fauces y los colmillos exagerados, hechos del árbol de guayacán. Por una de las aberturas del nicho, salió un hombre fornido de cara difusa. Me dijo que le entregara a Paraskiva o como se llamara ese espantajo para hacerla su esposa. El pensar en regalarla, me disgustó mucho. Reflexioné acerca de la esclavitud que podría soportar. Saqué un revolver que llevaba en la mochila. Una persona pequeña, imperceptible hasta ese momento, intuyó mis intenciones y me advirtió que si lo mataba en el sueño moriría en la realidad y se perdería la estirpe de la gente mono. Habló y se fue por una de las aberturas. Lo seguí con la intención de que me explicara sus palabras. Desapareció en el abismo.

» Miré un hilo de agua que se escapaba de la roca, lo seguí hacia un túnel y llegué a un desfiladero que separaba dos elevaciones vecinas; en medio crecía un árbol de oquendo, yopo o la combinación de esas especies; sus ramas estaban llenas de micos rojizos, me enloquecían sus aullidos. Corré en busca de la salida, una jauría de monos me persiguió hasta la primera cámara, varios titíes me distraían. Di vueltas en círculo y por fin encontré la salida, cogí una piedra puntuda con el propósito de abatir al primero que se me lanzara; un animal viejo me repitió que me tranquilizara, qué si los mataba en el sueño, morían en la vigilia.

» La calma la aprovechó un mico, que extendió su mano, me emborrachó con su magia, busqué salir. Un mico viejo me arrancó del sopor con soplos y cantos indescifrables, me dijo que perdonara al muchacho, que en el hueco me iba a dar un regalo.

—Ni corto ni perezoso, después de las revelaciones del chiquitín arracachero o comedor de arracacha, me fui a terminar el hueco del que llevábamos cinco metros. No estaba motivado a continuarlo, por la tierra dura; debajo de la laja de piedra que lo cubría, encontré una estatua de mico, doce cascabeles de tumbaga y una ocarina, que es un silbato de cerámica del tamaño de los dos puños, de forma cónica, escala a dos octavos, dos orificios grandes en la base superior, tres huecos diagonales hacia la parte delgada; en la parte ancha estaban dos micos abrazados en alto relieve, las ocho patas formaban unas delgadas rejillas y sus colas trenzadas construían una doble espiral paralelo.

» Pensé que era la tumba de un danzante de la luna. Le agradecí a este enano soñador y regresé a Pasto. Germán Rosas me dio dos millones de pesos por las cosas. Que me los gasté en cerveza navideña. Ha sido la única vez que un sueño ha servido de algo. Este enano, es bueno para fabricar mentiras, y que de guaquero tiene lo que yo de sastre; lo tengo contratado como soñador oficial.

—No me diste ni una cerveza. viejo avaro.

—A veces los sueños coinciden con la realidad, parecen indicar caminos. Si muestran infortunios, no se les debe hacer caso. Dejarse sugerionar llama la mala suerte. Es mejor gastarse rápido el dinero que da el suelo y no encantarse con esa fantasía de la que están hechos los sueños. Lo que vale es el billete, muchachos. —Insistió Dimas.

—Los sueños tienen bastante información de todas las vidas, en esas imágenes sin sentido aparente se esconden misterios. Al meternos a excavar tumbas, nos llenamos del vaho de los muertos, puede enfermarnos con cosas difíciles de entender. Nos dejan el vacío de vivir sin ganas, de comer sin hambre, de repetir lo que los otros dicen, queremos morir y la muerte rebota en nuestras manos.

Ramiro entendió lo que Lukano le enseñaba. Necesitaba curarse de no hacer nada, de las ganas de dormir todo el día, de vivir pensando en Paraskiva, o como se llame ese espectro de mujer, de la que no sabía si era la misma que aparecía en los sueños y en sus remedos de poemas. Buscaba en las cavernas lo que no encontraba en las calles vacías de los domingos por la tarde, cuando el mundo se metía en los televisores y podía sentirse dueño de la ciudad, saltar, bailar sin que nadie lo mirara.

—Refugiado en estas montañas donde crecí, quiero curarme de que se me corran las mujeres bonitas, borrar mi rostro desorganizado, como si fuera Moe, el cantinero de los Simpson, deseo reducir el tamaño de mi cabeza de engendro de circo, salvarme de mi madre, del amor hecho pedazos de Paraska, ese fantasma que me acompaña desde la infancia; quiero salirme en silencio. Deseo sanarme de gente como ustedes. ¿Lukano tienes por casualidad un brebaje que me sirva?

—Si Ramirito, el páramo chichaja te puede ayudar a ver la vida de otra forma.

—Dimas, cuéntanos otros sueños raros, que hayas tenido.

—Nada, todos son comunes, ninguno diferente de lo que cuentan los otros guaqueros, solo viejas follonudas y enanos bailarines, como nuestro amigo Ramiro. —Sé que el bellaco miente, puesto que es fama que a los guaqueros los atormenten las ánimas que sacan del letargo; quiere ocultar sus temores, y que los colegas de La Oficina no lo vean como cobarde, el que se las da de ser un pragmático absoluto.

—Quizás tengas razón, Dimas; los sueños de la gente común como nosotros no tienen relevancia, y estamos viejos para creer en fantasías.

—Don Ramiro, calladito sáquele al sinvergüenza del Dimas sus sueños y me los pasa a fin de armar el rompecabezas de estas guacas necesarias en la memoria communal, y cuénteme los sueños de los que usted se acuerde. —Lukano deseaba saber sobre las apariciones que veo. Si se enterara que tengo visiones dormido y despierto, tal vez me tomaría por un tipo raro, que vive de mentiras. Si le contara que vivo más cuando sueño, que mi cotidianidad es pobre. Actuó en los sueños, hablo y negocio con la gente soñada.

En este momento, cuando escribo estas cosas, sentado en el ordenador, siento ruidos raros, la lavadora se prende sin estar conectada a la electricidad, los cuadros se caen de las paredes. Presumo que se debe a que todos los electrodomésticos son viejos y a las paredes de tierra les ha entrado el invierno, que todo es una casualidad, que nada tiene que ver con guacas sobrenaturales, solo ruidos que cargan las casas viejas. Cierro este paréntesis y continuo con la historia.

Me despedí de Lukano, no quise cenar, estaba harto de la carne ahumada. Me acosté liviano, sin pensar en nada. Prendí la radio y me fastidié de los mismos chismes políticos y de la repetición de los boleros. Pensé que ni siquiera era aprendiz de poeta, estaba degradado a saqueador y reciclador de cuentos de guaqueros acabados.

El ensueño se profundizó, cogí de la mano a Paraskiva o quien sea esa dama de la manigua, el calor era intenso, las luciérnagas mostraban las ceibas. Por unos segundos podía contemplar las copas de los iachapos, que juntaban sus cabezas, y sus sombras daban la sensación de ser exploradores en movimiento, que cercaban mi huida con sus ramas.

Los ruidos iniciaron con el canto de los grillos. Dos lechuzas parecían llamarse con insistencia, mientras los zancudos retumbaban, sin lograr despertarme. La luna se metía en los claros de la selva, una bandada de micos huía, y a su paso dejaban caer una lluvia de hojas que brillaban con la claridad que se metía en la noche. Se oía el bramar del río, un búho ululó con un tono más alargado del normal, una especie de torcaza llamó varias veces. Le comenté a Paraskiva lo raro que esas aves diurnas vinieran a la noche. Se oyeron golpes en las raíces aéreas de los árboles. Las percusiones se usan en la selva como comunicación, las llaman bambear. Los indios Cofanes advierten que las emplea el Astarón o Bambero, espíritu amo de los animales; así confunde a la gente, la arrastra a su morada en el centro de la selva, la mete en cuevas de piedra, les devora lentamente el corazón, la razón y el espíritu. Los golpes se acercaban en todas direcciones, como si un ejército de árboles merodeara.

La luna los delató, sentí su respiración, caminaban en fila, procuraban no pisar las ramas secas, seguían los cantos que parecían de pájaros nocturnos, y que se diferenciaban de los cantos de las aves, por un tono final sostenido.

Bramó el pájaro vaco, que imita el mugir de un jaguar; se detuvieron, nos cercaron en silencio. Con el objetivo de evitar que nos lanzaran un dardo con una cerbatana, bajé del palo de guácimo, donde nos refugiábamos, le dije a Paraskiva que bajara despacio, les miré su cara diseñada con rombos, y líneas serpenteantes de pintura verde fosforescente, extraída de la savia de algún árbol aceitoso, como el palo de hormigo, mezclada con piedras del río. El sudor

a veces arrastraba el color luminoso de sus mejillas, goteaba en las hojas que se cubrían de esas lágrimas brillantes, el suelo quedaba con pedazos de luz, como si fuese la sangre verde de un exótico animal herido.

Tanteé en mi mochila dulces y anzuelos, le hice señas a Paraskiva a fin de que se los tiré, con la esperanza de que fueran duendes, y no los cazadores de cabezas que nos rodeaban. Subí como pude de nuevo al árbol, pretendía bajar un bolso que se me quedó, con unas monedas y frascos para regalárselos, con el esfuerzo, se me abrieron los pantalones en los glúteos, el ruido que hizo la tela al rasgarse, sonó como una larga sucesión de ventosidades, escuché sus risas y frases murmuradas en lengua teteyé. Docenas de risas y murmullos nos rodearon; uno de los más jóvenes subió como un rayo a la rama donde me guarnecía, pintó con la tinta fosforecente en mi culo la figura de un hombre narizón, la risa generalizada se escuchó unos veinte metros a la redonda.

Un hombre viejo con una corona de plumas de guacamaya azul me indicó que bajara. No permitió que me subiera los restos del pantalón, que maneaban mis piernas, continuamente caía, y no podía levantarme con facilidad, Paraskiva el hada de la noche, intentaba ayudarme a levantar. La risa era estruendosa, con miedo, la gitana se sacó los zarcillos de bronce y se los entregó, el ruido de campana que tenían les gustó, nos tiraron un pedazo de carne de danta o tapir ahumada. El canto del pájaro vaco estremeció el lugar, los Teteyé se pusieron en fila. Una mujer joven me pegó con una vara de ortiga en las nalgas, en el Putumayo la llaman pringamosa y con ella se castiga a los tomadores de yagé que se alocan. Salté como un resorte de la picazón y caí de nuevo, fue su risa de despedida. El sonido prolongado de una gallineta los interrumpió y prosiguieron la marcha. Una abuela pintada con espirales en las mejillas y las piernas se le acercó a Paraskiva, le regaló unas plumas negras de pato corúa para su corona. Una niña le arrojó un collar de semillas de San Pedro, con un cuarzo rojizo, y se despidió moviendo su manita. La multitud de ruidos guturales se alejó con lentitud. Un muchacho cari pintado nos llevó al camino del río, mientras nos acompañaba se escondía detrás de los árboles por temor a que lo mirara con mis ojos dementes y dejara de ser parte de la gente invisible.

Me desperté con la certeza de haber estado en el Río San Miguel frontera con el Ecuador; se lo comenté al indio Lukano.

—Tiene que ser la gente invisible, recorren sus antiguos territorios, caminan con la luna y los tizones del cielo. Tuviste suerte de que creyeran que estabas loco. No te mataron ni te llevaron con ellos a convertirte en un espíritu errante. Pensándolo bien la tal Paraskiva o Paraska fue tu ángel de la guarda. Cuando regreses a la ciudad, búscalas y entrégale los papeles que escribes, así recuperará sus alas de mujer mariposa.

—¿Por qué nos regalaron carne de danta, collares y plumas de pato?

—Por lástima, los locos inspiran lástima, por ser almas perdidas y porque la gitana les cayó bien, son gente del monte, que vagan por la espesura de la selva, son seres de los caminos como ella. Hermanito, las guacas le están mostrando cosas. no vienes con la ambición de encontrar oro ni hacerte rico con cosas ajenas, lo detectan los muertos.

» Dimas y los otros persisten en la ilusión de encontrarse una tumba con bastante oro, tener casas, fincas, mujeres compradas, pero lo único que sacarán ha de ser la locura, y tú dices que vas a escribir poemas y si te alcanzan las palabras una novela. Poca cosa, dirán estos espíritus desenterrados. Te revelan historias de fantasía a fin de que cumplas tu objetivo y te largues de las tumbas, entre más ligero, mejor.

No me importaba mucho lo que me mostraban los sueños, si en mi presente no estaba Paraskiva, no quería un mañana feliz sin ella; recordé sus ganas de libertad, la atracción que ejercía su presencia volátil de mujer mariposa.

### **Mariposa**

Contorsiones y alas al fuego,  
danza que no termina cuando se apaga la noche,  
tus ojos fluyen con llanto retenido,  
te recuerdan las fiestas infantiles a las que no fuiste invitada.

Pretendías atrapar los arcoíris del bosque,  
y el viento te sedujo,  
allí te ahogaron los vinos,  
fuiste desencanto y vuelo nupcial.

Ahora que conoces su néctar insípido,  
estás dispuesta a lucir tus mejores galas,  
bailar en velos y cascabeles de colores,  
que duran lo que tarda una flor en ser capullo.

Temes que cuando se te caigan las alas,  
vuelvas a arrastrarte,  
crisálida indecisa,  
deja que las corrientes te lleven a la niñez y te traigan de vuelta,  
jugaremos al amor fingido,  
a ser padres de muñecos,  
en el necio círculo de la vida.

## CAPÍTULO X



### SOBREVIVIR A LOS GOLPES DE LA LUNA

Los meses de lluvia los aprovechaba en la escritura. Jugaba a las carreras de barquitos de papel con los niños de las aldeas donde guaquiabamos, escuchaba baladas con Dimas, y me refundía en la niñez lejana, a fin de estar con Paraska. Buscaba hacer presente la felicidad pasada. Sus palabras tenían sentido ahora que la alegría había envejecido. Suspiraba por la niña que me había amado, al compás de los truenos que retumbaban en la noche y hacían doler la esperanza.

Traté de sacar la alegría vivida. Recreé los mejores sábados, debía huirle al presente en busca de las cosas perdidas. En la comodidad intranquila de la escritura no lograba recordar la sensualidad, los instintos del amor, las sorpresas, que me robó la ida de Paraskiva. Me tocó nutrirme de las vidas de papel, y llenar con ellas el tedio de los días. Después de todo, la vida persiste a pesar de nosotros, en las dudas de las largas noches, en la risa que seguirá paleando el dolor y las razones.

#### Instantes

Aún llevas los golpes de la luna en tu pecho,  
deletreo las metáforas delineadas  
en las curvas de tu cuerpo y en  
el rompecabezas de tu ventana.

Camino a tu lado,  
me apropió del olor de las espumas del río,  
persigo tus olores en la lluvia,  
te encuentro en las flores amarillas,  
en las luces de la ciudad dormida.

Dejaste mensajes regados en las esquinas,  
no logro seguir las pistas,  
sé que guardan melodías con restos de tu voz, y  
vibraciones de tus caricias.

Balbuceas estrofas que no llegan a ser canciones,  
quisiera sacarte de los remolinos de la música,  
tocarte cada músculo con la desconcentrada guitarra,  
y recorrer ladrillo a ladrillo tu casa hecha por armadores de pirámides  
y pintores de líneas confundidas por la edad y los arcanos.

El recuerdo de Paraskiva cabeceaba a mi lado, y la relación con Dimas se deterioraba a medida que intentaba convencerlo de entregar algunas piezas de barro cocido a las organizaciones comunales de San Lorenzo de los tejedores de jrigas, con el objeto de que no desaparecieran en manos de contrabandistas, y no fueran solo relatos en las noches los lugareños sentados en el banco de los chismosos.

Dimas permitía que lo acompañara a cambio del mercado, el ron y algunos pasajes de bus. Me consideraba inofensivo por mi falta de ambición. Le divertía oírme declamar poemas. Agradecía que lo acompañara a cantar sus baladas. Gozaba de mis costumbres hippies de danzar en las hogueras, prender velas rojas y desvelarme con la luna, protegido por mi collar de spondylus rojos, con una infeliz moneda de un dólar ecuatoriano como premio.

Dimas a veces fingía interés por los asuntos culturales, me decía que era descendiente de los antiguos pobladores de los peñascos donde escarbamos. Destacaba la laboriosidad de los alfareros, sus conocimientos geométricos y el culto a los animales. Nunca pasó por su mente que el producto de su saqueo fuera a regalarse a un museo.

Dimas empezó a suponer que yo sustraía de vez en cuando piezas finas que regalaba al profesor Pedro Miranda o a los dirigentes ambientales, que las llevarían a decorar algún estante académico, con la especulación sobre su simbolización celeste.

Hacía mucho que me había percatado que Dimas Ponce escondía las piezas de oro. Una tarde, mientras mi socio se bañaba en las frías aguas de la quebrada La Dormida, en San Lorenzo de la niebla, descubrí entre sus cosas un pectoral pequeño, con micos en alto relieve, y un disco giratorio esculpido con triángulos opuestos y serpientes. Me di cuenta que su gorra tenía doble fondo, en esa ocasión guardé silencio, porque me interesaba atiborrar mi tiempo con fantasías, y de paso aprender las técnicas de excavación.

De La Dormida pasamos a la vereda La Estancia, en el mismo pueblo de la gente adicta a los tubérculos de la arracacha. Nos dieron permiso de excavar en un terreno plano, situado en una pequeña elevación, rodeado de un nacimiento de agua. Dimas lo consideró un terreno prometedor. Concertamos repartir los hallazgos en tres partes iguales: en un hueco escogía la primera pieza Dimas, en el próximo yo y en el tercero el mayordomo del terreno, quien dio el permiso a escondidas del dueño. Encontramos mucha cerámica sin decorar, algunos objetos de tumbaga en alto relieve. Dimas se frotaba las manos de la emoción, pensaba que allí podían estar las tumbas de los caciques. Maximiliano Lukano Nupan había regresado a Tasnaque por orden de la autoridad indígena. Estábamos cansados, nos pareció conveniente dejar los huecos por un día.

—Mañana no vengamos a raspar, porque tengo que salir a Pasto a comprar un televisor, que están en promoción por el Mundial de Fútbol. Dejemos el trabajo suspendido hasta el miércoles, que regreso, y si me das la plata, traigo la remesa de la semana. —Propuso Dimas.

—Bueno, entonces aprovecho y voy a organizar los materiales de papelería, y me quedo en el pueblo a mirar el partido de Francia contra Brasil, que pinta bueno.

Acordamos encontrarnos en el pueblo y bajar juntos a la finca. El mayordomo del terreno se comprometió a cuidar que nadie se acercara al sitio; le entregué el dinero del bastimento.

En la noche no podía dormir preguntándome por las verdaderas intenciones de Dimas, jamás había suspendido los trabajos en un momento clave.

Daba vueltas en el lecho con la esperanza de alcanzar el día. Ningún héroe literario vino a ayudarme, mis ángeles seguramente estaban metidos en el sueño de otra gente y los dioses no tenían la culpa de mí soledad. Se encontraban demasiado ocupados con asuntos más importantes como el hambre y la guerra de sus protegidos. Seguí solo por los vericuetos de la noche.

En la mesita, prendí una vela, la luz eléctrica irritaba mis ojos; los reflejos de la calle no me dejaban descansar. Un simulacro de arco iris se formaba alrededor de la llama, me atraía el vacío incoloro formado entre el azul opaco y el amarillo vivo, allí descubrí los ruidos del sol, en un eco todavía débil. Corré en una calle soñada, sumergí mi juventud en el cielo rojo, me alegré por unos momentos de estar solo. Era un insignificante poeta, no un explorador cargado de varillas con mercurio ni podía conjurar los delirios de fortuna. Recuerdo que ese día llegué a mi pueblo con libros, ron, simulé un arrullo en mi hamaca de viajero y me metí a observar las paredes agrietadas de mi habitación.

Con las luces de la calle, podía distinguir el tamaño de los clavos usados en colocar varios cuadros. Trataba de adivinar las fotografías que debieron colgar los anteriores inquilinos, en el lado de la ventana iría una fotografía de la pareja matrimonial, retocada con pincel y colores. Se podía observar el rastro del marco de vidrio, al lado se veía la sombra de un pequeño rectángulo, donde estuvo la imagen de algún nieto consentido. Las huellas de cera en la repisa hacían presumir la presencia de un bulto de San Lorenzo Mártir, habían quedado las impresiones de la parrillita en que lo quemaron el 10 de agosto de año 258. El santo patrono era venerado en esa casa, el fogueo negro de una veladora lo evidenciaba. Supuse que debieron ser viejos, encargados de cuidar a su nieto, mientras los padres trabajaban, le permitieron rayar las paredes con crayola, construir una ciudad de cuevas habitada por micos y caracoles, gobernada por ángeles alámbricos, subidos en venados chonta, que custodiaban los laberintos, como los que existían en las montañas de Turbamba.

Fue una noche larga, las imágenes del sueño me confundían. Me dolieron los sonidos guardados en las paredes. Me asomé a la calle a ver llover. De repente, me entraron unas ganas enormes de llamar a Paraskiva. Supuse que el otro se incomodaría, y tiré el teléfono celular en la mesita de noche, lo recogí y miré su perfil de contacto. Me metí en sus ojos híbridos, en sus palabras inútiles de amor muchas veces repetidas.

El viento repicaba en ese rostro que me convenía borrar. Tiré de nuevo el teléfono móvil, con la intención de concentrarse en la lluvia que golpeaba el tejado. La tierra mojada tenía el aroma de Paraska. En ese instante deseé seriamente morir, arrojado en la calle, abandonado y anónimo en mis propias cordilleras.

La noche cabeceaba en los detalles primigenios de la pared. Me puse a repasar los detalles que la memoria trae en momentos de hastío, son los aspectos desechados que marcan el perfil de nuestras pesadillas. La calle mojada y sin gente me pareció eterna. Recordé que en niño recogía granizo, y me lo metía en la boca, sentía que estaba en el Polo Norte, convertido en el hombre de hielo; en el reflejo de los espejuelos congelados podía recuperar pedazos de mi risa infantil, envolatada desde la primera vez que junté mi cuerpo con la piel calurosa de Paraska. Mi soledad se llenó con las voces de la pared que mascullaban el lenguaje de los sueños.

Hice un balance de lo que había significado Paraskiva en mi vida, concluí que nunca la olvidaría, sería mi referente en la búsqueda del amor, sabía de antemano que no lo hallaría. Las personas pueden encontrarse, sin llegar a quererlas con la sinrazón del amor. Con las lágrimas en las manos, volví a oír las quejas de las paredes. Con el índice repasé los dibujos infantiles, y me atreví a pensar que somos un laberinto hecho por un demonio juguetón y que nunca encontraremos la felicidad.

En la ciudad dibujaba con crayolas de colores; los humanos nos movíamos de adelante hacia atrás y de allí al presente, como repetía el indio Lukano. Miré ese punto oscuro en el que me encontraba, incrédulo de la nobleza humana y de los arcanos de la existencia.

El dolor se agravaba en las noches, como pasa con los enfermos. Estaba atrapado en la evocación de Paraskiva, a ella me regresaban las paredes de tierra. Dormía por ratos, seguidos de interminables desvelos, despertaba con la certeza de que la borrosa Paraska de los Ángeles, estaba a mi lado.

No soporté más, y me senté a escribir para atraer el sueño. La luz de la habitación convertía las paredes desportilladas en un mapa de un mundo raro, parecido al mío en la realidad del día, a la que no podía volver. Hice un esfuerzo por dormir

de nuevo, en el insomnio decidí volver a la excavación, donde seguramente encontraría a Dimas guardando con premura el oro en sus bolsillos; como un niño ladrón que se mete a la tienda familiar y se lleva las monedas que encuentra, antes de que su madre se despierte.

Las paredes de tierra pisada fueron testigos del desprecio que me producía la gente como Dimas Ponce, consumido en la ambición de un tesoro, sin la mínima consideración por el pasado ni por la vida de los demás. Las paredes viejas me ayudaban a recoger la vida perdida, a comprender que los harapos que tiré a la calle eran el mapa de mi porvenir.

Esas paredes guardaban el tono sensual de la madrugada. Ponía los oídos en el barro frío con el interés de oírla cantar, de escuchar mi niñez junto a ella.

Con la aurora, me volví a meter por las rendijas de la pared. Me conducía un ángel difuso, hablamos del significado de la ciudad dibujada, le pregunté al espectro las palabras que debía escribir a fin de traducir la cerámica, la pintura de las guacas. Nadie respondió, percibía las marcas del olor a barro guardado.

Sabía desde niño que las voces de mi pueblo estaban escondidas en esas paredes destortaladas, hechas de tierra tacada y cal. Con su quejido, salían las figurillas mitológicas que formaba la humedad y en el cansancio de los muros, hechos de barro, como la carne misma de los primeros hombres, quizá ese era el significado de la geometría indígena de San Lorenzo de las tapias.

Desperté con las primeras gotas de sol rodando en la ventana. La pared hablaba de cuerpos empalagados de placer, me vestí sin prisa, y seguí en el espejo frontal el sueño desnudo de la mañana. Me gustó la calle sin testigos, tenía el olor del lodazal tragándose la luz de las bombillas trasnochadas.

Mis propósitos con el arte enterrado me tranquilizaban, hasta me ponían contento. Mientras pateaba el agua de la calle, sentí que me gustaba la soledad mañanera y tuve la certeza que con el tiempo todo volvería a ser soportable.

Las paredes de las casas viejas me perseguían. Los recuerdos más antiguos de mi vida se remontaban al segundo piso de la casa materna, donde jugaba a las

muñecas con la lejana chica de los caminos. Las primeras aventuras las viví en el soberano de la casona, entre cosas viejas que mostraban los retazos de la juventud de mis padres. Allí leí todos los tomos de Emilio Salgari, especialmente Sandokán El Tigre de la Malasia, que mi papá escondía en una caja de madera, a fin de releerlos cuando mi madre se iba donde sus hermanas o a la cofradía. En ese soberano de bareque y tejas de arcilla cocida, jugué al papá y a la mamá, di el primer beso, acaricié el rostro, el cabello, el cuerpo de Paraska. Allí comí años después pedazos de adobe, y de pared para aplacar el miedo que de que me descubriera siéndole infiel con algún personaje de los libros de aventuras.

Desayuné rápido, me puse las botas, agradecí a doña Guillermina mi posadura y me marché a la finca. Escuché los golpes de pala en la tierra; protegido por la maleza, observé a Dimas abrir un hueco circular que, al parecer, había marcado; cuando el excavador se perdió en la tierra, salté con mi pala.

—¿Qué tal el televisor?, ¿estaban de promoción?, ¿compraste la remesa con mi dinero?

—Y vos ¿qué haces aquí?, ¿no fuiste a comprar los materiales, y escribir las tonterías que dices?

—Venías, con el fin de tumbarme.

—No tumbo ni a tu gitana, y me da chico.

—Ladrón descarado.

—Ningún ladrón; los huecos son míos, yo los encontré. Vos no sirves ni de estorbo, poeta de pacotilla. Me limpio el culo con tu poesía.

Los mareos me hacían temblar, sudaba frío, quise salir en carrera, me salvó un pequeño orgullo sacado de mi corazón tambaleante, me levanté aun mareado. Todo permitiría, menos que insultaran a Paraska y el viejo oficio de tergiversadores de palabras, los poemas eran mi humanidad, lo mejor que pretendía tener. Le golpeé la mano, salimos a la superficie a batirnos con las palas. Lanzábamos insultos, golpes de hierro y, realizábamos verdaderas

acrobacias de esgrima. Con el alboroto de las palas al chocar, más los insultos, la mujer del mayordomo acudió al lugar e informó a su esposo de la pelotera en que nos encontrábamos los pastusos.

—Malparidos debieron encontrar oro y están peleando, porque no se repartieron bien. — El mayordomo cogió la escopeta y se dirigió a encontrarnos.

—¡Ah, vergajos, cabrones!, algo bueno debieron encontrar desde que están peleando por la repartición; no era que hoy no íbamos a trabajar, tramosos. A ver, dejen de joder; cálmense y váyanse. El día que los vuelva a ver por aquí, les meto un tiro en el culo, partida de bandidos, y me tapan ese hueco ya mismo, porque en estos días viene el patrón y la gente de aquí es muy chismosa.

Al terminar de tapar el hueco, nos sacó a empujones de culata, y simuló un disparo con la boca de despedida.

—A los pastusos se les abombaba la camisa por huir cuesta abajo.

—Saquemos la guaca los dos, porque los hijuemadres son capaces de volver por la noche a robarse el hueco, vaya mijo traiga la pala. Por la plata baila el mico y, por el oro mica y mico. —dijo la mujer del mayordomo.

El fin de semana nos encontraron en La Oficina, y nos echamos mutuamente la culpa de ensuciar el permiso del mayordomo. Dimas le contó al resto de guaqueros que por desconfiados perdimos la oportunidad del oro que se encuentra en casi todos los huecos redondos.

Me gastó una botella de ron en señal de desagravio; nos pedimos disculpas. Dimas lamentó en público que el oro se le escapara otra vez de las manos por culpa de un batracio. Le dije con diplomacia que extrañaría las cordilleras, las fogatas y las aventuras que vivimos; le agradecí su compañía.

—¡No es para tanto!, hay que volver a salir, me hace falta que hagas reír con tus sueños y poemas.

Los guaqueros criticaron en voz baja a Dimas por andar con tipos como yo, con mi presencia, entorpecía el libre comercio de los regalos de la tierra. A las

nueve de la noche apareció Germán Rosas con dos acompañantes vestidos de frac negro como él; se dirigió a Dimas.

—Hermano, andaba en algo grande y no me contó. La confianza es parte fundamental de este negocio. Le pasó lo que le pasó, por meterse con poetas maricones.

—Rosas, si hubiera coronado los huecos, este enano estaría desaparecido y usted tendría la mitad de las piezas; es mi socio y uno más de mi familia.

—Siga buscando; vuelva a ese pueblo, cuando las cosas se apacigüen un poco, y no pida dinero a renacuajos, porque yo nunca se lo niego.

—Gracias Germán, tendrá buenas ganancias.

No me importaba que en La Oficina y en los campamentos de excavación me despreciaran los guaqueros. Mi propósito de estar allí era claro, olvidar a Paraska y aprender la manera como estos malandrines despojaban sin piedad la trama del pasado indígena. Les permitía humillarme, porque la escritura me hacía más llevadera la presencia de esta gente. Los campos y los relatos de guaquería me eran provechosos en esta necesidad de evadir mis miserias reales.

### **Con un poco de ti**

No me apaciguarás con tus conjuros  
ni me arroparás con la niebla donde te refugias,  
tus ojos no pueden contagiarme la ausencia,  
recogida en tu andar detrás del amor.

Regálame los fragmentos de tu boca para irme con un poco de humedad,  
devuélveme la tarde que dormita en tu pelo,  
entrégame los mares que se estancan en tu mirada,  
y tírame a la invisibilidad de tu recuerdo,  
para no encontrarte en todas las cosas del mundo.

No leerás la vida que volteá en mis manos,  
no podrás adivinar la tarde en que te inventé,  
ni los versos que rompen la noche,  
y que morirán poco a poco en mis manos vacías.

## CAPÍTULO XI



### EL SUEÑO DEL INDIO MAXIMILIANO LUKANO

Maximiliano Lukano Nupan, no era ni joven ni viejo, de piel oscura, nariz puntiaguda, ojos rasgados, estatura baja; solterón, sin compromisos a la vista. Aprendió o le enseñaron a vivir el amor al día, negándose a recordar los momentos tristes, y los felices los asumía con indiferencia, con el fin de no sufrir. El desechar el dolor es común en los humanos, excepto en los masoquistas que lo gozan. Lukano procuraba recordar todo menos el amor. No guardaba una historia de traiciones, ausencias y celos. Tampoco se esforzaba en recordar los momentos en que transitó la felicidad, con la intención de no sentir nostalgia. Quería que nada lo afectara. Vivir el presente con una especie rara de amnesia disociativa del amor. Decía que no conocía el amor, que todo le era novedoso. Necesitaba enamorarse de nuevo en cada oportunidad que conocía de cerca una mujer. Gozaba lo que podía, huía ante el primer asomo de sufrimiento y pretendía olvidar todo con precisión milimétrica. En general era un hombre solitario, en Tasnaque nadie lo esperaba.

A Maximiliano Lukano lo educaron en el imaginario católico, en las voces fantásticas de sus abuelos y con las habladurías de la gente, que le dieron la visión alegre y a la vez espiritista del mundo. Un aventurero que recorría lagunas, y montes en busca de misterios, “*de lo que no se le había perdido*” según le repetía su abuela. Un rebuscador de secretos, ese era Lukano, y los encontró en los sueños.

Soñaba unos indos que revelaban cosas, que no se pueden decir en voz alta. Una de esos asuntos que la ciencia niega es el destino, porque nos creemos libres, dueños de nuestro micro mundo, como si no dependiéramos de nadie ni de los caminos, con la ilusión de ser eternos. Agarrados a la razón de las causas y consecuencias, buscamos salvarnos de lo ilógico. A todo lo intempestivo lo llamamos coincidencia y azar. En su mundo del volcán Galeras, de páramos

y de la laguna de Telpis, Lukano miraba que las coincidencias se repetían habitualmente, y la suerte hacía cambiar el camino de manera cotidiana. Sus compañeros de los sueños le han dejado claro que las coincidencias y el azar hacen parte del destino que nos une con las cosas simples del universo, y lo que llamamos libertad es el modo como nadamos en el estanque, que es nuestro pequeño mundo personal. Lo demás es fantasía política, repetía Lukano. Cuando lo conocí, me contó qué a los guardianes de sus sueños, les preocupaban unas armas viejas del tiempo de La Guerra de los Conventillos.

—Los sueños son la forma de hablar con la gente que duerme en las guacas. Desde que saqué una ollita y un totumo de barro negro, cuando la pala se hundió mientras abría huecos en las plantas de café. Sueño con un niño que me dice, que escarbe en la cafetera, y dos indígenas soñados me cuentan que escondieron en una cueva rocosa, un armamento de los rebeldes del negro Antonio Noguera. Son veinte arcabuces, treinta lanzas de acero, quince espadas y diez florines. Dicen que a ellos los torturó y los mató el coronel Anselmo Pineda, del bando del gobierno. No develaron el sitio donde los escondieron, pagan esa pena, dan vueltas por Tasnaque y en las riberas del Guáytara en busca de un soñador.

» Me habían buscado muchos años. Yo no recordaba sus sueños. Me llaman hermano, y saben la comida que me gusta. Cuando salgo al monte a traer leña, siento sus pasos, sus voces amigas, salen en medio de un viento helado. Me hallo machetes, monedas viejas, frutas dulces, huevos de gallina, que me ponen en el camino como regalo.

» No he ido a sacar ese armamento, porque me da miedo enfrentarme a la enfermedad que produce su antimonio y el alma de esa gente brava. Me instan a ir solo. No se preocupan por lo que haga con las armas, la verdad no sabría qué hacer con ellas. La pelea de mi comunidad es pacífica, paciente, y los comuneros muertos creen que pueden servirnos lanzas, rifles de un solo tiro, que solo caben en algún museo.

» Me he de animar a buscarlas, por pena de esos comuneros, que no descansarán de su loco deambular hasta que alguien las saque. Les digo que no se preocupen, que todavía no es tiempo; se consuelan, no los sueño en varias semanas.

» Cuando reaparecen, llegan mojados y agitados, dicen que vienen de negociar con el Carbunco, ese perro negro y chiquito, que tiene una piedra preciosa en la frente y que es la llave de una ciudad encantada, por los lados del Ojo de Agua, cerca al pueblo de Yacuanquer. Si se abre, los indios hemos de renacer. Me ofrecen la esmeralda o el diamante de ese perro, con el objetivo de abrir ese encanto a cambio de las armas. Me aconsejan hablar con la compañera Teresa Botina, que entiende esa historia. Les digo que todavía no estamos bien organizados, que hay que renacer poco a poco, como un renacuajo hemos de salir del agua estancada a cantar cuando llueva, convertidos en ranas. Les hablo que en el renacer se necesita tiempo y buenas condiciones, me dicen que han esperado siglo y medio y vuelven a dormir por otros días.

» Cumplir el sueño de los arcabuces se convirtió en mi obsesión; además, me daba la excusa para no trabajar como obrero de construcción, la albañilería no fue mi fuerte, no me gusta meterme el cemento en los oídos ni cargar ladrillos a toda hora. Me vuelve el dolor de mi rodilla izquierda, que me recuerda la caída de un andamio, mientras repellaba una pared.

» Ser albañil significa un mejor salario que un jornalero, quizás conseguir una esposa trabajadora, de buena familia, aunque sea fea. De seguir ese camino, estuviera con la mente atrapada en las paredes, en la insignificancia de buscar contratos por obra, pensar a toda hora en materiales, en obreros, y en robar lo que sobre con el objetivo de armar mi propia casa, las paredes son necesarias, pero no llevarse la vida entera en torno a cómo hacerlas o ampliarlas.

» No me da la gana seguir la costumbre de orillar materiales y construir algún día una casa digna, terminar la vida desbaratándola, y armándola de nuevo con hierro usado y pintura renovada, en consonancia con épocas precisas: rosada en los bautismos de las hijas, blanca en las primeras comuniones, amarilla en los grados de bachiller, y con pedazos de todos los colores, sobrantes de los familiares y vecinos, cuando llegue el matrimonio, más pobreza o la vejez. No quiero seguir la vida de tanto pobre suelto que hay en mi resguardo.

» A los ojos de la comunidad, soy un vago, que busca hacerse rico a costa de los antepasados. El único oficio que quiero ejercer es la rebeldía, y recuperar nuestro derecho territorial, despacio, por pasos, como lo hace la rana.

» Quiero encontrar los fierros de la guerra, y que la gente compruebe que los cuentos de nuestro sufrimiento son ciertos. Los donaré a la comunidad, todos deben darse cuenta que no me amarro al dinero, y quiero que reconozcan que ha servido de algo mi experiencia de guaquero.

» Recogí todo lo que la gente sabía de las guerras que pasaron por Yacuanquer, desde que peleamos a favor de un rey muerto, un tal Carlos V de España, igual en La Guerra de los Conventillos y La Guerra de los Mil Días. Encontré que mezclamos las tres guerras en una; sus anécdotas las armamos en un solo relato, con los distintos héroes y el mismo dolor.

» Mi abuela dice, que decía su abuela que, en tiempos del Negro Noguera, los indios de Pasto se rebelaron en todos lados, porque los tenían esclavizados en las haciendas de los ricos y los curas. Los hacían trabajar de concertos o esclavos de los hacendados. No les pagaban, sino los tenían descuento, y descuento deudas que no habían hecho. Los vendían con las mulas y los aparejos, metían las vacas a las tierras de resguardo a que dañaran los cultivos, así los aburrían para que se fueran a vivir a los páramos de Telpis por el Volcán Galeras. La guerra la empezaron los de La Laguna Seca. Quemaban las haciendas y liberaban a los indios y se comían las vacas de los hacendados. La gente de Yacuanquer les ayudaban pasando armas. Les informaban los movimientos de los del gobierno y se metían de soldados. Peleaban con lanzas de palo, de fierro y uno que otro arcabuz.

» Un teniente o coronel del gobierno, un tal Anselmo Pineda, dizque hizo mucho daño, torturaba, y perseguía a los indios, les decía que eran ladrones, cuatreros, contrabandistas de armas del Ecuador y unos muertos de hambre, que peleaban por comida robada, carne de mortecina, que solo merecían la muerte, que no eran dignos de pelear por la Iglesia, que Dios los iba a castigar.

» Los indios no peleaban por la religión católica, sino por las tierras y contra las haciendas. Empecé a buscar las armas, no necesité la media caña de Dimas. Con la varilla, y un detector de metales era más que suficiente, porque no debieron enterrarlas muy hondo, si las iban a usar, la guerra no da espera.

» En un año recorrió en vano todas las fincas en busca de las cuevas que mostraban los sueños. Un año dando círculos como murciélagos. Desenterré pedazos de reja de arados, plata vieja y chatarra sin mayor valor.

» Una tarde me refugié, por la lluvia, en una casa abandonada. Cuando amainó el aguacero, salió cacareando una gallina de unas piedras, fui a ver, por si hallaba una milla de huevos para comérmelos; metí la mano en una cuevita, y allí estaban diez huevos de gallina campesina, de las runas; al recogerlos, se me rodaron tres y se perdieron en un hueco, al querer recuperarlos, toqué un tubo frío. Me puse a cavar, y hallé dos arcabuces, una espada renegrida y tres pedazos de lanzas. Uno de los fusiles no servía, porque estaba destrozado por el óxido; el otro medio ayudaría a espantar pericos en tiempo de choclo o maíz tierno. La espada medía unos 80 centímetros, estaba listica para que la usara don Delio en la pella de marranos, me podía dar por ella unos tres kilos de carne fresca. Los pites de las lanzas se los entregaría a la comunidad a fin de que observaran que siempre pienso en ellos, y no sigan creyendo que era un vago.

» Cavilé que por los fierros oxidados no valía la pena hacerse torturar y entregar la vida, como lo hicieron los pobres indios yacuanqueres de los sueños. Yo los hubiera entregado a la primera petición, sin que me den pata ni bala.

» Me puse a limpiar el arcabuz más bueno. Separé lo metálico de la culata de madera dura, metí las partes en gasolina, lo lijé y no dio resultado. Le eché ácido nítrico, como hacía el Dimas con los cascabeles de cobre indio; en la oscuridad salió un fuego rojo, violeta, un antimonio muy bonito, como una aurora boreal de los fierros viejos de los indios.

» El tal arcabuz medio se limpió; el percutor no servía, estaba pegado al tubo; junté las partes en un costal grande. Cogí la culata con la intención de echarla a la candela, la miré por última vez, y caí en cuenta que tenía un hueco más grande que el fierro del soporte; le metí un alambre, y salió una bolsita larga de cuero con un papel amarillo, carcomido de tanto esperar que lo leyieran. Lo desdoblé despacito, para que no se le vayan a caer las letricas, tenía sellos del rey de España, con su firma, en la letra pegada, la que me enseñó la profesora Matilde Insuasty Portilla, alcancé a leer que don Carlos V reconocía y entregaba a los indios el Resguardo de Yacuanquer, el pueblo de los dioses enterrados, desde el Río Guáytara hasta el páramo de Telpis, incluido Tasnaque, Argüello, Mohechiza, San Felipe e Inantás. Como son las cosas, al cabildo no lo ha querido reconocer el Ministerio del Interior, porque dizque no tenemos historia ni escritura y lo reconoció el imperio español y la memoria communal.

» Ese papel sí valía la tortura, y la muerte de los comuneros de los sueños, justificaba haber gastado varios años al lado del Dimas, y con el mustió del renacuajo Ramiro, así no lo reconoczan los chismosos de mi pueblo.

Las revelaciones de Lukano daban esperanzas a mis deseos de soñar, de encontrar mi mundo detrás de los crepúsculos. Antes de dormirme pensé en la fuerza de los sueños para los indígenas, y en las historias que me contaba mi abuela mientras me envolvía con chumbes y las mantas calientes, sobre la gente con corazón de agua y de piedra, en la suavidad de la roca, y con estos pensamientos me quedé dormido.

### **Piel de roca**

Nada te detendrá ni siquiera el amor,  
quieres quedarte en el corazón de la piedra,  
y te llama el horizonte.

Rompe las cascarras minerales,  
desata el aire revuelto,  
y cuando no haya mundo que perseguir,  
vive en la poesía, en la pura ilusión de las palabras.

Duerme en la roca,  
úntate de su grasa para que no te atreviese la lluvia ni el tiempo,  
juega a la eternidad en petroglifos que hablan de ríos secos,  
de ciudades subterráneas y de cielos bajo el agua.

## CAPÍTULO XII



### REVENDEDORES DE ILUSIONES

En la retroventa de Germán Rosas, se podía conseguir peroles de bronce de hacer helados, repuestos de la máquina de coser Singer de pedal, tabacos cubanos Cohiba, máquinas de escribir Remington de principios del siglo XX, dentaduras postizas de segunda mano con implantes de oro chispiado. Apreciaban que las abuelas llevasen sus relicarios, la vajilla de plata, los crucifijos heredados y los cuadros de santos medievales; varias de esas reliquias y algunas muñecas de mujeres coqueras, las conseguí para algún día regalárselas a Paraskiva.

La fachada estaba adornada con vasijas antiguas en forma de lenteja. La pared tenía diagramas de espirales y revoloteaban colibrís negros. La entrada se constituía en una invitación taimada a que la gente lleve las piezas que rodaban en las mesitas de la sala, los platos y las ollas de cerámica pintada que encontraban los campesinos cuando la reja de sus arados se topaba con una tumba indígena.

El negocio era punto de encuentro de anticuarios y arqueólogos frustrados, que especulaban en reuniones virtuales sobre el arte rupestre prehispánico y las geometrías abstractas de barro cocido.

Cuando llegaban los campesinos con los utensilios, el patojo Rosas indagaba sobre el lugar de procedencia, la fecha del hallazgo, la forma del sitio, los nombres de los propietarios de las parcelas, los números de teléfonos móviles, las posibles casas de acogida de sus exploradores, dirigidos por Dimas.

Enseñaba a los aldeanos a distinguir la cerámica antigua por el olor a adobe mojado y la técnica de pegar la punta de la lengua en el objeto; los hongos con patas de araña, se lo explicaba a gente de confianza, como Ramiro.

El día que un campesino de la vereda San Isidro, en San Lorenzo de las tormentas, llegó con dos narigueras y una culebra de oro a la retroventa, Germán lo puso en contacto con Dimas, y este organizó la expedición.

Germán Rosas contribuyó con buena parte de la financiación y Ramiro puso el producto de la alcancía que su madre doña Teresa llenada con ayuda de los congregantes, destinada a la fiesta patronal de Santa Teresa de Jesús en la Capilla de La Milagrosa. En San Isidro, sacaron otras culebritas de oro, y mucha cerámica pintada de crema sobre fondo rojo. El profesor Pedro Miranda los relacionó con poblamientos en el valle del Patía, del siglo XVII.

Después, se instalaron en la vereda Turbamba; Nicanor Montilla les prestó una casa vieja, por esa solidaridad arcaica que exigía dar cobijo y saciar la sed del forastero; a cambio le cuidaban un galpón de cuyes.

Aunque la familia de Ramiro era muy conocida en el pueblo, con la intención de evitar entrometidos, no llegaron donde sus parientes ni a su vieja casona de barro.

Dimas calculó que a unos tres kilómetros de los petroglifos de La Cañada debía estar el cementerio. Se ubicaron detrás de una gran montaña rocosa, que los lugareños la consideraban morada de una serpiente gigante, convertida en piedra por un mambeador de coca y comedor de hojas de datura. Preguntaron por el terreno más plano en esas alturas, dieron con un lote de 80 metros de largo por 50 de ancho. Nicanor les aconsejó hablar primero con el dueño, Armando Celestino Riascos; al escuchar la propuesta, el amansador de caballos recordó una irrisoria predicción y negoció ir por mitades.

Rememoró a una fumadora de tabaco, lectora del tarot e intérprete de sueños, la vez que le preguntó por un caballo extraviado, y le vaticinó dos veces seguidas que hallaría mucho oro, que sería muy rico. Armando bromeó que lo de rico siempre se lo decían las mujeres. La adivina insistió que el mago de la baraja se paseaba tercamente con el diez de oros en la mano, acompañado de la rueda de la fortuna invertida. Por diez mil pesos de aumento, le informó que el caballo perdido aparecería en el momento que una mujer, fea y flacuchenta tocara la puerta de su casa. A los tres días, la esposa encorvada y avariciosa de un

prestamista llegó a decirle que el animal estaba en una finca suya ubicada en la vereda El Yunga.

Armando aprendió a leer la tierra copiando cada paso que daba Dimas, y no se cansaba de contar a todo el pueblo que, donde metían la varilla de acero, la tierra salía café oscuro, como si la hubiesen cernido antes de llenar el hueco. Hallaron 35 tumbas a diferente profundidad. La bóveda del cacique de barro la toparon en el extremo occidental, cuando hicieron un corte lateral de cuatro metros de profundidad. Dimas rompió la base de la excavación y penetró en la cámara, metió en sus botas de caucho cuanta pieza de oro y tumbaga pudo tantear en la oscuridad, mientras Ramiro distraía a Armando con conversas de que las tumbas estaban vacías, que habían sido saqueadas por los propios indígenas. De otra forma, ¿cómo podía explicarse que la gran olla del entierro secundario número 28 no hubiera tenido oro ni cerámica, solo huesos, mullos de concha y unas pocas vasijas con motivos antropomorfos?

Salió un muñeco de barro, con la seña de haber portado una corona grande de tres puntas, tenía cabeza enorme mayor que el cuerpo, como las figuras de las carrozas del carnaval. Cara ancha que llegaba hasta las rodillas, ojos alargados, que daban la impresión de estar cerrados. Nariz encorvada, con la señal de una nariguera, que debió desaparecer entre las botas de Dimas. Cargaba un recipiente a la espalda que, según Ramiro, era usado para guardar coca molida.

Los guaqueros le permitieron a Armando quedarse con la estatuilla a cambio de un arete de tumbaga, una vasija de cerámica rojo mate, con doble cavidad, brazos y manos flexionadas en alto relieve hasta la mitad, la otra tenía una embocadura decorada con un rostro humanoide. Le dieron un recipiente de color negro, que presentaba rupturas en la boca. Según dijo Germán Rosas, estas vasijas demostraban que en la zona convivían la cerámica Pasto y Quillasinga. Se trataba de una región fronteriza, con lenguas y tradiciones diversas. La mayoría de las tumbas tenían ollas de gente común de color negro, ocre o rojizo, que se las dieron al lugareño que les prestó la casa por su escaso valor comercial.

Cuando sacaban un artículo decorado, los foráneos escogían el de mejor calidad, alegaban la inversión que significaba desplazarse a esas montañas. Así

se quedaron con discos giratorios y cascabeles de tumbaga, con un plato rojizo con triángulos blancos alrededor y líneas serpenteantes de cuatro escalones en su interior, en una base circular tenía una estrella de seis puntas en forma de caracol, dos en sentido oriente-norte y las otras en sentido occidente-sur; la llamaron “estrella de San Lorenzo mártir”. Los huesos descansaban en una losa de piedra, traída seguramente de la peña vecina, aspecto solo registrado en esta zona, según Rosas.

Dada la calidad de los objetos encontrados, le indicó a Dimas Ponce que estaban cerca de encontrar el cementerio de los caciques, lleno de oro como el hallado en Pupiales Nariño. Esta parte del norte de Nariño era de grandes asentamientos prehispánicos poco explorados por otros guaqueros y coincidía con las tradiciones literarias orales sobre la presencia indígena y hallazgos casuales, como las patenas de oro encontradas para el cura por los acólitos del padre Calabozo en las piedras esculpidas del Colegio Sagrado Corazón de Jesús de San Lorenzo de los infieles.

Las labores de búsqueda eran matizadas con tabaco y ron. Ramiro explicaba el aporte de estas hierbas en la comunicación con los espíritus indígenas, lo que permitía pedirles su arte, y ellos eran comprensivos con su labor científica, consistente en aportar nuevas teorías al conocimiento de las culturas y la identidad regional que, decía, las difundiría en poemas y en un libro inacabado, que podía convertirse en la herramienta más completa de la arqueología nariñense, gracias a sus revelaciones.

Para infundir temor a sus paisanos, Ramiro pregonaba que las figuras del cementerio representaban las imágenes cósmicas visualizadas en los viajes con enteógenos vegetales, encargados de abrir la conciencia astral, como el yagé, la coca y la datura, empleadas por los chamanes de la época, que se explicaba con la actual presencia silvestre de esas plantas en la región y por los signos arqueológicos de mambeadores y utensilios ceremoniales, como el muñeco cabezón que tenía la vasija de llevar coca, que posiblemente era un cacique por las marcas de la corona.

Ramiro decía que las figuras mostraban posturas de paseos interestelares. Narraba sus experiencias con el yagé, a través del cual mantenía comunicación

con grandes viajeros como Jesús el Nazareno, y en Pasto, conocía a Jhonier, un ser enviado en una nave romboide tridimensional a crear conciencia celeste entre los humanos. Un ente excepcional, venido de Alfa Centauro, dotado del don de la adivinación y la persuasión, con la fuerza de manejo de esas naves intergalácticas, con la ingesta de yagé en la cima del volcán Galeras.

Contaba que Jhonier había venido por encargo de los seres supremos. La única condición que él puso al venir a la tierra fue vivir sin trabajar. Le dieron a la Juanita, una maestra jubilada, quien lo sostenía, lo alimentaba, lo cuidaba, le daba el dinero del transporte y otras necesidades mundanas, a cambio de sexo y compañía, y así podía cumplir su misión celeste.

Les decía a los campesinos, que lo escuchaban absortos, que él y Dimas fueron comprometidos a desentrañar los secretos religiosos de los antiguos pueblos que poblaron San lorenzo de las curiquingas, antes de la llegada de los colonizadores europeos. Así, ungidos, podían encontrar las tumbas con facilidad. Que a ellos no les hacían daño los espíritus, el mal aire ni la mala hora, y terminaba cada frase con bocanadas de humo.

La verdad es que no necesitaba ligar el cementerio con los viajes cósmicos con el objetivo de que los campesinos lo miraran con temor y recelo. Solo les bastaba ver su inmensa cabeza, su cara roja, sus ojos claros, las piernas y sus manos de muñeco, para sentir temor, por un cierto parecido con los duendes dueños de estos montes y cascadas.

La noticia de los descubrimientos voló por todo el pueblo. Venciendo el miedo a un mal aire o al cuscangue, que es el daño que puede producir el fantasma de un ánima, muchos curiosos corrieron a la casa de Armando, y se sorprendieron con la gran cantidad de utensilios de barro. Hasta el alcalde Homero Gaviria llevó a un improvisado historiador a observar la parte que le había tocado al parroquiano, y a pesar de pertenecer a otra corriente política, tuvo el descaro de comprarle dos vasijas y una piedra de moler granos que decorarían la sala de su casa campestre.

El interés y el asombro de la gente era conmovedor, no creían que ese pueblo escondido en las cordilleras albergara algo que mostrar al mundo. Conmovido,

Ramiro trató de convencer a Armando de impulsar un museo particular, y legalizar los hallazgos en el Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH) y denunciar el tráfico descarado del patrimonio cultural, a fin de evitar que Germán Rosas, llevara los objetos al gringo Kenclase, y que esa información le serviría para negociar con la Fiscalía, dado el caso. Habló con algunos líderes ambientales, comprometidos en defender el arte que salía al sol 1500 años después de Cristo Redentor, y hasta acompañó en vano a un botánico empírico, de la línea de don Miguel Guamán, a realizar una ceremonia con riegos de ruda, cantos a los espíritus del barro, que convocaban al iaia, al fantasma primigenio del muñeco de la coca y de la corona perdida, para que no encontraran el tesoro de los caciques, que con seguridad Dimas sostenía que existía en el pueblo.

Dimas vendió su parte y entregó lo que le correspondía a Germán, quién en la vejez, combatía la hipertensión arterial con ajo, que lo hacía oler a habitante de calle. Decían los guaqueros que daba la impresión de no haberse bañado desde el día de su bautizo, a pesar de que presumía de estudios en egiptología y orfebrería Inca por Internet.

Germán Rosas le mandó las mejores piezas de San Lorenzo de los entierros a Roger Kenclase, quien seguía en la compra de oro y cerámica exótica para armar una colección privada. Advertía que todo lo enviaba a Francia con el permiso del gobierno, así evitaba que le asaltaran su casa. Aunque la verdad es que enviaba los objetos, que pintaba con témpera, por encomiendas, en medio de artesanías pastusas de barniz Mopa Mopa a Estados Unidos y Francia.

Rosas llenaba un formulario que le pedía el gringo. Aburría a los guaqueros que le vendían con preguntas repetitivas sobre el lugar exacto, fecha del hallazgo, la forma de las tumbas con objetos de oro, dimensiones del hueco, descripción de la distribución de los esqueletos con mayor riqueza en el cementerio y otros detalles, que hacían pensar que iba a denunciar los hallazgos.

Kenclase, con su título de arqueólogo, pretendía simular ser el descubridor. Mandaba a los sitios a un grupo de excavadores con su sofisticado detector de metales, cascos de ingenieros, botas blancas de caucho, mapas del Instituto Agustín Codazzi y una cuadrilla de campesinos a su servicio. Sacaba fotografías

y armaba documentales como carta de presentación a los compradores extranjeros.

—Todos mentíamos en los datos que le suministrábamos a Germán por temor a que nos denunciara y huímos de su aliento olor a ajo. Con la falsa ubicación, Germán mandaba a sus secuaces, que iban como gallinas ciegas por los pueblos de Nariño, preparando la llegada del equipo de filmación del gringo; así, cuando los cementerios estaban en el norte, ellos buscaban en el sur. —Le contó un campesino a Ramiro y yo se lo oí al renacuajo en una noche de farra.

En las tertulias virtuales de Germán se debatían los descubrimientos de los guaqueros. Intervenían neófitos y expertos, que aportaban elementos teóricos. De paso, le permitía al gringo contactarse con otros vendedores locales. Se hablaba de las presuntas subastas de lotes del arte prehispánico por prestigiosas firmas parisinas, como M. Argent & Asociados, con el beneplácito de las autoridades francesas.

Por la presión de los ambientalistas y organizaciones culturales, se designó al agente Juan Alexander Marquínez, del Cuerpo Técnico de la Policía Judicial, como apoyo de la Fiscalía Seccional de La Unión (Nariño), para investigar los presuntos delitos contra el patrimonio cultural cometidos en San Lorenzo de la niebla o como se nombre ese pueblo perdido en los brumos de las cordilleras. El investigador se documentó sobre lo básico de la cerámica y orfebrería aborigen, para participar en las tertulias de Germán, disimulaba sus deficiencias teóricas hablando de la colección de Armando Celestino Riascos, y repitió que en el cementerio de Turbamba dialogaban objetos Capulí con vasijas Tuza sin pintar, con alto relieves de figuras antropomorfas, muñecos con perforaciones en el cráneo útiles en guardar coca, sentados en posición de mambeo o masticado de coca. Hablaba de los objetos ceremoniales con motivos geométricos abstractos, de líneas ocre, crema, rojo y negro, que eran del periodo Piartal, heredadas por generaciones.

Al final, deslumbró con las lecturas simbólicas de los platos y vasijas en pintura negativa con base circular de la fase Tuza, lo que lo llevó a la atrevida hipótesis de que el asentamiento era Pasto, que por siglos había cohabitado en un territorio Quillasinga. Al terminar, mostró a las absortas cámaras de los

portátiles una corona ancha de oro de tres puntas, de 24 quilates, con formas humanoides en alto relieve.

A los pocos días, lo contactó Roger Kenclase; negociaron la corona en veinte millones de pesos. El policía le encimó varias cuentas de cascabeles de tumbaga y el comprador le ordenó a Germán Rosas que lo invitara a una cena de celebración en el mejor restaurante de Pasto, incluidas dos damas de compañía.

Un asistente gordiflón de la Fiscalía les repetía a los ambientalistas que la investigación seguía su curso normal. Les advertía lo difícil de recuperar las cosas y capturar a contrabandistas internacionales. Los campesinos se ayudaron con otra ceremonia de súplica a sus divinidades de las piedras. Esto se supo casi en el mismo momento que lo pensaron, en este pueblo las noticias se anticipan a los hechos, los pobladores saben de lo sucedido y planeado tan solo por los gestos de los comprometidos.

Cuando todo parecía perdido, y el tiempo borraba las esperanzas de recuperar los objetos, el renacuajo buscó a Dimas. Se encontraron en una calle de Pasto, en torno a un café, le comentó lo difícil de la situación por el alboroto armado en San Lorenzo de los chismosos, y la tristeza que acarreaba por la venta de las figurillas. Dimas le contó que los objetos se los habían robado al gringo en Bogotá, hacía unas semanas, posiblemente alguien cercano, puesto que no rompieron ninguna cerradura; que él estaba desconcertado, porque el escondite no lo conocía ni su mujer. Aseguró que el ladrón era el policía investigador, que se escondía hace varios días para no darle la parte que le correspondía a él por la corona que le entregó del mambeador de barro.

Impulsado por buenos negocios, Dimas organizó una nueva expedición, reunió el dinero que había ganado con las ventas a Germán. Ramiro entregó las mejores piezas que le habían tocado a los ambientalistas, vendió algunos collares y platos pintados a fin de llenar de nuevo la alcancía de su madre; antes que se diera cuenta del sacrilegio y le echara la culpa a alguna rezandera. Volvió a sacar el dinero del marrano de barro, y se embarcó en la nueva salida de Dimas. Decidieron no hacer partícipe a Lukano, por el temor de Dimas que involucrara a las autoridades indígenas.

Estaban seguros de que hallarían el cementerio de los caciques. Arrendaron por cien mil pesos un lote y lo escarbaron en forma pública en la vereda La Estancia; encontraron varias piezas de cerámica poco decoradas; la mayoría se la dieron a los curiosos y al dueño e informaron a todo el mundo que definitivamente se iban de San Lorenzo de los sueños, porque el yacimiento arqueológico estaba agotado. Volvieron a Pasto a planear la expedición verdadera de guaquier en la montaña La Mesa, sitio en que, según Dimas, estaba el cementerio de los caciques lleno de oro, que el patojo Germán negociaría una parte al gringo, otra que su hermano Clemente la fundiría y vendería por gramos a las joyerías de Pasto, y en el mercado negro ecuatoriano.

Dimas le pidió un adelanto a Germán y Ramiro pagó la remesa, sin dejar a un lado el ron y los cigarrillos. Entrarían sigilosamente por la carretera de Taminango que llega a La Laguna, y de allí al cerro más alto y plano, de los que rodean a San Lorenzo de los aguaceros.

El día anterior a la partida, la mamá de Ramiro se enfermó con una infección urinaria severa y Dimas partió solo; quedaron a encontrarnos en cinco días, dependiendo de la salud de la señora madre.

Dimas aprovechó las circunstancias y viajó el mismo día. Estableció su campamento en la planada del cerro, contrató a un muchachito que le saque el balde de la tierra, y antes que Ramiro viajara, se puso a explorar con la media caña los huecos redondos que estaban señalados. Los túneles circulares tenían entre 10 y 15 metros de profundidad. Con sorpresa observó que la tierra estaba suelta, removida, contuvo el aliento y sudó frío.

En la superficie, los huecos tenían forma de caracol, así que destapó el del inicio, encontró fragmentos de hueso, dos ollas con pintura roja y rayas blancas. Se tranquilizó, abrió el que se hallaba en el centro del caracol externo, la tierra estaba retacada y uniforme, siguió los tubos circulares, encontró dos pilastras que sostenían la tumba. La emoción no lo dejaba respirar. Al final, el túnel se desfondó y halló la cámara, con un esqueleto completo; al lado una enorme vasija de cuello ancho, con micos en alto relieve. Con el fuego de la linterna brilló un metal plateado. Sacó de la olla un collar de spondylus, que tenía la moneda de un dólar ecuatoriano en la mitad, la que acreditaba al renacuajo como cantante graduado en canciones de amor.

—A Dimas le di la lección de su vida, me alejé de las cuadrillas y de las Oficinas, por temor a su venganza. Lo que me permitió volver a organizar mis apuntes, en el desorden encontré otro escrito que seguía con el aburrido luto por la pérdida de la oportunidad de ser feliz con el regreso de Paraskiva de los Ángeles.

### Promesas

Salto en los charcos que olvida la lluvia,  
mi boca se amortigua con los pedacitos de granizo,  
presiento tus labios partidos por los besos frios,  
remendaré la carne rota por el hielo,  
y la dejaré zurcida en tu ventana,  
pensarás que es niebla transparente,  
arrojarás los besos a la calle para que se  
desagüen, y sigan su viaje mojado hasta la mar.

Te quedará mi promesa de ser menos imperfecto,  
complaciente en uno que otro capricho,  
no tendrás las sombras ni los espejuelos de la calle,  
para recordar mis besos,  
tampoco los suspiros que guardan los viejos amantes en un pañuelo.

Aún puedo traerte la lágrima de un cometa,  
un lago celeste metido en un espejo,  
regresar a tu puerta con las lunas partidas,  
y otra sarta de embustes,  
tejidos por la voz alterada de los poetas.

## CAPÍTULO XIII



### ENCUENTROS DE CARNAVAL

El último contacto con Paraskiva, se dio en pleno Carnaval de Negros y Blancos y después, se difuminó en los ríos de las selvas. En las fiestas, la gente se predispone a la fantasía, prima el goce a las buenas costumbres, las historias de amor furtivo, los triángulos amorosos, se vuelven aceptables y se repiten año tras año. Se destapan los cuentos de amantes clandestinos y de pasiones sin freno, como un refrito colectivo de la fiesta; la mayoría cree en la idea de que algo extraño le sucede a la gente en carnaval.

Paraskiva de los Ángeles llegó a Pasto sin avisar, se metió en un hotel barato, me llamó, regresé inmediatamente de San Lorenzo de las ánimas, me contó los avances de su proyecto con las mujeres. Estaba alegre, porque ansiaba que las mujeres jóvenes, las “*shogui sucar*” llevaran la batuta de su pueblo. En el Putumayo las aceptaban según las reglas de las comunidades, había avanzado en el aprendizaje de la espiritualidad Secoya, Inga y Rrom, muy útiles en su vida.

Durante la cena, me dio detalles de su relación con el mundo complejo de su gente, pese algunos problemas internos, a la presión de la guerra y la inseguridad de las comunidades para desplazarse. Acordamos salir en el desfile del 6 de enero, con el propósito de recordar viejos tiempos, antes de que volviera indefinidamente al camino profundo de las selvas.

En la cantina de la Chavela Diaz, Paraskiva iba y venía con botellas de cerveza, allí apareció Malena, y se sumó a la idea de salir en el carnaval, no pudimos decirle que no, todos tenemos derecho de meternos en la fiesta. La silueta de Paraska se contoneaba en el fulgor escarlata de su vestido, acompañado con los colores de las botellas de vino tinto. Olí la vitalidad de su cuerpo embriagado, y me lancé a la última inútil reconquista. Olvidé por esa noche, la decisión tomada en las fogatas montañeras de alejarme definitivamente de ella.

Bailamos en las calles cercanas a mi casa, nos metimos en un closet desordenado, y al cuartillo secreto donde mi madre guardaba los santos coloniales robados por mi tío Juan a las iglesias. Me reprocharon que tuviera al arcángel San Rafael, y a San Martín de Porres con todos sus ratones encerrados sin recibir la luz de una mísera vela.

—¿Qué diría doña Terecita si los viera prisioneros entre disfraces y zapatos viejos?

No me perdía desfile. Antes de irse Paraska, siempre iba al carnaval. Allí nos encontrábamos los dos, con otros amigos de la calle, y con los compañeros de su clan, la “*kumpeniy*”. Los tangos no podían vencerme, escuchamos bachata y tomamos los restos de licor que encontramos, sin preocuparnos de que mamá Teresa golpearía a propósito los trastos. Nos disfrazamos y nos fuimos al desfile del día de Blancos.

Arrastraba una armadura urdida con papel de colores, gateaba a fin de equilibrarme, chocaba con la multitud, y cuando caía el papel mojado, me impedía levantarme de inmediato. La máscara sofocaba; seguía sin quejarme, con la emoción de abofetear con una vejiga de cerdo a los curiosos; esa fue mi oportunidad de desquitarme de la gente; mis brazos cortos dificultaban atrapar, pegar con la vejiga a los descuidados que hallaba al paso; una fatiga pasajera no podría privarme del obsceno placer de perseguir a las personas que el resto del año se burlaban de mi figura.

Me levantaba la careta, mostraba a los niños mis nuevos dientes de oro prehispánico, tragaba aire y el licor que me ofrecían las dos amigas cuando la comparsa se detenía en las esquinas. La máscara tenía una cara de mico con facciones humanoides. Los labios silbadores ayudaban a besar a los músicos, ponerles un gusano de alambre con ortiga. La barriga peluda era enorme y mi estatura hacía más larga la cola, la enrollaba en el cuello de las autoridades, y damas encopetadas que nos miraban. Los genitales carnosos eran el hazmerreír de las pudorosas abuelas que se asomaban a los balcones.

Atrapaba a las señoras viejas y les pegaba con la vejiga por el pecado de la lujuria. La careta tenía unos orificios por los que se asomaban mis ojos, abajo salía la

boca cansada de gritar y beber ron. La máscara estaba pintada de amarillo, pelo café oscuro y rosado de piel.

El resto del disfraz consistía en una tela alborotada que me tapaba la espalda, el pecho y las piernas. El calor era mitigado con agua y alcohol, que las chicas brindaban en cada cuadra. Mi borrachera eterna se profundizaba con el ron.

Paraskiva estaba ataviada con su traje tradicional de gitana, con bata a los tobillos, blusa de encaje blanco, pañoleta multicolor, zarcillos sonoros que le cubrían buena parte del cuello. En el desfile repartía ramitos de romero, leía el pasado y el destino a las personas que se lo permitían.

Al alcalde le dijo que su línea de la vida era corta, lo mataría la fritanga, y el trago barato que tomaba en el bar de la Chavela. La línea del amor indicaba que los encuentros furtivos con muchachas desempleadas, el uso excesivo de viagra le causaría un ataque cardiaco. En la raya de la fortuna estaba escrito que terminaría pobre, por tratar de defenderse de las acusaciones por peculado, estafa y malversación de fondos públicos. La línea de la amistad le aconsejaba hacerse a un lado de los empresarios a los que les había entregado su gobierno. La risa fue general cuando le tiró cinco muñecos de trapo, que eran los hijos que no había reconocido.

Malena se disfrazó de la reina Conchita, con una corona de plástico, un cetro de palo de escoba cubierto de papel plateado, un vestido blanco con encajes y blondas de primera comunión, con el que se había casado mamá Tere. Lanzaba besos, posaba con la gente para fotografiarse, me llevaba como edecán, imitaba desfiles en pasarela, pintaba el cuello de las camisas de los hombres prominentes con su pintalabios rojo carmesí. Los que la reconocían le pedían a gritos besos. Ella les contestaba que estaba comprometida con el Cusillo o mico del carnaval.

La comparsa llegaba a tumbos a los límites de la ciudad, me emocionaba con las carcajadas menudas que nos rodeaban. Al quitarme la máscara de mico, los chicos se mojaban de verme pintorreado con aderezos de mujer. La multitud de niños me siguió hasta la Plaza del Carnaval como si se tratase del Flautista de Hamelin, dedicado a perseguir doncellas, que resultaban ser hombres depilados y maquillados con colores y sombras con pepitas luminosas.

Mi Cusillo tropezó con los ojos castaños con chispas amarillas de Paraska de los Ángeles. La llevé de la mano, ella se dejó seducir por mis cortejos de poeta degradado a payaso de carnaval. En la demencia del baile, me acarició mi larga nariz, hizo más anchas mis orejas, y los restos de mi cabello los moldeó con la perfección de una veterana peluquera.

Malena se emparejaba con piratas y obispos gordiflones, amanecimos en la calle. Nos quitamos los disfraces, y juntos nos fuimos a refugiar de la lluvia y la resaca al atrio de la iglesia de La Milagrosa, ubicada en la Calle Angasmayo. Malena contoneaba sus caderas por el centro del atrio con renovada juventud.

Las invitó a ingresar a la capilla, donde mi madre cumplía labores filantrópicas de su congregación. A veces yo la acompañaba. Sabía cómo entrar sin llamar la atención. Me puse la estola y la sotana que empleaba el cura los domingos. En la sacristía, arreglé una mesa con manteles almidonados. Dispuse en el centro un velón y llené un cáliz con el jerez que tomaba el párroco en cuarentena. En el armonio, interpreté una versión defectuosa de ¡Qué Viva Changó! de Celina y Reutilio, mientras me acompañaba, disimuladamente las acariciaba, y danzaba con la estatua de porcelana de Santa Teresa de Jesús, que fue mi consejera del amor en mis años de juventud.

Brindamos en vidriería italiana. Las copas reflejaban nuestras contorsiones de intrusos sacrílegos, en el reflejo nuestras figuras alargadas cruzaban las piernas, movían los pies en forma lateral, las caderas, y los hombros se batían al son de las notas musicales, las chicas se tomaban de las manos y danzaban alrededor de San Juan el Bautista, le entregaban sus vaivenes. Movidas por la misma pasión que debió llevar a Salomé, hija de Herodías, a pedir la cabeza del predicador nómada del Jordán.

Dejé el armonio y el blasfemo baile se interrumpió. En voz baja, volví a declararle mi amor a Paraskiva, le declamé algunos fragmentos para zurrar su partida.

### **Devórame**

No tengo que imaginarte en los espejismos del sueño,  
te pasearás como una ráfaga de amor aplazado,  
deglutiré los sabores de tu boca,

y tu saliva mezclada con veneno,  
lavaré tu figura en la lluvia que se mete por el tejado,  
me dejaré devorar en uno de tus vientres alucinados,  
tu cuerpo lo tragará todo y hará inocuas las palabras.

Las voces viajarán por los poros,  
molerán las visiones,  
pintaré tu rostro con letras borrosas, así  
no se las comerán las distancias.

La vida en su testarudez todo lo arrastra,  
conocerás la insignificancia del pasado,  
quizá ames renovada y distinta,  
ningún poema podrá detenerte,  
y al final un trago, una canción, un reflejo,  
te llevarán mi recuerdo y no estaré allí para acompañarte.

Largos minutos inventé que me perseguía la piel de porcelana de Paraska. Le acariciaba la boca y sentía que refrescaba mis culpas. En los ojos negros de la Santa del Carmelo entendí los conjuros de su alma, en murmullos escuchaba su voz explicándome misterios del cuerpo, mientras los pasos acelerados de las mujeres danzaban en las pilastras del templo. Tapé con una tela de la sacristía a la santa patrona de la cofradía de mi madre, para que no me viera con su mirada inquisidora.

Me fui detrás de mis mujeres, le quité las pinzas a Paraska, extendí su cabello negro con los mechones rubios que le caían en su cara. En el aire rancio de la segunda nave del templo, la miré con sórdida ternura, la mojé con vino, la gitana me besó los dedos untados de Jerez, acarició mis oídos con soplos, y palabras en la romani chib, subidas de nivel en consideración al escenario sacro. Antes de recoger el vino en sus muslos, a ella se le ocurrió sentarse en padmasana, y recitar una hermosa oración de amor de su gente: “*govo ñamo, yastar ayaches ando bugo ilo*” amigo, te vas, aunque te quedas en mi corazón. Malena le tapó la boca con vino, y en la misma posición, entrelazó las corrientes subterráneas que fluían bajo la nave principal del templo.

Terminé de recoger en su boca la saliva alcohólica, deshice los nudos del encaje de la blusa, ella coloreó sus labios con el rojo carmesí, quité con los dientes los zarcillos de bronce con pequeñas incrustaciones de rubíes heredados. Se detuvo, remojó su boca en la copa y buscó mis labios, en persecución de una remota acumulación nerviosa cargada desde la punta de los pies con la rabia de la profanación.

Paraska, la nigromante, “*tu sayen manusca cai dabarés mistos*” la gran adivina, la lectora de las manos, sé puso la corona de reina de Malena de plástico pintado, los restos de su vestido y otras bisuterías. Así escondió la desnudez, qué frente al altar, semejaba el atuendo de una novia desgarrada en la noche de bodas. Los muslos le llegaban hasta donde las aberturas del vestido lo permitían, mientras Malena llegaba con palabras punzantes mucho más hondo que la piel.

Los ruidos sepulcrales, que bien pudieron ser jadeos, retumbaron en la bóveda central de la iglesia, rebotaron en las columnatas, y llegaron hasta la puerta de entrada, hecha de cedro labrado con santos y demonios góticos. Llamaba la atención la cabeza de un león con ojos desorbitados, la boca abierta, los dientes superiores humanos como caninos cortos; de los inferiores sobresalían dos grandes colmillos, de los que pendía una guirnalda circular, con orquídeas floridas, y hojas gruesas que terminaban en una especie de rabo de ave con punta de acero usada en los golpes de llamada. Los personajes estaban trenzados en una batalla por las almas de los muertos.

El ruido se detuvo en el dintel, allí lo recogieron los oídos de una beata que llegaba a cumplir una penitencia por los pecados del carnaval. Determinó que los ruidos eran el llanto de los demonios chuzados por las espadas de los arcángeles y la lanza de Santa Martha, que a esas horas rondaban en la capilla para perseguir a los engendros de la fiesta pagana.

En un momento de reposo, oímos retumbar los rezos y asustados escapamos por la puerta trasera. Paraska dejó las copas servidas y la botella destapada. Al otro día, las beatas de Santa Teresa, junto a las Esclavas del Señor de la Bofetada, concluyeron que ángeles y santos habían festejado con el fino Jerez de la sacristía la terminación del impúdico carnaval.

A finales de enero, Paraska regresó al Putumayo, se fundió entre las tribus y la poesía y no volví a saber nada de ella, por más que la busqué. Sin comparsa, sin el ruido de los tambores, de regreso a la monotonía daba vueltas en la calle como gallina ciega, detrás de cualquier indicio de su paradero, y terminaba en la banca de los jubilados de la plaza a escuchar las historias de los reencuentros amorosos en el carnaval. Repetía la última frase que me dejó Paraska “*yas hayan volis*” vas y vuelves.

Si no llegaba nadie al banco, sacaba a Friedrich Hölderlin, con el propósito de vencer la tarde. Al final, miraba en los ojos lejanos de Paraskiva el vínculo inefable que tenía con la derrota, y reafirmaba mi escepticismo del amor.

Pasar de la felicidad del carnaval a la cotidianidad no es fácil; un eco de risas persiste en nuestros oídos, y nos da la esperanza que en alguna calle de la ciudad vuelva a sonar la música y se encienda el baile, esa es la ilusión del obstinado carnaval; así nos tiene expectantes todo el año. A mediados de diciembre, los villancicos son el preludio de que un gigante se acerca a darnos un nuevo aliento de vida, a sacudirnos de la muerte lenta que se arma sin tregua en nuestros huesos.

Todos los carnavales me recuerdan a Paraskiva; esperaba volver a encontrarla en un desfile, en las casetas de baile, en una comparsa de barriada, la busqué en las noches, en redes sociales. Perdí definitivamente su rastro.

### **Terco carnaval**

El día se enreda en tambores y gritos,  
te llamo y el ruido impide responderme,  
la voz se distrae en las guirnaldas de los disfraces,  
quiere atarse al aire crapuloso de la tarde.

Le hablo a las figuras encerradas en los poemas,  
para saber si alguien te ha visto,  
si algún espectro del papel ha retenido tu cuerpo,  
delineado por muchos pinceles,  
amamantado por multitud de madres.

Las carcajadas me orientan,  
desfilo con manos prestadas,  
danzo ingravido elevado por la gente,  
te encuentro en las máscaras,  
riéndote con otra cara, atragantada de música.

Extraviada en zapateos y violines,  
te persigo con un amago de baile,  
tu risa rebota en las calles,  
se niega a dejarse atrapar por mi guitarra,  
que convoca el dulce extravió.

## CAPITULO XIV



### EL AMOR SE ALIMENTA CON PEDAZOS DE CUERPO

Una trabajadora de Corpoamazonía comentó a una amiga, que miró a Paraskiva de los Ángeles, en una feria artesanal en Puerto Asís, le dijo que seguía entre indígenas y gitanos que comerciaban con las tribus de la selva. Allá me dirigi. Los paramilitares del puerto me obligaron a regresar a los dos días en un bus de Cootransmayo, porque no tenía cartas de recomendación de gente conocida en la zona. Puse recados en una emisora local, y esperé en vano la comunicación que me diera un contacto. Como en las novelas de cauchería, se la tragó la manigua junto con Malena o no quería ser encontrada. Me resigné a que apareciera en otro carnaval.

Durante cuatro años esperé paciente su regreso, agazapado en la poesía y, evadiéndola en el pasado con esa caterva de guaqueros malandrines. Extrañé su cuerpo, su palabra, el “shaió” o té sagrado hecho de frutas, con leche y hierbas del bosque. Se esfumó, y no volví a oír su voz casi tierna, casi maleva, despedirse con un doble adiós “dicasamén, deblesa” en darduma romaní, la lengua de su estirpe.

Esa fue su decisión, tuve mucha culpa, la asumo con valor. Se fue por ese triángulo amoroso que ella construyó en su beneficio y gusto, y solo me queda decir “tech yatere” que se vaya, de una vez, conforme su alma de “shubly sugar peldaba confure” bella y madura, mujer viajera. No sé si cumplirá su promesa de volver, entre sorbos de café con whisky me dijo varias veces “me a dartute, shuraly amori confure” regresaré a ti mi viejo y fuerte amor.

Una mañana sentí su olor en los jazmines de una aldea sin nombre, pregunté en cada casa, me dijeron que la vieron como quiromante en un circo que había pasado hacía varios meses, con su espectáculo de ilusiones fantasmagóricas.

### **Indiferente**

No escucharás mis palabras descender en tus labios,  
sé quemarás las chistas de tus ojos en las hogueras,  
seré una presencia indiferente,  
la mancha inoportuna en tu vestido.

No me entrometeré en tus días,  
aunque me lo ordene el vino,  
no iré a los sitios donde juntamos promesas,  
no necesitaré buscarte en callejones clandestinos,  
los amigos me contarán cada gesto que hagas por mí.

Nos moldeará la humedad que se mete en las casas,  
beberemos ese aire estancado,  
hasta que seamos indolentes el uno para el otro,  
y puedas fingir indiferencia,  
cuando algún imprudente te pregunte por mí vida.

Pírdete de una vez y para siempre,  
en los enredos de tu magia,  
en el mundo gaseoso de tus conjuros,  
que yo sabré fabricar el regreso del olvido.

La ruptura con Paraska, tuvo su proceso largo, a medida que recuperábamos terreno, se interponía el otro. No soporté más, en un arranque de dignidad o machismo, decidí retirarme. La decisión coincidió con el hecho de que Paraskiva se dio cuenta de mi plan B, y antes que se concrete su reemplazo, aceptó la ruptura definitiva.

Estas palabras cursis de despedida, me hubiese gustado decírselas, en un hipotético diálogo que nunca se dio:

*—No es conveniente mantener un amor construido en la presencia de un tercero, borra el tiempo que perdiste a mí lado. Agradezco tu compañía y nuestra renovada intimidad. Fueron buenos momentos, mientras duraron.*

—*Soy afortunada de haber amado y que me amen. En nuestras vidas, quedará el calor de cada frase artificial que me regalaste. Te amé palabra por palabra. No volveré a sentir tu voz resbalando en mi piel.*

*El amor renació a destiempo, y no me seguiste en mi vuelo nupcial de reina en celo, me dejaste en los rincones mugrientos de tu indiferencia.*

—*Enséñame a no llorar, contágiate tu risa, regálame la mentira de un último encuentro.*

—*Tendrás que dejar tu escudo y llenarte con la imagen de un niño prendido en mi pecho.*

—*Nunca me alimentaré de ti. Qedarás suspendida en las citas que no se cumplieron. Éramos una mezcla extraña de luna de plata, con oropel, y las reacciones estelares fracasaron en el intento de volverme rayo de tu tempestad.*

—*No puede ser semilla de tu felicidad, para otro estaba mi amor. Te borraré de mis contactos, no podrás tocarme con tus palabras.*

—*Fuiste un poco de felicidad. Un solitario papel inconcluso.*

No me es extraña la soledad. Es un vaso de café alicorado que tiembla en mis manos. El deseo de tus palabras. El olor a jazmines con el que te rastreo en los sueños. Un mareo constante producido por las rutinas. La ausencia puedo usarla a mí favor, me ayudará a convertir las venganzas en olvido, y la tristeza en un regreso a las cosas simples, donde me comprometo a recuperar la risa, que dejé en algún canto del carnaval.

No tiene sentido pretender un amor eterno. Todo en el universo es efímero e irrepetible, como dice Borges en el *inmortal*, “cuando se acerca el fin, ya no quedan imágenes del recuerdo, solo quedan palabras”. Anuncia que *todo es precario, porque somos fantasmas frente a lo irrecuperable, a lo que no podemos repetir como simples mortales*. Las pasiones, los dolores los curamos en la cotidianidad, en el rebusque de sentidos elementales, hasta convertirlos en la palabra olvido.

No podía buscar lo que no era mío, lo que no había guardado. La figura de Paraskiva se extravió en letras muertas. Para ocupar mi mente lejos de Paraska, monté proyectos: una peña poética, un taller de títeres y no pude olvidarla del todo.

En mi ejercicio de improvisado promotor cultural no me fue mal. Aunque los mareos me volvieron con intensidad, procuraba hacer un buen trabajo. En un recital de poesía étnica, llegó un poeta indígena con un recado:

—Paraskiva le manda saludos, y esta mochila de fibra de palma tejida con sus manos. Soy su nuevo compañero. Tenemos una hija que va a cumplir cinco años, se llama Sindi Paraskiva. —quedé congelado de una pieza, me demoré en responder.

—Muchas gracias, un abrazo grande, no sabe la alegría que me da saber de ella, y que la niña lleve el nombre del fuego y la intención de ser feliz. ¿Sabe qué pasó con, su compañera Malena?

—Se marchó al Brasil. Se aburrió con la comunidad. Somos muy tradicionales. Dicen que allá volvió a su antigua vida.

—Gracias, muy amable. Más tarde hablaremos de estas mujeres.

Sentí el olor a jazmines en los hilos de la mochila adornada con sapos y mariposas anaranjadas. Los dedos de Paraska, estaban en los nudos del tejido. Al final, se había convertido en una mujer de familia, con un poeta del bosque como esposo.

Me encantaría verla jugar con la niña, qué, dicho sea de paso, tenía el rostro de mi madre. El amor es extraño, se atraviesa en cualquier lugar. Nos maravilla con su novedad y nos regresa al orden social sin piedad.

—Cuando quiera ir, lo esperamos por allá; Paraskiva se pondría feliz

—Gracias, amigo, iré, más temprano que tarde ¡bienvenido!

Después de la primera jornada del encuentro, fui con Guaquiño Cuatindioy a tomar cerveza. Conocí en detalle aspectos de su vida familiar en la selva. Le pedí el favor de llevarle a la pequeña Sindi Paraskiva un collar de spondylus rojos y blancos, con una pequeña ranita de oro antiguo de 24 kilates.

Un viejo conocido de Las Oficinas de los guaqueros, que nos observaba desde hacía rato, se acercó a la barra, saludó con mucho respeto, nos brindó un trago de aguardiente, y me llamó aparte para contarme la difícil situación de Dimas. Se encontraba recluido desde hacía varios meses en el hospital, como enfermo terminal. A los dos días despedí a Guaquiño sin escatimar gastos a fin de alagarlo y me fui a buscar a Dimas.

Los hospitales son tétricos, en sus salones se baten la esperanza con la muerte. El escenario se llena de enfermeras que corren, familiares de los pacientes que gritan, batas blancas envueltas en el vapor del hipoclorito. El que entra en sus salones termina convencido de la imposibilidad de vencer la fragilidad humana.

—Haga un esfuerzo por sentarse que, de pronto, hoy vienen a visitarlo.

—le dijo una enfermera. Dimas no mostró el menor atisbo de atender la sugerencia —. Voy a tener que bañarlo en la cama, debe estar limpio en el cambio de turno.

Sin ánimo, se sentó y esperó a que la enfermera lo metiera en la ducha fría, le sobara el jabón con una esponja que se deslizó con la lentitud de una lija por todo el cuerpo. Dejó que le pusiera una bata verde, lo metiera en la cama, le colocara la cánula nasal conectada por una manguera al tanque de oxígeno. Le revisó la canalización, y le puso en su estómago las ocho unidades de insulina glutinina antes del desayuno.

El día transcurrió lento, como los anteriores. Si dormía, lo despertaba el chuzón de la lanceta que buscaba la sangre de la prueba de glucometría, la medición de la oxigenación y la toma de la tensión arterial. El control de la glucosa no le ayudaba mucho con él cáncer. Miraba atento el aparato en espera de que se estabilizara y le dieran de salida.

Anhelaba meterse con su tanque de oxígeno en la casa familiar, con la esperanza de alucinar con Carolina su ex esposa. Ver a sus hijos pequeños jugar con barquitos de papel, en el patio en medio de la lluvia; reconocer el espectro de alguno de sus compañeros de farra y guaquería. ¡Hacía tanto tiempo que no soñaba! El hospital no era un buen sitio para meterse en el mundo revelador de los sueños ni permitía evocar las cosas extraviadas en la juventud.

La enfermedad era como una borrachera dura, de la que a veces despertaba con alas de los colibrís; miraba la naturaleza pura en los pequeños malabaristas del aire, que perseguían el milagro de las flores moradas de las gloxíneas, que observaba desde la ventana del cuarto 101 B. Sentía incrédulo la fuerza de los pequeños viajeros de plumas tornasol y escuchaba los consejos de la enfermera vieja.

—Don Dimas si la religión no lo apasiona, por lo menos trate de fluir con la enfermedad, no la enfrente, aprenda a convivir con ella, porque es suya como su esposa de la que no puede divorciarse.

—Bueno, qué esposa tan molestosa.

La enfermera le llevaba galletas a escondidas y uno que otro dulce, por esa simpatía a veces pensaba en sus palabras. Remar en la dirección a la enfermedad, fluir con ella, entenderla, negociar con el dolor, volverse amigo del cuerpo. No navegar en contra de la quimioterapia, salirse de esa batalla campal con los fármacos, y las células que infectaban los pulmones, el páncreas, y que finalmente ganarían. Estaría complacido de morirse pronto.

Fluir la enfermedad significaba caminar hacia la muerte, tener la oportunidad de librarse de la rutina de vivir por vivir, sin ilusiones futuras, sin recursos, sin aventuras. No tenía amigos con quien hablar de la vida vivida o inventar historias que nunca ocurrieron, para no caer en la soledad de la vejez.

Correr hacia la muerte, por allí andaba desde que lo dejó su mujer. Sin el tesoro de los caciques. La última Oficina cerrada. Sus socios de guaquería encerrados en sus casas. Se quedó solo con los huecos y sus falsedades, tragado por la tierra. Los espíritus que se meten en las calaveras, maldijeron el oro de San

Lorenzo de los trashumantes, y solo les tiraban ocarinas, porque pretendían seguir danzando en la otra vida.

Al noveno mes de hospitalizado, apareció como un ángel la figura borrosa de su hija Zoraida. Supo que era ella, y no una visión producida por los mareos arrítmicos, cuando miró la forma de una media luna en el anillo de oro en su mano izquierda. La alegría fue inmensa, hasta se atrevió a sonreír, y se sorprendió de que aún tuviera dientes con que mostrar su emoción. Le contó de lo crecida que estaba su nieta; se la hizo conocer en las fotos que cargaba en el teléfono móvil. Se sintió reanimado, estuvo a punto de decirle que la extrañaba mucho, pero un profundo ardor en su abdomen se lo impidió, y casi con lágrimas, le pidió a su hija que volviera otro día, porque no se sentía bien. Lo llevó al baño, que compartía con otros pacientes, lo aseó, le lavó las piernas con agua y jabón, le cambió el pañal, pidió una bata verde y lo subió a la cama. Prometió llevar a su nieta, a él se le escapó una lágrima.

Mientras limpiaba con ternura las piernas escuálidas de su padre, recordó la vez que los llevó al parque a comer algodón de azúcar y le mintió:

—Qué piernas tan llenas de vellos y músculos, ¿cuántas cascadas y valles con flores amarillas de diente de león habrán recorrido? Por segunda vez en un día, hizo un amago de sonrisa. No contestó. Ella miró sus ojos, con el interés de encontrar imágenes de caminos, y fortalezas de piedra que su padre había pisado, pero solo halló siluetas difusas, casi muertas en el vano intento de reencontrar la vida.

—Gracias por bañarme.

—Cuando éramos pequeños, nos llevaba a bañar a los riachuelos de Tangua; ahora le devuelvo el favor, y le traeré a mi niña.

—Fui egoísta con ustedes, no conseguí nada, solo me divertí de pueblo en pueblo, detrás de una ilusión que no se hizo realidad, como toda quimera. Quise engañar a la vida y me engañé yo mismo, como tenía que ser. Me volví invisible, innecesario.

—No se preocupe por la miseria ni por la riqueza que no logró, siempre lo entendí y lo respalde, creí en sus locuras. Descanse, pida resignación al cielo, si alguna vez creyó en algo divino.

—Mijita linda, le agradezco que me haya apoyado, esa fue su forma de quererme. Mi cuerpo es el que decide, yo solo le hablo, está más allá de la biología, es nuestro diálogo con él mundo. La enfermedad es la forma como el cuerpo habla, quiero escucharlo y por su intermedio oírlo todo.

Ahora que vería a su nieta sintió deseos de seguir vivo, de cerrar los ojos y despertar curado del cáncer, de la diabetes, de la pobreza, de la vejez. Con una sonrisa que no pudo salir de su boca, pensó en las ironías de la existencia, hace unos días le rogaba a su cuerpo que lo dejara entrar rápido a la muerte, y hoy le pedía más tiempo, quería una oportunidad con Zoraída y su nieta. Si pudiera separar el respiro de la muerte, viviría un poco más. La muerte es autónoma, no gira al mismo ritmo de la vida y el cuerpo. Su aliento se apagaba, poseído por la alucinación del final, que era él mismo. Con su cuerpo esquelético, doliente en todas partes, la enfermedad era la manera como la vida le hablaba sobre sí misma y sobre la muerte.

Cuando por fin pudo armar una mueca de risa se quedó dormido, y no su supo si rio despierto o en los sueños. Soñó que viajaba entre destellos blancos, que trataban de aplacar sus sombras, se sentía cómodo, porque le daban seguridad. Una niña parecida a Zoraída con alas azules lo llamaba, pensó en lo raro de ese sueño, porque no creía en los ángeles, y estaba dormido para que el cerebro inventara las visiones irreales de los moribundos. Pensó que sería un efecto de la abstinencia de la morfina. Por fin, se rio fuerte de sus pensamientos soñados y despertó en la sala blanca.

A la semana llegó Zoraída con su hijita Diana Catherine a visitarlo, en la portería le informaron que no estaban autorizadas las visitas de menores. Una trabajadora social le comentó que no era conveniente que la niña lo viera en el estado en que se encontraba. Volvió a sentir impotencia, y el abandono que le causaban los viajes de su padre durante sus exploraciones infructuosas.

Llegué al hospital con la intención de visitarlo. En la entrada me encontré a Zoraída en una acalorada discusión con el portero sobre la importancia de que

la niña conociera a su abuelo. La llamé, me presenté como un conocido de su padre, en el tiempo de la guaquería.

—¡Ahhh...! Le gustará verlo. El cáncer se lo come vivo, entre usted, por favor, no puedo dejar aquí sola a mi chiquita.

La mujer miró mis dientes de oro y me siguió con curiosidad hasta que el ascensor cerró la puerta.

—Hola, Dimas, soy el renacuajo; vengo a visitarte.

—¡No pensé que tuvieras el descaro de venir!, pero, ya que estás aquí, no tengo ánimo de discutir sobre el pasado.

—Solo vine a saludarte, a charlar un poco y a ponerme a tus órdenes, por si necesitas algo.

—Necesito que me des mi parte del cementerio de los caciques de las montañas de San Lorenzo del cielo verde, para pagar mi entierro, y que Zoraidita monte una peluquería.

—Como todo el mundo supo, el tesoro lo tiene el Museo del Oro, del Banco de la República.

—Mentiroso, mal nacido, a ese pueblo bandolero, fui a repelarme y a maldecirte. En el maldito museo no están, las patenas, estrellas con olas de seis puntas, mullos, conchas y ocarinas con micos de oro rojo de 24 kilates, que encontraste. Fuiste el peor malandro, me traicionaste, como era de esperar de un enano contrahecho como vos. Me da consuelo saber que no pudiste quedarte con todo.

—Tranquilízate, todos perdimos porque anduvimos detrás de lo que no nos pertenecía. Preocúpate de cosas espirituales, que te ayuden a sanar.

—No tengo sanación. Quítate ese embeleco de la espiritualidad, de iglesias y religiones. De tanto entrar y salir, de este sucio hospital he aprendido que somos biología indomable, lo que no cambia el cuerpo nada lo podrá hacer. Esta

enfermedad es una manifestación de la vida, quiero escuchar sus vibraciones y no tus lloriqueos de enano acomplejado. Ahora no importa mucho que seas traidor o un agente la ley encubierto como guaquero, me arriesgué contigo y perdí.

—Cálmate, te puede hacer daño tanta agitación; será mejor que me vaya. No te preocunes, Zoraida recibirá el dinero para montar una amplia peluquería, con todos los juguetes. Tendrás un buen entierro, con músicos que te cantarán en tu propia tumba las baladas de Nino Bravo y Camilo Sesto. En la segunda naveta de tú mesita de noche, le dejo un detalle, una pendejada a la hijita de Zoraida, dile que me busque.

Dimas arrancó con los dientes el papel escrito que envolvía el regalo y miró un pectoral dorado, labrado con micos entrelazados por la cola y una estrella de seis puntas retorcidas como olas, y amagó una sonrisa que no pudo terminar, porque el dolor del vientre se lo impidió. No tuvo fuerzas ni tiempo de morder o raspar el pectoral, y darse cuenta que se trataba de una imitación en cobre, bañado con una amalgama de plata y oro de baja calidad, que Ramiro hizo moldear y bruñir con las hábiles manos de su hermano Clemente Ponce para la ocasión. En el piso de baldosa blanca quedaron los pedacitos del papel donde Ramiro escribió su despedida, que nadie se molestó en recoger.

### **Merodeadores**

Ignorantes de los laberintos de la suerte,  
no podremos fundirnos con las puestas de sol,  
flotaremos en las lluvias de octubre,  
seremos polvo en un cementerio cualquiera,  
nadie nos tirará un discurso de despedida, nos  
faltarán flores y un improvisado epitafio.

Sin un amor no garabatearán un lloroso poema,  
nadie nos consolará en la derrota,  
ningún pelafustán recitará el fragmento de una plegaria, los  
dioses no suelen escuchar la súplica  
de los perturbadores del destino.

## CAPÍTULO XV



### NUBES EN GAMA VIOLETA

Después del entierro de Dimas, se fue a San Lorenzo de los ocasos rojos. El primer día el cielo estaba azul sin mayores nubes, los vientos las escondían en las montañas, y en las hondonadas del río Juanambú.

Al caer el sol del 10 de agosto, Ramiro miró una lucecita roja estallar en el firmamento, consideró que era una de las perseidas, llamadas las lágrimas de San Lorenzo y se fue con su cámara a perseguirlas en el atardecer. El azul se tornó rojo, una nube escarlata que salía del río la partió, un rayo amarillo formó una ventana anaranjada, en su interior navegaban nubosos veleros, que se borraban al tratar de salir del ilusorio cuadro. Fuera de la ventana todo era verde oscuro. A las nubes les permitieron subir al cielo, la lejanía se tornó violeta. Las siluetas de los árboles dejaban ver las montañas azulosas, que según dicen rodean a Sotomayor. El volcán Galeras apenas era un punto en el horizonte.

Un galeón inmóvil, navegaba un espacio también muerto, en un puerto deshabitado que cambiaba de forma a medida que la ventana se expandía. La noche era nueva, necesitaba despegarse cuanto antes del sol, y llevar ese mundo rojizo a las sombras, desafiadas por los cachos de una luna propicia para los conjuros. La luna solitaria encima del galeón lo commovió, parecía una estampa, pintada con acuarelas y con pedazos de nubes y de sol.

Su mirada penetró por un ángulo de la hipotética ventana. La niebla lila parecía rodearlo a propósito, sintió que lo elevaba, que lo arrastraba al mundo mezclado con colores vivos. Dentro del cuadro no encontró las figuras mitológicas que lo atormentaban desde los relatos infantiles. No miró las ciudades de cuarzo ni los monumentos de piedra adornados con oro y mármol, armados por los ojos ciegos de su abuela Ana Julia Burbano.

Recordó las culpas, que le impedían levitar. Meterse en el crepúsculo no era diferente a entrar en los sueños, solo que este mundo estaba lleno de colores violeta y no se miraban fantasmas. Recitó en voz alta una plegaria de las del indio Maximiliano Lukano, qué en San Lorenzo de las tinieblas, nadie se molestó en descifrar, ocupados como estaban en la algarabía de la fiesta patronal al santo mártir. Se sopló a sí mismo para que la niebla púrpura penetrara en su cuerpo, que cambiaba de color junto a las mutaciones de la tarde. El pecho se le henchía de alegría, no necesitaba aire para vivir, sorbía esa sustancia gaseosa color rosáceo que salía de la mezcla de niebla y luz moribunda.

Dicen que la niebla se forma en las aguas calientes del Juanambú, sube por las cañadas de la antigua quebrada de la planta eléctrica, cubre las montañas que se la atraviesan, y se mete en el cementerio a llenarse con ese aire rancio que botan los muertos al convertirse en tierra. Avanza hasta los patios de las casas, y todo el pueblo queda cubierto con ese vapor blanquecino que moja las camas y las pestañas de la gente.

Ramiro salía cubierto por la niebla a pulsear los sitios, donde alguien decía haber escuchado ruidos extraños. Miró las llamas azulosas que producen las sales de plata cuando se encuentran con el aire en la oscuridad. Los vecinos del Alto de la Peña, periódicamente soñaban con un indio que les señalaba un terreno plano en medio de flores amarillas de diente de león, tenía un tocado de plumaje azul de guacamaya. A veces, miraban a una anciana que les entregaba una olla llena de oro. Al despertar, nadie se atrevía a escarbar la tierra, porque se enfermaban de cuscangue que es el aire de los muertos y de migrañas insoportables, señales inequívocas de la presencia de una guaca prehispánica o entierros de plata. Allá llegó el Renacuajo Ranido con el detector de metales y la varilla. Al introducir el acero en la tierra, sus manos se amortiguaron. Un cosquilleo le corrió por el cuerpo. Su cabeza le dio vueltas. El mareo no le dejó continuar con su faena de perseguidor solitario de las fortunas, que no había trabajado ni guardado.

El pecho le oprimía los huesos. Su cabeza estaba hueca, podía escuchar las voces lejanas de la gente al caer en ese eco vacío y no retenía los mensajes. En vida doña Teresa de Jesús lo llevó a cuanto curandero local conocía. Don Miguelito Guamán hombre cristiano, conocedor de plantas curativas, y amigo

de la moribunda madre, lo limpió varias veces con anamú, ruda, altamisa y flores olorosas de gallinazo; concluyó que recuperaría la sensatez el día que saque el entierro y rompa el hechizo del espíritu de las guacamayas azules, conque algún sinchi sabedor, traído de la selva caliente lo había contaminado.

Al morir su madre estaba más perdido que antes ni siquiera la acompañó a su entierro en la ciudad de Pasto, todos consideraron inconveniente informarle.

Cuando empezó a hablar solo, y a no querer salir a la calle, concluyeron que estaba perdido “desmentizado” lo llevaron al psicólogo de la empresa de salud de San Lorenzo de los desahuciados, de allí lo remitieron a Pasto donde un siquiatra, por consulta externa ordenó internarlo. De nada sirvieron las pastillas de trimipramina, y las gotas de agua carmelita con pasiflora que le daban las señoras rezanderas, cada día se enredaba más en las pesadillas diurnas, y perdió paulatinamente el sentido de las cosas.

Pasó de la rabia a los conocidos al mutismo total. Lo internaron en el hospital siquiátrico San Miguel Arcángel de Pasto, en la unidad que compartían los enfermos depresivos y dementes. Empezó a delirar. Las voces que oía retumbaban día, y noche con idénticos mensajes, hablaba con las paredes. Por momentos, miraba cosas que nadie más podía ver.

El doctor Castrillón psiquiatra de planta, diagnosticó que se encontraba en la fase psicótica de la esquizofrenia. Cuando creía haberlo estabilizado, se metió de nuevo en el mutismo absoluto, en una especie de demencia severa, que le impedía razonar y comunicarse. La combinación de patologías lo hacían inviable para la recuperación inmediata, y se limitó a ordenar terapias cognitivas, suspender el tratamiento electroconvulsivo y aumentar la dosis de calmantes.

Respondía con agresividad ante cualquier intento de comunicación con él, a don Anastacio y a los enfermeros les repetía la frase “*maldito indio azul*”. Su diálogo con el indio azul, empezaba con la misma maldición.

—*Maldito indio azul, no le tengo miedo a tu magia ni me asustan los rezos, con qué haces temblar las paredes.*

—Te daré las voces y podrás comunicarte con los ríos. Guardo en la tierra las frases que mando a tu cabeza, así viven en ti espíritus de boas y te llevan al mundo de los sueños donde hoy vives, sin pensar en los vivos.

—No podrás conmigo, porque soy creyente de la Santísima Trinidad y tengo sangre de bandoleros conservadores en mis venas.

—No te resistas, déjate llevar, te enseñaré los misterios de las pinturas antiguas. Podrás hablar con los peces, subir el agua de las cascadas, dormir en cavernas iluminadas por esmeraldas, y aprenderás a desdeñar el brillo del oro y la estúpida razón de los mortales.

—No quiero que me vea la gente como un miserable loco.

—Ellos son los anormales, unos pardoseros de la banalidad. La ambición y la envidia los carcome como gusanos en la carne abierta.

—¡Quítame los gusanos, deja que mi cara siga como está, maldito demonio, pervertido!

—Cálmate payaso, que nadie puede oírtte.

—Toma mi mierda, este es mi homenaje a tu presencia. —Ramiro cogía sus excrementos y los lanzaba a todos lados para dar con el indio azul.

Continuamente los encargados de vigilar la unidad, lo arrancaban de las pilastras que abrazaba, lo conducían a la enfermería, le aplicaban 5 milímetros de benzodiacepina, lo tiraban en la colchoneta de su cuarto, le quitaban la ropa, los peines y los cordones de los zapatos. Se defendía y cuando no podía vencerlos, les lanzaba sus heces en la cara, buscaba la boca para callar al indio azul y tenía buena puntería.

Cuando despertaba, una voz le decía que entre más se resistía, le aplicarían más calmantes que lo convertirían en un zombi, un remedio de ser humano.

Desayunaba en su cuarto con barrotes, tenía una bacinilla o pato donde hacía sus necesidades fisiológicas, si estaba calmado. No tenía luz eléctrica ni agua, solo el penumbroso encierro.

Gritaba al enfermero, le decía que se sentía bien, que lo deje salir un rato al pabellón, para estar con los otros enfermos. A los pocos días lo dejaban salir, el viejo Anastacio lo llevaba de la mano al baño, le echaba agua en la cabeza y le obsequiaba sus desgastadas frases de consuelo.

—Mijo, pórtese bien, sino le meten inyecciones, lo bañan con agua fría y lo encierran. Haga de cuenta que está en otro planeta, lo mirarán como un ser extraño, y esa es su fortaleza, todos les tienen miedo a los extranjeros. Lloré, zapatee, grite cuando este encerrado, allí no lo escucharán, y con el tiempo creerán que se ha curado.

Pensó que no dependía de su decisión, que el indio azul lo atacaba con sus poderes. Estiraba la mano, y dominaba su mente, lo metía en el otro lado, allí la cosa era distinta, porque encontraba a otra gente, otras ciudades, y templos gobernados por locos, que deseaban comer su pellejo.

—A nadie le cuente lo que vea, nada de ese indio azul, creerán que se le rayó el disco del cerebro, más bien quédese callado.

El viejo le regaló un chocolate, y se fue a calmar a otro paciente, que creía que seguía en la calle, y le robó los zapatos a un jovenzuelo recién ingresado. A los encargados del pabellón, les interesaba que Anastacio haga su trabajo: calmar, alimentar, consolar, consentir y asear a los enfermos del pabellón Santa Lucía, a cambio, le permitían seguir hospitalizado, en la calle no tenía nada, nadie lo esperara.

Al principio, un primo lejano visitaba a Ramiro, cuando empeoró su condición, prohibieron temporalmente las visitas, con esa excusa nunca más volvió a preguntar por él, y asumió el deber su amigo Maximiliano Lukano Nupán, del vecino pueblo de Yacuanquer.

Con el objetivo de ayudar a los “desmentizados” las buenas gentes de San Lorenzo de los piadosos, organizaron un bingo para conseguir fondos y cumplir los copagos de las EPS de salud, comprarles útiles de aseo, ropa y medicamentos que no les cubría el plan obligatorio del gobierno. Cada mes una rezandera de las legionarias de María llevaba lo necesario, realizaba los trámites con el propósito que continuaran hospitalizados, visitaba a Ramiro, y a los nuevos pacientes que llegaban del pueblo con los mismos síntomas. Ramiro enviaba con la señora congregante mensajes cada vez más confusos a los pobladores del pueblo de la niebla morada.

—Dígales que no se preocupen por mí, que yo me fui al otro lado. No permitan que nadie busque el tesoro de los caciques antiguos, si lo sacan el pueblo se consumirá en la locura total.

—Consuelo hijito, Dios te proteja, en el pueblo no nos olvidamos de ustedes.

—Protéjanse mientras puedan. Su fin se acerca, el vacío rondará en sus cabezas hasta hacerlas estallar. Huyan del maldito indio azul, dejen solo a ese pueblo de locos.

El vértigo se hacía permanente, solo en sueños el mundo dejaba de darle vueltas. Comía en forma mecánica; cuando lo visitaba Lukano hablaba en forma fluida, con Anastacio traficaba algunas palabras al día. Metido en el silencio, aumentaron las voces internas, y se sepultó en el mundo de sus creaciones mentales.

Para llenar su historia clínica y justificar de alguna forma el pago a la Empresa Promotora de Salud, le diagnosticaron trastorno mixto de demencia, con cuadros tardíos de esquizofrenia.

Al principio los compañeros menos graves de la unidad huían de su furia y su olor a excremento, después se reían de sus incongruencias. Con el paso del tiempo ya no les importaba las gesticulaciones ni sus peleas imaginarias con el indio azul.

Desde que Maximiliano Lukano empezó a visitarlo, le aconsejó que traté de hablar con el indio azul que no lo desafié. Ramiro mejoró considerablemente. En forma clandestina el indio le rezaba y le soplaba en la cabeza agua florida con los tubérculos de guaira chundur y cucu chundur, pepas olorosas que sacan el mal aire y los mismísimos demonios, las llevaba escondidas en un frasquito diminuto que metía entre sus calcetines. Los enfermeros se percataron del hecho, por el olor a menta que quedaba en Ramiro. No pusieron reparo, porque todos venían de algún ancestro Quillasinga y sus madres, los habían curado con esas mismas hierbas montañeras.

Un día le dio a Maximiliano Lukano una sarta de reflexiones sobre el destino, que lo dejaron complacido de su mejoría.

—He acumulado muchas derrotas en línea y una que otra alegría, que me devuelve la confianza, me dice que este momento de la vida se ha salvado. Mañana todo empezará de nuevo. Una amiga que encuentro después de muchos años de no saber de ella, me trajo la noticia de que un conocido superó el cáncer. Tengo una invitación a comer inesperada, con unos billetes olvidados en una vieja cartera. Todo empieza a sentirse, ella me prepara para una derrota mayor. Ese subir y bajar no es rutinario, es novedoso, commovedor. Pone en juego nuestro ingenio, me llena de acción y de esperanza.

» Nadie mayor puede decir que la vida le sonríe siempre o que todo es tragedia. Esos altibajos nos muestran que como animales de manada, necesitamos de los otros y la idea es que alguien también nos necesite. Lo que llamamos destino, mi querido Lukano, son los caminos que escogemos, a los que nos llevan las relaciones con los otros, los que nos marcan las circunstancias, porque nos decidimos tarde.

—Entonces, ¿crees en el destino como obra de una fuerza misteriosa?

—Creo que el destino es obra de las relaciones interpersonales, así los interlocutores sean fantasmas.

—Me alegro por ti, que hoy no te gobierna la magia sino la amistad con fantasmas.

Ramiro siguió con la mirada, un ave negra, que atravesaba el cielo descubierto del patio central y se habló en vos alta a sí mismo, ignorando la presencia de Lukano.

— *Indio azul, me ganaste, ahora estoy derrotado por tu brujería. Enséñame todo lo que quieras, y después déjame morir, que merezco borrarte de mi cabeza.*

El cacique aparecía en sus visiones con un esplendoroso vestido azul, y tocado con plumas de guacamaya, se sentaba a hablar en un asiento dorado, a la manera de un trono europeo. Intercambiaban palabras como viejos conocidos.

— *Más allá de la materia está la fuerza, que no obedece a las leyes de la gravedad, de la masa ni del movimiento, más allá de la vida está la vida.*

— *¡Bribón!, más allá de la materia no puede haber vida, lo que dices es banal poesía, ¿de qué te sirve mi insignificante existencia, por qué te amarras a mi cabeza?*

— *Quiero curarte de la ambición, y de todos los defectos que degradan a los humanos.*

— *Muchas gracias, ¿de qué me servirán tus enseñanzas si estoy loco?*

— *No estás loco, la gente te ve así porque piensas distinto. Tienen miedo de que seas diferente: sabio, descuidado, contrario a su normalidad de rebaño.*

— *Enséñame, y permíteme regresar a mi mundo, cuando haya aprendido. Dame cantos que preserven la eternidad en los objetos, oraciones que hablen con el viento, rezos que borren el tiempo, y otras cosas que no pueda repetirles a los mortales, porque se le estallaría la cabeza, si las escuchan.*

Sin sentir el vértigo cotidiano, sorpresivamente, respondió al enfermo que lo saludó en presencia de Lukano, que decidió finalmente irse sin despedirse, y emergió a la unidad psiquiátrica Santa Lucía, el mundo real que ya no salía de su cabeza.

— Buenos días don Israel, que pena verlo así, permítame darle una vuelta en su silla de ruedas.

— ¿A este que bicho le picó?, ¿dirás que te curaste, enano de medio pelo?

— Nunca he estado enfermo, estoy en un proceso de aprendizaje del pensamiento de la gente antigua, de reyes que amasaron en las palabras las vibraciones del tiempo. Como le parece don Israelito que los seres tienen entierros de máscaras doradas atadas a una lava verde que recorre la tierra, y enloquece a la gente que ambiciona su oro.

— Vea pues, ¿porque no me traes esas máscaras, así dejaré de robar la comida, en esta cárcel con enfermeros?

— No puedo, se enloquecería más usted, y toda la gente que vive aquí y en Pasto.

— Vea hombre, entonces, al negro Marcial se le va a duplicar la esquizofrenia. Juan cuando salga cogerá a palo a todo Puerres no solo a sus hermanas. Él muchacho del colegio va a chillar como bebe para no irse de aquí. A mí van a dejar robar todas las batas sucias de este hospital, las podré cambiar en la calle por pollo y arepas de maíz, y usted va a ser un guaquero, más rico que profesor jubilado.

— No puedo ser rico con ese oro, está rezado, el que lo toque, se vuelve más loco que el negro Marcial, y la tranquilidad vale más que todo. En el silencio aprendí que la felicidad consiste en realizar únicamente dos, talvez tres cosas esenciales, y muchas simples, cotidianas, casi sin importancia. La libertad sirve para seleccionar esas carajadas en su simpleza, con las reglas del rebaño, de la tribu, y que debemos escapar de la seriedad con la risa. Me rio de este sucio hospital de mierda.

— Vea que novedad, se curó de sus males el guaquero, don Renacuajo Paseador.

— Me educo en una escuela de indios, con ellos soy más andariego que gitano despechado. — Sin querer, se acordó de Paraskiva, pensó en voz alta, que debía estar con hijos, y con hartas deudas como el común de los mortales. Deseó que fuera feliz, total era libre de amar a quién quisiera, como tenía que ser. Terminaría el curso de loco y se volvería a San Lorenzo de los comedores de arracacha, metido en una niebla espesa, allá no se acordaría de nada.

—¡A carajo! En ese pueblo tienen transporte propio, ¿Cuándo termine el curso, le van a dar diploma?

—Sí, seré técnico en rezos y conjuros.

—Mejor lléveme a dentro, tanto tiempo en el sol y con sus tonterías se nos va a reventar la cabeza, y si tiene por ahí unos mil pesos, regálemelos, ¿también se lo prohíben los indios azules?

—Tranquilo, cuando venga Lukano o las viejas de la Legión de María, le hago dar mil pesos, no se preocupe.

Ramiro arrancó unas ramas del jardín, y a escondidas empezó a agitarlas en el aire, con extraños bailes y movimientos de cintura, gritaba las frases de Maximiliano Lukano *"limpia y cura, cura y limpia, iaia guaira sacha, cura y limpia"* que hizo reír a los más cuerdos de la unidad Santa Lucía, que lo observaron en secreto. Era gracioso verlo limpiar sus propias visiones. También deben haberse reído sus fantasmas, al observarlo bailar, y barrerlos en el aire del hospital de izquierda a derecha.

Esa noche no durmió por temor a que el indio dejará de enseñarle, lo esperó a un lado de su colchoneta. La lección fue simple, le hizo un repaso sobre la fuerza del cuarzo en ausencia de luz. Él desarrolló los pases rutinarios con las manos, murmurando rezos en un lenguaje que no se atrevió a traducir. Satisfecho el maestro, le entregó las palabras que doman los mentales, él las repitió día tras día, noche tras noche, a fin de no olvidar ni una sílaba.

Aprendidos los cantos, en la tonalidad del indio Lukano, ningún fantasma podía atormentarlo. Doblegó el recuerdo de Paraskiva de los Ángeles Cristalinos. Encontró un confort conmovedor. Por primera vez, percibió algo parecido a la paz absoluta del olvido. La luz moribunda lo entregó a las profundidades de la noche. Los días siguientes rezó con la intención del salir de ese absurdo manicomio.

Las señoras de la Legión de María dejaron de visitarlo, dijeron que la cantidad de enfermos mentales había aumentado en el pueblo, desde que empezaron a destapar las guacas indígenas, y a explicar la vida con poesía. Se dedicarían

a atender los enfermos del pueblo de los perdidos, sin ir a la ciudad. Además, Ramiro tenía las visitas del indio Lukano, un hospital católico lo cuidaba, y que estaban viejas para atender locos ajenos.

La entidad administradora de salud incumplió cinco pagos mensuales, alegó crisis presupuestal, y que Ramiro se había equilibrado, no representaba un peligro social. La junta médica conceptuó que con los dos años de tratamiento estaba estable, y ahora era un hombre pacífico, lo que le permitía la convivencia social. Se comunicaron con los parientes lejanos, que se negaron a hacerse cargo, las cofrades de la legión dijeron estar muy viejas. El hospital le dio salida, y lo comunicó a la oficina de bienestar social del municipio. Maximiliano Lukano lo llevó al mercado el Potrerillo, lo subió en un carro escalera o chiva, un vehículo destapado, con azotea para llevar carga y motor de camión; pagó parte del valor del viaje, le dio medio pollo, y prometió al dueño del vehículo que las viejas congregantes pagarían el saldo del pasaje.

La primera noche durmió tras la iglesia, al lado del estadio, acompañado con la cálida piel de la auténtica Paraskiva, le dijo. — amiga estás en mi corazón, “muju ñamo, mesimo andon ilo”, a la mujer de sus sueños; ella le indicó al clarear el día la ruta del tesoro de los caciques. A la mañana siguiente alguien lo reconoció, le llevó desayuno y una manta amplia. Después del almuerzo se fue al Alto de la Peña, guiado por Paraskiva. Lo escucharon hablar con la gitana, recitar extrañas sentencias de indios, y concluyeron que seguía loco.

Al día siguiente apareció en la fuente luminosa del parque Libertad, dedicado a lavar las figuras con formas felinas y humanoides, de los infieles de las montañas, nadie se atrevió a tocarlas, por temor a contagiarse de locura. La niebla del atardecer envolvió a los curiosos, y Ramiro se perdió en el manto violeta que salía del cementerio hasta sus manos, con las que arrastraba máscaras, espirales y micos de oro labrado, metidos en un costal de fique, Paraskiva o como se llame esta mujer de la niebla, le daba la fuerza necesaria a fin de dominar el peso de tanto oro junto. Las legionarias de María aún lo buscan, consideran que es un hombre benéfico, que liberó al pueblo de las epidemias de la ambición y la locura, y tienen la esperanza de que les regale una paila dorada para recibir las hostias en la misa y un muñeco de oro, por los servicios a él prestados en el hospital psiquiátrico.

# **é**ditorial

Universidad de **Nariño**

Año de publicación 2025  
San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

**Merodeadores de sueños** es una novela que aborda desde la ficción la problemática de la guaquería en Nariño en los años 80 y 90; en este contexto se desarrolla una compleja relación del personaje Ramiro o Ranido con Paraskiva, una Rrom que se desliza en la cuerda floja del amor; el lazo que los vincula es el diálogo en los imaginarios ancestrales, la magia, la ciudad y el Carnaval de Negros y Blancos de Pasto. Se cuenta la vida intrascendente de un aprendiz de poeta y narrador que trata de meterse en el mundo clandestino para olvidarse de sus íntimas frustraciones. Dimas es el muñeco de papel que representa la ambición de la riqueza fácil; el imaginario indígena se refleja en la figura de Lukano formado en la tradición étnica y en la búsqueda personal de sentidos, que lo convierten en el intérprete y guía de los sueños de Ramiro.

Los sueños le muestran a Ramiro las claves del arte enterrado, la presencia de lo femenino en todos los momentos de su vida y la locura como camino de encuentro del azar ineludible; por eso regresa a su natal San Lorenzo de la niebla o como se llame ese espacio escondido en las engañosas grañas de las paredes, donde recupera sus esencias primigenias, y se pierde en la niebla roja que respiran los pobladores del cementerio municipal, para emerger en brotes de fantasía que es el lenguaje de ese universo reducido, atravesado por conjuros y el olvido de la historia.



ISBN: 978-628-7864-17-7



9 786287 864177



Universidad de Nariño  
FUNDADA EN 1904



ACREDITACIÓN EN ALTA CALIDAD  
RESOLUCIÓN MEN 000022 - ENERO 11 DE 2023

**editorial**  
Universidad de Nariño